



LAS SIETE GRANDES RELIGIONES



Hinduismo



Mazdeísmo



Budismo



Cristianismo



Islamismo



Jainismo



Sikismo

Annie Besant

LAS SIETE GRANDES RELIGIONES

Por

Annie Besant

www.MarDeTeosofia.com

Indice

[Prologo](#)

[Introducción](#)

[Hinduismo](#)

[Mazdeísmo](#)

[Budismo](#)

[Cristianismo](#)

[Islamismo](#)

[Jainismo](#)

[Sikismo](#)

[Teosofía](#)

Prologo

En estas conferencias la célebre mujer inglesa aborda el tema de la unidad esencial y la comunidad de origen de siete de las más famosas religiones.

Corresponde a una mujer de espíritu tan universal como el de la señora Besant hacer tan magno intento y descubrir por encima del intrincado haz de simbolismos, ritos y ceremonias de las diversas religiones, el fondo común del pensamiento de los grandes poetas y creadores de quienes se originaron estos movimientos religiosos.

En un momento como el actual de guerra universal y caótica, desintegradora del hombre y de la civilización, nada puede ser más conveniente que buscar la síntesis de la cultura y elevar el pensamiento de nuestras generaciones hasta mostrarles la fuente inmortal del espíritu humano actualizado y hecho vida en la obra de los grandes hombres.

Noble intento el de la eximia pensadora inglesa, según se desprende de sus propias palabras; “Estas páginas -nos dice- tienen por objeto ayudar a los fieles de cada una de las siete religiones a reconocer la valía y belleza de las otras seis, al paso que demostrar la unidad fundamental de las siete doctrinas”. Tarea, sin embargo, expuesta de antemano a la incomprensión y la crítica apasionada, lo cual explica el temor de la célebre oradora al desarrollar su tema cuando dice a su auditorio que “Tratar de los diferentes credos es tratar de asuntos que debieran haber unido a los hombres, pero que en realidad los han separado abiertamente, comprenderéis mi vacilación al intentar obra tan magna”.

“Así resulta muy difícil que os coloquéis en simpática actitud de mente para comprender lo que en realidad es esta religión, pues la veis en su más desfavorable aspecto: en el militante y no en el puramente religioso”.

Hora es ya de resaltar los valores místicos religiosos de todas las épocas y eliminar antagonismos y estrecheces de criterio que no son

sino fuente de desventura y desaveniencia entre los hombres. Hora es también de afirmar que ninguna genuina civilización puede edificarse o sobrevivir sobre un concepto menguado del hombre que lo reduzca a mera máquina o esclavo del fanatismo disociador, ambas cosas, privadoras de la más honda libertad humana y de sus raíces espirituales.

El libro de la Doctora Besant pues, señala el camino para una mayor comprensión entre los hombres y para que nuestra época afincada en las raíces del espíritu pueda ver realizado el anhelo de un mundo mejor y de humana unidad creadora.

Introducción

Las siguientes conferencias no pretenden ser más que la exposición popular de las siete grandes religiones principales, y por lo tanto van dirigidas más bien al público en general que a los estudiantes en particular.

Como quiera que estas conferencias se dieron ante un auditorio compuesto en su inmensa mayoría de hindúes, entre los cuales había unos cuantos zoroastrianos y cristianos, se encontrarán en ellas algunos términos sánscritos cuya explicación ha sido necesaria para no confundir al lector con puntos oscuros. Estas páginas tienen por objeto ayudar a los fieles de cada una de las siete religiones a reconocer la valía y belleza de las otras seis, al paso que demostrar la unidad fundamental de las siete doctrinas.

En la conferencia sobre el budismo, me detuve especialmente en los errores de interpretación que han cerrado para Buda el corazón de sus compatriotas, esforzándose en refutarlos por medio de citas sacadas de textos auténticos y de irrecusable autoridad, puesto que nos dan las mismas palabras del maestro. Verdaderamente creo que el mejor servicio que puede prestarse a la religión es el de aproximar de nuevo las creencias divergentes un tiempo y que casi dividen el mundo oriental. Sus relaciones son análogas a las de madre e hijas y proverbial es la aspereza de las rencillas de familia. Sin embargo, fácil fuera apaciguarlas si por una y otra parte hubiese deseos de concordia. Menos arraigada, pero mucho más viva, fue la animadversión que contra el cristianismo suscitaron los ataques, a menudo soeces e injuriosos, de misioneros bajos e ignorantes, contra la veneranda fe de casi todos mis oyentes. Sin embargo, éstos escucharon con respeto y muy luego con simpatía, la exposición de un credo mucho más reciente que el suyo, y por último reconocieron que también era grande la novel religión y análoga en el fondo al hinduismo.

No les deseo a estas conferencias otra fortuna que la de llegar como mensajeros de paz al corazón de los lectores, como indudablemente llegaron al de los oyentes.

He aquí, ahora, los principios generales en que se apoyan estas conferencias.

Cada religión está considerada a la luz de la ciencia oculta, tanto en lo concerniente a su historia como a su doctrina. Sin menospreciar las conclusiones establecidas por los eruditos europeos después de pacientes y admirables trabajos de investigación, he rechazado resueltamente de ellas los puntos contrarios a los hechos esenciales que la historia oculta consigna, ya en sus imperecederos archivos donde el pasado revive en animadas escenas, ya en los antiguos documentos, que si bien cuidadosamente preservados por los adeptos, no son del todo inasequibles. Tal es el caso particularmente relacionado con la antigüedad del hinduismo y del zoroastrismo, en cuyo punto se extravía dolorosamente la erudición moderna. No obstante, los eruditos diputarán a su vez por groseramente erróneo el punto de vista oculto. En hora buena. El ocultismo puede esperar que los descubrimientos le vindiquen como ya han vindicado alguna de sus afirmaciones sobre la antigüedad remota, que en un principio fueron objeto de mofa. La tierra es guardiana fiel, y según vayan los arqueólogos encontrando las ciudades sepultadas en su seno, irán apareciendo nuevos testimonios a favor de la antigüedad vindicada por el ocultismo.

En segundo lugar, cada religión está considerada como derivante de la grande y única Fraternidad, dispensadora y guardiana de los conocimientos del espíritu. Cada religión está mirada como particular expresión de las eternas verdades espirituales, debida a alguno de los miembros o mensajeros de la Fraternidad y adecuada a las necesidades de la época y de la naciente civilización a cuyo modelamiento y evolutivo progreso se encamina. Toda religión tiene en el mundo su peculiar objetivo. Cada una de ellas es la más conveniente a los países que la aceptan y a los tipos de civilización en que ha de influir, determinando su lugar propio en la general evolución de la familia humana. Cuando no nos hacemos cargo de esto, incurrimos en injustas críticas. Sin duda que una religión idealmente perfecta no convendría a hombres imperfectos y de parcial desenvolvimiento; y así los Sabios tienen siempre en cuenta las

circunstancias del medio ambiente al plantar un nuevo vástago arrancado del viejo árbol de la sabiduría.

En tercer lugar, procuré distinguir en cada religión lo esencial de lo secundario, deteniéndome sobre todo en lo esencial. Porque las religiones se alteran con el tiempo bajo el influjo de añadiduras puestas por la ignorancia, no por la sabiduría; por la ceguedad, no por la clarividencia.

En el reducido cuadro de estas conferencias no ha sido posible desglosar ni poner en pormenor los numerosos puntos secundarios. Pero quien desee una guía práctica para distinguir por sí mismo en una religión los elementos permanentes de los transitorios, puede juzgar según los siguientes criterios: ¿Tal punto es antiguo y se encuentra en las escrituras de la más remota época? ¿Tal afirmación está apoyada en la autoridad del fundador de la religión o de alguno de los sabios que le dieron definitiva forma? ¿Es un punto común que bajo distintos aspectos se encuentra en todas las religiones? Cualquiera de estos criterios basta en lo concerniente a las verdades de orden espiritual. En cuanto a las cuestiones subalternas de ritos, ceremonias, prácticas, costumbres y tradiciones conservadas o perdidas, podemos preguntarnos: ¿Consta en las escrituras de la época más antigua como prescrito o aconsejado a sus inmediatos discípulos por el Fundador de la religión? ¿Es útil tal o cual práctica para hombres cuya iniciación en el ocultismo les desarrolló las internas facultades que permiten conocer por experiencia personal el mundo invisible? Si una práctica es reciente, si sólo data de uno a tres siglos, si es puramente local, si no la mencionan los textos antiguos ni la justifica la ciencia oculta, entonces, por valioso que sea el auxilio que pueda prestar a un hombre, no forma parte integrante de la religión ni es obligatorio su ejercicio ni hay derecho de vituperar a quien no se conforme con ella. Conviene insistir sobre este punto cuando uno se halla en la India, porque los partidarios de ciertas costumbres locales o recientes, suelen identificarlas con el hinduismo al par que tildan de herejes y consideran como inferiores a los hindúes que no se avienen a ellas. Por mucha valía y utilidad que para sus partidarios tuviesen dichas costumbres, no deberían considerarse de obligación general y si

como puntos accesorios. Acertadamente se dijo que en lo necesario ha de haber unidad, en lo potestativo libertad y en todo caridad. Si todos siguiéramos esta regla, de seguro que no oiríamos hablar tan frecuentemente de los antagonismos religiosos y las disputas de secta que llenan de vergüenza la palabra religión. Lo que debiera unir ha sido manantial inagotable de divisiones, hasta el punto de que muchos de nosotros hemos repudiado impacientemente toda religión como el peor enemigo del hombre e instrumento universal de odio y discordia opuesto a la fraternidad humana.

¡Ojalá que este libro, publicado con profundo respeto a todas las religiones purificadoras de la vida humana, logre despertar emociones, consolar al triste, ser mensajero de paz y no de guerra!

Porque me esforcé en bosquejar cada religión en su mejor, más pura y más oculta forma, hablando de cada una de ellas como si fuese la mía propia.

El teósofo no juzga ajeno a él nada humano y por lo tanto acoge con respetuosa simpatía cualquier expresión del anhelo que de Dios tiene el hombre. El teósofo trata de comprenderlas todas sin convertir a nadie, pues al comunicar los conocimientos recibidos, lleva el propósito de confirmar a cada cual en sus peculiares creencias sobre el fundamento común en que descansan todas las religiones.

—Annie Besant

Hinduismo

Desde que expongo en público ideas y pensamientos sobre asuntos religiosos y filosóficos, nunca he sentido como en este momento las dificultades de la libra emprendida. El mero hecho de tratar de siete grandes religiones, y de reducir cada una de ellas a una sola conferencia, basta para intimidar al orador más audaz; y si advertís que las materias religiosas están íntimamente ligadas con los sentimientos del auditorio, como arraigadas en el corazón humano, y que tratar de los diferentes credos es tratar de asuntos que debieran haber unido a los hombres, pero que en realidad los han separado abiertamente, comprenderéis mi vacilación al intentar obra tan magna. Sólo por simpatía puede comprenderse una religión. El orador sólo puede exponer una religión, penetrando por un momento en el corazón de ella para presentarla bajo la forma en que aparece a sus más celosos e ilustrados creyentes. Y esto voy a intentar con las siete grandes religiones que informaron las civilizaciones humanas, que inspiraron los pensamientos y consolaron los corazones de la inmensa mayoría de la humanidad.

La primera de las grandes religiones de que he de tratar, es la que indistintamente se llama Hinduismo o Brahmanismo, profesada por la mayor parte de los habitantes de este país, en cuya parte septentrional tuvo su cuna. Permitidme recordaros que la raza aria es la quinta en el curso de la evolución humana, y que, en la formación y educación de esta raza, lo mismo que en la precedente, presidió un plan definido. De la flor de la cuarta raza que la precedió en época tan remota que sólo al indicarla atraería sobre nosotros el escarnio de la ciencia moderna, eligió el Manú determinadas familias, para formar la raza futura; y separadas de la humanidad de entonces, fueron instruidas y guiadas durante un inmenso período de tiempo, bajo la dirección inmediata del Manú, por los grandes Iniciados que le ayudaban en su magna empresa.

Así quedaron impresos los rasgos característicos de la nueva raza en la flor de la antigua. Terminada aquella obra preparatoria, fue

colocada la raza en lo que podemos llamar su país natal. De este modo se formó y educó la raza aria dentro de sus condiciones características. La primera rama de su tronco, de la que habían de salir otras más tarde, la que en tiempos posteriores se llamó inda y en épocas primitivas se llamó siempre aria, se hallaba establecida en el Norte de la India, en la región conocida con el nombre de Aryavarta, en donde gradualmente evolucionó, por líneas definitivamente trazadas por el Manú y los Iniciados de su séquito. Observamos en este caso que el modelo de la raza queda definitivamente impreso en su primera familia. Lo que había de ser perfectamente reproducido, queda ya perfectamente expresado, y lo perfecto de la expresión se debe a quienes recibieron primera impresión. Porque, mirando hacia atrás, y contemplando aquellos comienzos a la luz del conocimiento oculto, vemos que las almas que encarna durante los orígenes de la raza aria, eran de tipos diferentes. El Manú como cabeza, jefe y legislador; luego los Iniciados que le rodeaban, maestros y guías del pueblo, los Rishis de la India antigua; bajo ellos gran número de almas dispuestas a encarnarse, que en etapas anteriores de evolución y aun en mundos precedentes ya habían alcanzado gran desarrollo moral, intelectual y espiritual; más por debajo aún, almas jóvenes, con mucha evolución tras sí; y, por fin, un número de almas que, comparativamente hablando, contaban muy breve tiempo de evolución, pues habían pasado por la cuarta raza y eran los miembros más adelantados de aquella gran división de la humanidad. Así, pues, tratábase de seres muy diversos en que fácilmente podía grabarse la impresión de una religión, de una filosofía, de una ciencia y forma de gobierno que todo lo abarcasen y sirviesen de modelo, ofreciendo a sus sucesores, menos desarrollados, el ejemplo de lo que debía ser la nación aria o de la quinta raza. Este pueblo primitivo estaba convenientemente constituido para conservar la organización política, la filosofía, las ciencias y la religión exotérica, determinando así, de una vez para siempre, lo que había de ser el desarrollo típico de la raza aria.

Ahora bien; a medida que estudiamos la religión dada al pueblo primitivo, observamos que encierra una educación aplicable a la naturaleza del hombre en los varios grados de su evolución, y que no

sólo le sirve de guía en su vida espiritual e intelectual, sino en las relaciones con sus semejantes, en la vida de la familia y de la nación. La civilización es completamente religiosa, y nada “secular” ni “profano” existe en la vida humana. Los asuntos que otros pueblos consideran extraños a los fines de la religión, son precisamente los que el hinduismo abarcó siempre en la más estricta ortodoxia. Constantemente fomentó el libre ejercicio de la inteligencia, como lo atestiguan todas las escuelas contenidas en el hinduismo, que todo lo resume; pero en cuanto afecta al edificio social, fue impuesta siempre con severidad la rectitud de conducta.

Libertad de opinión y vida ortodoxa: tales han sido las características del hinduismo durante su larga evolución. De aquí la gran diversidad de filosofías, sin mengua de la estabilidad social y de la vida de familia.

Por esto también fue considerada como la religión más vejatoria y molesta, pues muchos se preocupan grandemente de la libertad de acción y poco, excepto en teoría, de la libertad de pensamiento. Puede un hinduista pensar lo que le acomode respecto a Dios, ya unificándolo con el universo, ya separándolo de él, y aun excluirlo por completo, y, sin embargo, es ortodoxo; pero no debe contraer matrimonio con mujer de otra casta, ni comer alimentos impuros.

Tres divisiones naturales ofrece nuestro tema:

1. Las verdades espirituales, con sus representaciones intelectuales posteriores. Estas se encuentran en los Vedas y en los Upanishadas, que son parte integrante de aquéllos. Tenemos en los Vedas una completa presentación de la verdad espiritual, no enteramente expresada pero implícitamente contenida en ellos. Así dicen que Brahman está oculto en los del mismo modo que los Upanishadas están ocultos en los Vedas. Gradualmente había de expresarse esto en el curso de la evolución. El conjunto perfecto y primitivo debía desarrollarse con el transcurso del tiempo. Era la Vidya superior (conocimiento), el conocimiento de Brahman. La Vidya inferior estaba comprendida en las Vedangas (literalmente “miembro de los Vedas”), o sesenta y cuatro ciencias que abarcan el conocimiento de la naturaleza y los métodos para alcanzar este conocimiento: traerse tal

suma de conocimientos científicos verdadera mina de oro, de donde podría extraerse tal suma de conocimientos científicos que asombrarían al mundo moderno.

2. El culto exotérico, admirablemente minucioso en su descripción de la naturaleza y de las relaciones entre ella y el hombre, con los Puranas como expresión popular, y con las Ordenanzas que le ligan a la conducta externa de la sociedad y la familia. Más adelante encontramos en otros libros, como el Ramayana y el Mahabharata, y mucho más tarde en algunos dramas, como los de Kalidasa, nuevas expresiones de las verdades contenidas en los Puranas.

Estas son, para el pueblo para la masa de la población, las doctrinas externas que han de disponer gradualmente al conocimiento de las verdades ocultas y espirituales.

Jamás comprenderéis el hinduismo, si no advertís cuidadosamente que fue un sistema dado por ocultistas, por Rishis que conocían el mundo invisible y se proponían desarrollar gradualmente en las masas el conocimiento de dicho mundo, siguiendo un sistema basado en los hechos de lo invisible. Es necesario que comprendáis esta base de la religión para explicárosela en sus diversas partes. Entonces comprenderéis por qué se fijaba con tanto rigor la conducta externa al par que se daba a la inteligencia, como ya hemos dicho, libertad completa, limitada únicamente por los Vedas, para inferir de ellos lo que lógicamente pudiera extraerse de su profunda y variada sabiduría. Según como un hombre piensa, así evoluciona y los pensamientos de los demás son poderosos factores en la evolución de cada uno. Cuánto más variados sean aquéllos, producirán más numerosas brechas por donde pueda penetrar y refluir la luz de la verdad. La diversidad de opiniones acerca de la Divinidad, lejos de ser perjudicial, es beneficiosa, porque cada opinión expresa una exigua parte de la verdad, y el conjunto de opiniones ofrece una más completa representación de la verdad que la que pudiera obtenerse de otro modo. Pero la conducta abraza todas las relaciones del hombre con la naturaleza externa, visible e invisible, y según sea su conducta, aumenta la armonía o crece la discordia. El culto exotérico tuvo por objeto establecer un acuerdo armónico entre el hombre y lo que le

rodea, y fue impuesto autoritariamente, porque las masas no eran capaces de asimilarse la sabiduría sobre que estaba basado. En su evolución posterior, y cuando por medio del Yoga fue adquirido el conocimiento, desaparecieron las obligaciones externas, porque entonces ya no necesitaba la armonía autoridad alguna que la estableciera, y el hombre, unido a la ley, se convirtió en ley de sí mismo.

3. La ciencia del Yoga (unión con el yo), tercera y última división es la única ciencia capaz de conducirnos a la comprensión total de las verdades espirituales, mediante el desarrollo gradual de las facultades internas que permiten al hombre estudiar directamente el mundo invisible, por abarcar entonces su conciencia más amplios y sutiles estados del ser. Las verdades expuestas en los Vedas debían ser asimiladas por medio del Yoga; pero en ninguna parte se encuentran sus métodos establecidos por completo, habiéndose instituido el Gurú, cuya misión es enseñar a recorrer este penoso sendero al discípulo merecedor de tal distinción.

Trataremos por orden de estas tres divisiones. Consideraremos primero las verdades espirituales expresadas en los Vedas, y sus aspectos según los hallamos descritos en los sistemas filosóficos, que, por intelectuales y complementarios, son parciales, pero no antagónicos, pues, aunque ninguno expresa la verdad entera, cada uno de ellos expone todo cuanto la inteligencia es capaz de abarcar lógicamente bajo un solo sistema. Estudiaremos después el culto exotérico en sus principios y pormenores, indicando la influencia ejercida por el en la vida social y doméstica. Observaremos, por último, que el conocimiento exacto de las verdades espirituales sólo puede obtenerse por medio del Yoga, y que hay una ciencia del alma enseñada por el Gurú, que permite al hombre alcanzar, paso a paso, la más elevada sabiduría espiritual. Veis cuán vasto es el horizonte que tenemos delante. Hemos de recorrer en tan breve tiempo, tan ancho campo de estudio, que me dispensaréis si, pasando rápidamente de un punto a otro, prescindo de muchos pormenores, porque hablo con los labios, y no con la mente, y me encuentro limitada por la ilusión del tiempo a que están sujetos todos nuestros trabajos intelectuales.

Principiaré por una breve exposición de las fundamentales verdades espirituales y filosóficas sobre que se basa el hinduismo, cuya comprensión significa que el hombre ha alcanzado su objeto. Contemplemos por un momento el principio del Universo, el principio de la manifestación, cuando Brahman, el Yo del universo, se manifiesta a fin de que pueda existir el universo.

Está escrito:

“Cuando El se manifiesta, todo se manifiesta según Su ejemplo; por su manifestación se hace todo manifiesto.” –
(Mundakopanishad 2:2-10)

Cómo viene la manifestación, no lo sabemos; pero nos enseñan que es por un acto de sacrificio:

“¡Aum!, el alba es, en verdad, la cabeza del caballo del sacrificio.” –(Brihadaranyakopanishad 1:1-1)

Enseña la sabiduría oculta que este acto de sacrificio es la Propia limitación de Brahman, el acto de circunscribirse a sí mismo por Maya.

Nota: Maya es la ilusión lo sujeto a cambio, lo transitorio, en oposición a la Realidad permanente, la Vida única. Es, por lo tonto, la raíz de la materia, siendo la materia lo que asume forma y se adapta a los impulsos de la vida que encierra. También se le llama avidya o carencia de conocimiento

O sea, por Avidya. Sin esto, ningún universo podría manifestarse, ya que la limitación es necesaria a la variedad, y todas las cosas están envueltas en avidya, esto es, limitadas, privadas de ser la perfecta sabiduría.

El universo manifestado principia en Brahman.

Él es única fuente, origen, ser y aliento del universo. El no hay vida ni manifestación alguna ni pensamiento ni mente. Manifestado en sus tres atributos es Sat, Chit y Ananda, y de Él dimanar todas las cualidades que se resumen en una sola: la Primera, la Causa de todas las cosas. Brahman, el Ser poderoso, el Yo del universo, está descrito de admirable y sublime modo en un pasaje del Shvetashvataropanishad, que elijo, porque en la estrofa siguiente a la descripción se alude a algo que trasciende del mismo Brahman manifestado. Recordáis quizás el pasaje que voy a traducir en lenguaje

menos poético, y perfecto; pero aun en nuestro moderno idioma resplandece la maravillosa belleza del original:

“Cuando no había tinieblas ni día ni noche ni ser ni no ser, sólo existía Shiva. Él es indestructible. Debemos adorar a Savitri. Sólo de El emana la antigua sabiduría. Ni arriba ni abajo ni tampoco en el medio puede comprendérsele. Ni cosa alguna puede asemejarse a Aquel cuyo nombre, es la gloria infinita. Su forma no la demuestra la vista. Nadie Le contempla con los ojos. Aquellos que Le conocen con el corazón y la mente fija en el corazón, alcanzan la inmortalidad” –(Shvetashvataropanishad 4:18-20)

Tal es la descripción de Brahman manifestado, la causa del universo. Siguen luego dos estrofas, y principia el capítulo inmediato con la declaración de que en Parabrahman (el Brahman Supremo) *“Vidya y Avidya existen inmanifestadas”* – (Shvetashvataropanishad 5:1)

Lo que podemos traducir así: *“Ishvara y Maya existen inmanifestadas.”* (Ishvara, el señor, Brahman como origen del universo y potestad que lo dirige. Maya, la ilusión, el universo manifestado.)

Ignoramos lo que tal estado sea, y no es posible decir lo que podría significar. Ninguna facultad humana puede conocer lo incondicionado ni hay lengua humana capaz de expresar aquello que lo trasciende todo. Sólo sabemos que de aquello nace todo cuanto existe. Aquello es todo, aunque ninguna palabra que implique diferencia, y todas la implican, puede describirlo; en aquello tiene Sat, Chit y Ananda su raíz unidad: lo Uno sin segundo. Todo existe en aquello, lo Desconocido e Incognoscible, más existe de incomprensible modo, porque para nosotros la existencia significa diferencia, y en aquello no hay diferencia alguna. Tratando luego del universo manifestado, donde es posible adquirir algún conocimiento, nos enseñan que la manifestación de Brahman es gradual, no repentina, y que de Él emana todo no de una vez, sino lentamente. De lo oculto nace gradualmente lo manifestado, lo revelado.

Cada frase se propone demostraros que todo emana de Él y es Él

mismo, pero que Él se halla oculto tras el fenómeno, el nombre y la forma. Así como la sal en el agua en que se disuelve (Chhandogyopanishada 6:14), como el fuego en la madera antes de que lo encienda la fricción, como la manteca producida en la leche por la batidera (Shvetashavatarop 1:14-19), como la crema en la manteca clarificada (Shvetashavatarop 4:16), así está Brahman oculto en el Yo de cada ser. Las maravillas de Su manifestación, el poder de su desarrollo, Su cualidad de Sat, de existencia pura, aparecen grado por grado en la inmóvil creación, en lo que llamamos reino mineral, donde puede decirse que sólo apunta la existencia. Ocultos están allí Chit y Ananda, y sólo Sat está manifestado. Luego, al desarrollarse la vida, encontramos en el mundo vegetal el principio del placer y del dolor, el germen que se convierte en Ananda en los períodos posteriores de la evolución. En el mundo animal también aparece el germen de Chit, que ha de tener ulterior y más completa evolución. Y en el hombre, los gérmenes de Sat, Chit y Ananda se encuentran parcialmente manifestados, hasta que al fin de su evolución se desarrollan perfectamente en el Sat, Chit y Ananda. Entonces él es Brahman; se ha identificado con el Uno.

Todo ello es efecto del curso lento de la evolución, nacimiento tras nacimiento, muerte tras muerte, por medio de la rueda de nacimientos y muertes que incesantemente gira en los tres mundos. El mundo inferior, el mundo de la conciencia en vigilia, es Bhurloka (la tierra), donde nace el hombre en el cuerpo físico y adquiere experiencia por el contacto con los objetos materiales. Después, atraviesa las puertas de la muerte y penetra en el mundo inmediato, Bhuvarloka (el mundo astral), donde en un cuerpo adecuado, agota parte de la experiencia realizada en la tierra. Luego, asciende en un tercer cuerpo al Svargaloka (Devachán), donde agota los frutos de las experiencias terrestres. Desde Svargaloka, pasando por Bhuvarloka, renace en Bhurloka, para comenzar de nuevo su instrucción, cuyos frutos se asimila en los otros mundos. Tal es, según constantemente nos enseñan, la ordinaria evolución humana en los tres mundos.

“Purusha (hombre interno) tiene la naturaleza del deseo. Según su deseo, así su propósito; según su propósito, así su obra; según su obra, así su recompensa... El que está

aficionado a alguna cosa, obtiene, mediante obras, el objeto al cual, como causa, está ligada su mente. Habiendo alcanzado en Svarga el último efecto de la obra que aquí está llevando a cabo, vuelve de nuevo de aquel mundo a éste, a consecuencia de la obra. Así, el que desea, vaga de mundo en mundo... Cuando quedan abandonados todos los deseos que abrigaba el corazón se convierte el mortal en inmortal” – (Shvetashvataropanishad 4:4-7)

Cesa de identificarse con el cuerpo, pero se identifica con la mente, y vive en Svarga un período de tiempo más largo, sometido al deseo que allí le atrae. La liberación de los renacimientos se alcanza al extinguirse el deseo de cuanto puedan ofrecer los tres mundos mencionados.

Esta evolución se realiza de conformidad con la ley de Causalidad, según la cual toda causa produce su debido efecto. Tal es la ley del Karma que devuelve exactamente a cada hombre lo que ha sembrado. Siembra su Karma en el mundo de la materia, materia física, y lo cosecha parcialmente en los otros dos mundos, donde se asimila los resultados de sus pensamientos. Después vuelve a la tierra tal como se hizo a sí mismo, para agotar el Karma que corresponde a la tierra y desarróllase así vida tras vida.

“La palabra sólo llega con el conocimiento. Alcanza el conocimiento y alcanzarás la palabra.” – (Chhandogyopanishada 3 14:1)

De este modo asciende de grado, en grado, cada vez con más amplia conciencia, desarrollándose en él sucesivamente las envolturas que sirven de vehículo a su conciencia. A medida que adquiere desarrollo, se dilata su inteligencia para abarcar un mundo tras otro, correspondiendo los grados de conciencia en cada mundo a los estados de Jagrat, Svapna y Sushupti.

Nota: La conciencia es una, pero puede actuar en estado de Jagrat, o sea en Bhurloka, por medio del cuerpo físico; en estado de Svapna, o sea en Bhuvarkala, por medio del cuerpo astral; y en estado de Sushupti o en Svargaloka por medio del cuerpo mental. De aquí que se llame Jagrat la conciencia en estado de vigilia; Svapna, la conciencia en estado de ensueño, y Sushupti la conciencia en estado de sueño sin ensueños. Los términos españoles pueden inducir a error si no se comprenden los hechos.

Ensánchase la conciencia y va abarcando cada mundo a su vez hasta

que el mundo se ve dueño y señor en donde al principio sólo era niño y aprendiz. Y elevándose más aún, líbrase de la rueda de nacimientos y muertes y pasa del cuerpo de la Luna (los cuerpos astrales y mentales) al cuerpo del Sol. Cuando domina por completo ese estado, ya no hay para él renacimiento forzoso. Elevándose hasta el estado de Turiya alcanza el Yo revestido tan sólo del Anandamayakosha (cuerpo de bienaventuranza). Al unificar definitivamente su conciencia en aquel punto, queda fuera de los tres mundos, y de su rueda giratoria. Puede penetrar y esparcirse en el plano de conciencia nirvánica o plano divino que todo lo abarca. Sumido al principio Jivatma en la más completa ignorancia, envuelto en avidya, con sus potencias rudimentarias y latentes no en actividad, está revestido de capas de materia por cuyo medio se pone en contacto con todas las regiones del universo y puede por ello manifestar en cada una de ellas los poderes correspondientes a cada región y que están en el latentes al principio, hasta que al fin se desarrollan todos se purifican las capas y queda vencida avidya. Conoce entonces el hombre que el Yo del universo y su Yo son uno mismo; alcanza la meta y se convierte en Brahmán. Lo que en él era potencial, es real y efectivo. He aquí rápidamente esbozados los principios esenciales de la grandiosa filosofía hinduista que enseña al hombre parte de las verdades espirituales que rigen la evolución. Todo esto lo alcanzará la humanidad vida tras vida. Mas lo que en el transcurso de innumerables siglos conseguirán todos los hombres, puede conseguirlo un hombre, si quiere, con mayor esfuerzo, mediante la ciencia del Yoga, que educa al alma más rápidamente que la evolución ordinaria. La evolución es tan sólo la voluntad de Ishvara en el universo manifestado. Nacida la humanidad en el seno de la evolución queda impelida hacia la meta final. Pero un nadador vigoroso puede llegar a la orilla más pronto que abandonado a las corrientes; un hombre, por medio del Yoga, puede terminar su jornada cuando la masa de la humanidad flote todavía empujada por el flujo y reflujos de la evolución. Esto lo veremos en la parte tercera de nuestro trabajo.

Las tentativas de poner este sublime pensamiento al alcance de la inteligencia, engendraron las seis grandes escuelas de la filosofía

hinduista con sus innumerables ramificaciones. Descendemos de la región espiritual a la región intelectual; del mundo donde todo es claridad para la visión purificada, al mundo de las limitaciones. El lenguaje es la peor limitación; pero todo filósofo debe expresarse en forma articulada. Sin embargo, ¿cómo expresar lo Inefable? ¿Cómo presentar a Brahmán en términos inteligibles? Hay un rasgo común a todas las escuelas que puede decirse está escrito en sus frontispicios.

“Hasta que no sea el hombre capaz de arrollar el ahaska como se arrolla el cuero, no tendrán término sus sufrimientos, a no ser por medio del conocimiento de Dios” – (Shvetashvataropnishad 6:20)

Todas las escuelas de filosofía hinduista persiguen la liberación: la libertad de las limitaciones propias, de la existencia penosa, de los sufrimientos del nacimiento y de la muerte. Admiten todas que para esta liberación es necesario el conocimiento divino o Brahmán Vidya, pero difieren en el modo de expresar su objeto y en los medios que cada una de ellas emplea para lograrlo. Examinémoslas un momento una por una para que os deis cuenta de la vastísima obra llevada a cabo por la inteligencia, en su intento de exponer las verdades espirituales. Dichas escuelas son seis, caracterizadas por su pensamiento fundamental respecto al universo, y por sus sistemas de pruebas. Tenemos, en primer lugar, las basadas en la teoría atómica; las conocidas con los nombres de escuela Nayaya de Gotama y de Vaisheshika de Kanada, que se parecen mucho en los métodos de investigación. Buscan ambas el conocimiento por medio de la educación, por procedimientos lógicos, dividen todas las cosas en categorías, y consideran la naturaleza de la prueba, la naturaleza de la deducción, la esencia misma por decirlo así de la mente, dilucidada en todos sus pormenores, fundada en la teoría atómica, y desarrollada conforme al criterio de la razón pura. Subsisten como monumentos de pura intelectualidad, no sólo notables por la perfección del razonamiento, sino también por la educación que dan a la mente humana. Estudian la naturaleza de las cosas, y para no caer en error, analizan con el mayor esmero los instrumentos de investigación.

Luego tenemos las dos escuelas basadas en la dualidad del universo manifestado, en la coexistencia eterna de los dos fundamentos, jamás

separados y siempre entretreídos, de donde resulta eslabonada una cosmogonía de suma coherencia lógica. Son la escuela Sankhya de Kapila, llamada a veces escuela Sankhya atea, porque no va más allá de la manifestación dual, y la escuela Yoga de Patanjali, o la Sankhya deísta. La primera, parte de la dualidad fundamental del universo manifestado. Purusha, el Espíritu o más bien la multitud de Purushas individuales, es eterno. Prakriti, la materia, es coeterna con él. Prakriti es trino con sus tres gimas o cualidades: Sattva, Rajas y Tamas (armonía, pasión e ignorancia), y está dotada de actividades, pero su único objeto es servir de envoltura a Purusha. De aquí el símil predilecto de que Purusha es semejante a un cojo de buena vista llevado a hombros por un ciego de buenas piernas, que ambos pueden ir juntos y esquivar los precipicios. Sigue luego la obra del universo manifestado, conforme a 25 tattvas o principios (que así podemos llamarlos) deducidos con gran penetración y lógica, de la escrupulosa observación de los hechos; de modo que, considerada como cosmogonía limitada al universo manifestado, puede decirse que la escuela Sankhya siempre está en su terreno.

La escuela Yoga de Patanjali acepta la cosmogonía Sankhya tal cual es, pero le agrega el tattva 26 o Ishvara como deidad a que es preciso adorar. Porque con razón dijo Patanjali que sin una forma sobre qué meditar no podría la mente concentrarse en la meditación. Así buscó el conocimiento, no por la investigación del universo según los principios sankhyas, sino por supresión de las modificaciones del principio pensador, consideradas como el obstáculo entre el pensador y el Uno en quien pensaba. Sólo cuando la mente está concentrada en un punto único puede el hombre sobreponerse a tales limitaciones.

Tenemos, por último, las dos grandes escuelas Mimamsa: la Purva Mimamsa y la Uttara Mimamsa. La primera o sistema de Jaimini, expone y detalla los ritos, ceremonias y cuanto constituye la parte externa de la vida religiosa. La Uttara Mimamsa es la Vedanta, la mejor conocida, quizás, en Occidente, de las seis grandes escuelas hinduistas. Está dividida en tres escuelas subalternas: Dvaita, Vishishtadvaita y Advaita. Admiten la cosmogonía sankhya, en cuanto al curso de la evolución del universo manifestado; más no se detienen

donde la escuela Sankhya. La Vedanta o “fin de los Vedas” indaga la causa del universo manifestado y no le satisface un análisis que se contrae a Purusha y Prakriti. Es, de hecho, la más espléndida y filosófica expresión del anhelo indiscutible del corazón humano hacia Dios, que puede negarse, adulterarse o deprimirse, pero que siempre resucita de su muerte aparente, para atestiguar que hay en el hombre un algo, su íntimo Yo, su inalienable vida, cuya más noble manifestación es el grito triunfal del advaitino: “¡Yo soy El!”, al descubrir tras muchos velos lo que durante tanto tiempo buscara: la identificación con la Divinidad.

Las tres sub-escuelas de la Vedanta deben considerarse más bien como grados sucesivos que como teorías antagónicas. Todas afirman la existencia divina como origen del universo; pero la doctrina dvaita admite la eterna separación y distinción entre Dios y el hombre. La doctrina vishishtadvaita da un paso más al afirmar la dualidad, pero fundiéndola finalmente en la unidad.

La advaita insiste en la unidad fundamental, hasta el punto de que deslumbrada por el “exceso de luz” equivalente a obscuridad, casi pierde de vista el universo, y sólo ve el Uno bajo las formas ilusorias. Más cuando de la disquisición intelectual se eleva a la devoción, también reconoce el advaita vedantino las manifestaciones de Brahmán en los Dioses. Y ¿dónde hay devoción de tan subyugadora y ferviente intensidad como la de las estrofas a Shiva y a Durga, del jefe de los vedantinos advaitas, Shri Shankáracharya?

Para el advaita es familiar el dogma de Maya o poder del pensamiento Divino que causa la ilusión: el universo como pensamiento del Uno sin segundo. Todo lo que no es Brahmán es ilusión, por limitado, transitorio y sujeto a continua mudanza. El uno permanente es la única Realidad; todo cuanto cambia es ilusorio. La manifestación es un pensamiento. Facilitaremos la comprensión de esta idea, si recordamos que la mente humana también puede ilusionar a otra mente sujeta a su dominio. Al hipnotizar a un hombre se le puede hacer sentir la resistencia de un cuerpo, verlo, oírlo, tocarlo y olerlo como si lo tuviera en contacto con los sentidos que nos guían en la vida externa, y, sin embargo, sólo existe allí el pensamiento del

hipnotizador, que directamente sugiere todas estas sensaciones a la imaginación. En cuanto cesa el hipnotismo, se desvanece la ilusión. Análogamente, desde este punto de vista, el universo es la expresión del pensamiento divino; todas las formas son pensamientos de Dios que todo lo dominan. Cuando se comprende bien esto se ve el Uno, y desaparecen la separación y la diferencia. El Yo desecha una tras otra las envolturas de avidya. El ojo de la sabiduría atraviesa una por una las envolturas, hasta que el vidente declara que:

“En la envoltura dorada superior, está Brahmán invisible y sin mancha. Conocen la verdadera luz de las luces los conocedores del Ser” – (Mundakopanishada 2 2:9)

Y aunque el hombre la ha conocido, siguen vagando en el universo de las formas; pero en cada forma ya no le atrae la apariencia fenomenal, sino el Ser que brilla en ella. Amamos las formas, porque en ellas está el Ser. Nos atraen las formas, porque un rayo interceptado de la luz del Ser brilla en ellas. Así como después de la lluvia, el niño ve el guijarro que brilla en el camino y corre a cogerlo atraído, no por el tosco pedazo de materia, sino por la luz del sol que en él se refleja, así los hombres, aun engañados en sus propios vicios, por la apariencia externa, persiguen el quebrado rayo de luz que del Ser irradia. Esto es lo que anhelan, aunque en su ceguera no lo comprendan ni adviertan. Así mismo amamos a las personas a causa del Ser que en ellas mora.

“No es amada la esposa por ser esposa, sino que por el Ser es amada. No es amado el esposo por ser esposo, sino por el Ser es amado.” Lo mismo sucede con todas las cosas del universo manifestado, hasta que por último decimos: “No son los Dioses amados por ser Dioses, sino que por el Ser son amados” – (Brihadaranyopanishada)

Así se eleva el hombre, de grado en grado, aproximándose más y más al Ser; así comprende la división: “Yo soy Yo, Tú eres Tú, Tú debes ser adorado, a Ti se te debe rendir culto, yo soy tu bhakta, tu devoto.” Al aproximarse más y más a la visión de la Luz, alborea el sentimiento de igualdad, y el amante y el amado no pueden en realidad ser dos; hasta que finalmente con amor perfecto y con

sabiduría libre de toda ignorancia, el amante y el amado se funden en uno: “Yo soy El.” Y se percibe la unidad en donde aparecía la dualidad.

Por esto veréis, probablemente, qué razón había en los tiempos antiguos para no dar al mundo las enseñanzas de la Vedanta. El sendero de lo manifestado, dice Shri Krishna:

“es difícil de alcanzar para los en carne presos” – (Bhagavad Gita 12:5)

Por medio de lo corporal nos elevamos a lo incorpóreo; la forma nos sirve de medio para elevarnos a lo que no la tiene. Por esto dijo Shri Shankaracharya que, para aprender la Advaita, se requerían ciertas cualidades, sin las cuales no se enseñaban. Cuán sabia y necesaria era esta restricción, podemos apreciarlo los que vemos el mal uso que de tan noble enseñanza hacen los hombres que no tienen dominio sobre los sentidos, ni han ejercitado la mente.

Pasemos ahora de estos grandes sistemas filosóficos, tan deplorablemente maltratados, al culto exotérico cuyo objeto era ejercitar, desarrollar y educar el alma, hasta que elevándose grado por grado estuviese dispuesta a recibir de manos del Gurú sus últimas iniciaciones.

Lo primero que advertimos en la religión exotérica es su índole de abarcarlo todo, sus infinitas y variadas adaptaciones a las necesidades también infinitas y diversas del hombre, porque presenta el universo externo desde el punto de vista oculto, y porque este universo se relaciona en todos sus puntos con cada alma en los sucesivos estados de su larga evolución. Para el más pobre, para el más bajo, para el más insignificante, para el más ignorante, hay siempre algo en la religión. Para el más elevado para el más intelectual, para el más espiritualmente avanzado hay también algo que aprender en el hinduismo. Esta es una de sus más relevantes características; tiene enseñanzas para los ignorantes y para los sabios, abarcándolos a unos y otros en el mismo círculo religioso.

El culto exotérico se funda en el conocimiento oculto de la naturaleza, no el conocimiento que adquiere la ciencia por el estudio de los fenómenos, o sea la apariencia externa, sino el conocimiento que resulta del estudio de la vida interna; esto es, de la mente, cuyas

expresiones son los fenómenos externos. En esto consiste la diferencia fundamental entre la ciencia oculta y la física. Una tiene por objeto las apariencias externas, otra la vida manifestada por medio de la forma. Basada, pues, en los hechos del mundo invisible, toda su enseñanza es expresión de la naturaleza invisible, de la naturaleza, no como energía y materia, sino como inteligencias vivas; no como materia “ciega” o “muerta” ni como fuerza inconsciente, sino como conciencias vivientes que se manifiestan por medio de la materia y de la energía. Su vida es, realmente, la energía, pues la conciencia es de la esencia de la vida; las formas son materia que encubre la vida, pues la materia toma forma que le imprime la conciencia viviente en su interior. El culto exotérico del hinduismo está basado sobre la profunda verdad de que nada hay sin vida en el universo, y de que todas las formas son expresiones, en materia más o menos densa o sutil, de los pensamientos de inteligencias vivas. Su objeto era, como ya se ha dicho, poner al hombre, por más ignorante que fuese, en armonía con el medio ambiente visible e invisible; enseñarle a emplear ritos, ceremonias y fórmulas destinadas a producir resultados definidos en el mundo invisible; conservar intactos los eslabones que enlazan las vidas elementales, minerales, vegetales, animales y humanas; sostener el armonioso ritmo de la rueda de la vida en los tres mundos, para mutuo servicio de los minerales, vegetales, animales y hombres del mundo físico, los devatas del mundo astral y los devas del mundo mental, estableciendo el sistema de sacrificio recíproco a que aludió Shri Krishna cuando dijo:

“Alimentad a los Dioses con el sacrificio y los Dioses os alimentarán; y alimentándoos así unos a otros, alcanzaréis el bien supremo. Pues alimentados por el sacrificio, los Dioses os concederán el goce de vuestro deseo” – (Bhagavad Gita 3 2:12)

Lo que el ocultista hace con su conocimiento y voluntad, se les enseñaba a hacer a los hombres ignorantes, en la medida de su limitación, por medio de ritos y ceremonias, contribuyendo así, a pesar de su pequeñez, a la obra armónica del todo.

El Sat-Chit-Ananda del filósofo, del místico espiritual, está expresado en la forma concreta de la Trimurti: Brahma, Vishnu y

Shiva.

Posible Foto

Tres imágenes la Trinidad

Aquí tenemos en formas concretas adaptadas al culto, el trino Brahmán, causa del universo; los tres aspectos de su manifestación separada, a fin de que pueda comprenderlos algo mejor la limitada inteligencia del hombre. El aspecto creador está representado por Brahma, cuyo tapas o meditación produce todas las cosas. Él representa la mente universal, el Chit divino. Vishnu es la vida que está en todas las cosas que compenetra y sostiene el apoyo infinito, el fundamento del universo, sin el que el universo no podría mantenerse. Es la vida presente en todas las cosas, en todos los átomos del universo, y todo lo penetra.

Es la sustentadora vida de Dios; el aspecto de Ananda o de la dicha. Shiva, más oculto y misterioso, llamado algunas veces el Destructor, es más bien el Regenerador. Es el fuego vivo, el Señor del suelo ardiente, cuyo fuego desciende para quemar las formas una vez agotada su utilidad, a fin de libertar la vida que está dentro de la forma, para que pueda adquirir más elevada expresión y manifestación más completa. Es Mahaveda, Maheshvara, Sat (existencia). Tal es la gran Trimurti, los aspectos concretos del Dios manifestado. Descendiendo de la Trimurti, tenemos los siete primordiales “elementos”, cada uno de los que es forma aparente de una poderosa Inteligencia, de un Dios. Cinco están actualmente manifestados y dos ocultos. Los manifestados son:

Akasha (forma animada por Indra) Agni (Fuego) Vayu (Aire o forma de Pavana) Ap (Agua o forma de Varuna) Prithivi (Tierra o forma de Kshiti)

No comprenderéis la maravillosa perfección del culto hinduístico si no advertís el aspecto de la vida universal. Los Dioses de los elementos: Indra, Agni, Pavana, Varuna y Kshiti, son entidades reales, grandes inteligencias espirituales con jurisdicción propia. Cada uno es soberano Señor y Gobernante del elemento expresivo de su naturaleza; y bajo Él hay innumerables huestes de devas y devatas, en orden siempre descendente, hasta llegar a las manifestaciones inferiores del

plano físico, a los devatas ínfimos del hinduismo, relacionados con la construcción y formación de los cuerpos del mundo visible. Conviene tener en cuenta que las siete grandes regiones del universo (los siete planetas del teósofo de las cuales sólo estamos relacionados con cinco), constituidas por las modificaciones del elemento que forma su raíz material, se subdividen en siete planos, alguno de los cuales ofrece las características de las grandes regiones. Según dice nuestra venerada maestra H. P. Blavatsky, pueden compararse estas regiones del universo a los siete colores del espectro solar. Imaginemos que un color, el violeta, por ejemplo, se subdivide, a su vez, por el análisis, en los siete tonos siguientes: violeta rojo, violeta naranja, violeta amarillo, violeta verde, violeta azul, violeta añil y violeta violeta; es decir, todos los colores del espectro, aunque dominados por el violeta. Esto nos da admirable ejemplo de cómo cada Dios tiene su región propia, y, sin embargo, están representados en ella los demás Dioses por las modificaciones del elemento del Dios dominante, hallándose cada subdivisión caracterizada por los atributos de uno de los otros. Así pues, si consideramos, verbigracia, el Fuego, Agni es el Dios dominante y el Fuego se halla en todas las regiones del universo: Fuego eléctrico, relámpagos luminosos, luz en el alto cielo, y hasta el fuego físico que arde en el hogar y cuyos devatas están animados por su vida en la baja tierra. Todos estos fenómenos caen bajo su dominio; son modalidades de su ser y lo condicionan conforme a la región en que actúan; de aquí que Agni, el poderoso, el resplandeciente por sí mismo, que rige la esfera ígnea, es en el Sama Veda “El Señor del Hogar”, pues el fuego doméstico es también suyo, y por su medio Él obra.

Llegamos luego a las relaciones de los hombres con las jerarquías ascendentes hasta la Trimurti. El hinduismo nos las presenta relacionadas en diversidad de grados con los ritos, ceremonias y deberes religiosos. Según el grado de evolución intelectual y espiritual del hombre, así es el grado de la Deidad a que debe rendir culto. A aquellos cuya conciencia mental principia a despertar y que comienzan a sentir los débiles impulsos de la devoción, se les da una forma de Dios muy sencilla, pues de otro modo no comprenderían el significado

de la palabra “Dios”. El hinduismo les da forma concreta, excesivamente inferior en un principio, porque de otro modo deslumbraría la incipiente inteligencia, y pondría en confusión el tenue sentimiento de devoción que debe desarrollarse gradualmente. Al labrador que vive en el campo y no conoce más que sus semillas, su cosecha, su ganado, sus esperanzas de lluvia y de sol, su esposa y sus hijos, ¿le iríais a hablar de Brahmán indivisible e inmaculado, comprensible tan sólo para el concedor del Yo?

Si tal hicierais, os miraría estupefacto, pues no le presentáis objeto alguno al que dirigir su amor, su devoción, a cuyo alrededor puedan plegarse las débiles fibras de su corazón, capaces sólo de abarcar muy poco, cuando brota una tierna planta, no lleváis un enorme tronco para que la sirva de arrimo y en él se apoyen sus débiles ramas, sino que tomáis una varilla delgada para que la planta la abrace, trepe por ella y crezca, y con su ayuda se haga más fuerte y pueda mejor desarrollarse. Así también en el culto exotérico del hinduismo, el aspecto de Dios es proporcionado a la capacidad del devoto, siempre algo superior a él, de modo que pueda despertar sentimientos de amor, devoción y homenaje. Todo esto se encamina realmente al Uno, sin que importe el aspecto bajo el cual se ve este Uno.

“Una hoja, una flor, agua, un fruto ofrecidos con corazón puro y devoción sincera, los acepta el mismo Shri Krishna, como ofrenda. “Pues hasta los devotos de otros Dioses que los adoran llenos de fe, me adoran también a mí, ¡oh hijo de Kunti! aunque su culto sea contrario a la antigua ley” “Mucho más, por tanto, los que adoran a los Dioses inferiores con arreglo a esta antigua ley. Y ¿cómo no, desde el momento en que nada hay.” – (Bhagavad Gita 9:26, 23, 10:39)

Por tanto, el Señor está en la piedra y en el árbol, y Él es el adorado, no la mera forma externa.

De este modo los fieles caminan paso a paso hacia adelante, como conducidos por maternal y amorosa mano. Y si queréis ver en una sola escena la necesidad de esta limitación, leed la estancia II del Bhagavad Gita, donde Arjuna, no sabiendo lo que pide, ruega a Shri Krishna verle como Señor del Universo, y no en su forma más limitada. Shri

Krishna accede a su ruego y le da el ojo divino, porque los ojos de la carne no pueden ver a Dios. Brilla entonces esplendorosamente como mil soles resplandecientes a la vez en el cielo, llenando las alturas y las profundidades, extendiéndose de Oriente a Occidente, de Norte a Sur, pues todo está contenido en su forma. Dioses, hombres y cuanto existe apareció en una sola imagen divina de gloria irresistible. Arjuna se sorprende, se espanta, se conmueve, se confunde, se siente anonadado. Últimamente exclama en su afán humano:

“Esta radiante vida tuya me confunde... Desearía volverte a ver como antes; vuelve a tomar tu forma de cuatro brazos, ¡oh señor!” – (Bhagavad Gita 11:31, 46)

La experiencia de Arjuna es universal. Mientras progresamos, Dios tiene que circunscribirse a nuestro limitado conocimiento, porque de otro modo nunca llegaríamos a conocerle. No se puede echar dentro de un vaso más de lo que el vaso puede contener; el líquido rebosa por todos lados, y el gran océano de Brahmán no puede verterse en su totalidad en los diminutos vasos que presentamos para recibirlo. A medida que el vaso se agranda, puede verterse en él más y más de este Ser sin límites.

Así, pues, tenemos en el hinduismo ritos, ceremonias, observancias, imágenes e innumerables formas de culto adaptadas a los diversos tipos del conocimiento y de la ignorancia humana. Pero todos son propios para inspirar amor, para estimular la devoción, para despertar el culto, pues esta actitud del alma es lo que importa, y no la forma intelectual en que el culto se efectúe. De este modo los hombres se elevan gradualmente al concepto de la imagen Suprema del Señor del Universo; se elevan al concepto de Ishvara, el Señor Uno, sobre todo. Y así también se evita que arrastren el concepto sublime del Dios único por los niveles inferiores de su primera ignorancia, haciendo al Señor del Universo, imagen de las pasiones, y encerrándolo en las limitaciones humanas. Constantemente se les recuerda que no conocen a Dios tal cual Él es, sino sólo un pequeño rayo suyo, en la proporción en que son capaces de percibirlo. Y a medida que progresan, comprenden con alegría que algo más de Él fluye en el concepto que tienen de Aquel que adoran, ensanchándolo,

iluminándolo, sublimándolo, hasta que parece que desprende alguna visión de su gloria. Elevándose a Ishvara pueden rendirle culto como a Vishnu, o como a uno de los avatares de Vishnu. Pueden adorarle como a Shiva, el Gran Yogui, el Señor de Sabiduría. Entonces alcanzan el concepto del Uno, fundamento de lo múltiple en la manifestación.

Veamos ahora cómo influyó esto en la vida individual del alma, considerada externamente en los grados de su evolución a través de los tres mundos. Por vida individual entiendo toda la vida del alma, desde que principió sus experiencias como alma humana, esto es, desde la formación del Karana Sharira (el cuerpo causal, que dura el tiempo del ciclo humano), hasta que alcanza a Brahmán, y es perfecto reflejo de lo divino. El hinduismo divide esta vida individual en cuatro grandes estados, representados por el cuádruple orden de las castas. Tenemos en esto la evolución, grado por grado, del alma individual. En el hinduismo, como política modelo de la raza aria, este orden de las castas formó parte de la constitución social; y dondequiera que el alma evolucione, tiene que pasar por los cuatro estados en realidades internas, aunque no en nacimientos externos. El hinduismo tuvo por capital propósito representar el desarrollo interno en forma externa, a fin de que los hombres pudiesen aprender las verdades espirituales en los cuadros externos. Considerémoslos sucesivamente, para ver qué había de aprender el alma en cada uno, y cómo el medio ambiente se adaptaba a la evolución progresiva. El estado inferior era el de Shudra, entre cuyas pocas obligaciones se contaba la de obedecer y servir. El estado siguiente era el de Vaishya, en que se permitía la riqueza, se alentaba su adquisición, y el alma tenía que aprender el desinterés en la posesión de la fortuna y el debido uso de la riqueza para servir a los demás. Luego se pasaba al tercer estado, el de Kshatriya, donde la vida misma era un sacrificio y no bien material. Finalmente, la casta de los Brahmanes, en que nada transitorio ha de tener atractivo, y en que el alma mora en su último cuerpo sobre la tierra. Más allá de las cuatro castas, luego de pasar por ellas y aprender sus lecciones, está el Sannyasi, sin casta ni ritos ni ceremonias ni hogar ni nada perteneciente a la existencia pasajera. Se entiende, el Sannyasi de corazón, no de hábito solamente. Tan fuera se halla de la personalidad,

que los hombres, al saludarle, dicen tan sólo: “Namó Narayanaya”, en alabanza al Dios que está en él, en lugar de loar la forma externa.

Este sistema de castas constituye el edificio político de la nación; la enseñanza espiritual en su expresión exotérica produjo este orden cuádruple.

Después hemos de considerar la vida personal, esto es, la vida en los tres mundos durante un ciclo de vida personal o sea un período en cada mundo. Aquí también varía la vida según el estado a que ha llegado el individuo, esto es, según el grado obtenido en la totalidad de la vida del alma. En el primer estado tendrá la simple vida de los sentidos, alcanzando poco de la mente inferior, y pasará bastante tiempo en Bhúvarloka (la tierra) y un corto período en Svargaloka (el devachan). A medida que adelanta intelectualmente, disminuye el período de Bhúvarloka y aumenta el de Svargaloka, porque sus deseos son de tal naturaleza, que se goza principalmente en el mundo superior. Consideremos un caso de orden aún más elevado, para mostrar la vida terrestre en su estado superior antes de practicar el verdadero Yoga; una vida que reduzca el Bhúvarloka a su mínima expresión y que dilate la dicha del Svargaloka.

La vida personal en la tierra se divide en cuatro estados o ashramas. Primero, la vida del estudiante, que, por decirlo, así, ha de repasar en el nuevo cuerpo todas las virtudes aprendidas en su pasada evolución, cuando pertenecía a la casta Shudra: obediencia, disciplina, reverencias, castidad, trabajo, objetivo de estimular la naciente cualidad del amor espiritual en el hombre. Véase luego la persistencia en las virtudes morales, la constante educación en la literatura superior, familiar en todas las casas, en los más nobles ideales compatibles con la mayor rectitud de vida cotidiana. ¿Hay otra literatura que ofrezca a la educación de los jóvenes mejores ejemplos en todos los aspectos de la vida? ¿Pueden tener vuestras hijas más límpido espejo del amor conyugal, que los de Sita y Savitri? ¿Pueden recibir inspiración más viva para obtener el conocimiento que la dimanante de los ejemplos de Gargi y Maitreyi? ¿En dónde hallaréis tipos más grandiosos y perfectos en todas las diferentes circunstancias de la vida? Respecto a los modelos de virtud, ¿dónde más noble

triunvirato que el de los hermanos Rama, Lakshmana y Bharata? ¿Están en parte alguna más exquisitamente delineados, el amor, el auxilio y la abnegación entre hermanos? ¿Hay más ferviente amor conyugal que el de Rama y Sita? ¿Encontraréis ejemplo más noble de exquisito equilibrio mental, de paciencia y de serenidad de ánimo, que el del desterrado rey Yudhishtira? ¿Podría encarnar el deber más perfectamente que en Bhishma, vertiendo, en lecho de flechas, la más divina sabiduría sobre la juventud que le rodeaba? De este modo se educaba el alma por el precepto y el ejemplo. Así grado tras grado, aprendía el alma, por la práctica diaria. Una vez cumplidos los deberes de familia, siguen los dos últimos estados: la vida retirada en el bosque a donde llevan los esposos consigo el fuego del hogar, encendido el día de su matrimonio, para vivir allí en apacible contemplación, apartados del mundo en que dejan hijos mayores de edad y aptos para cumplir los deberes políticos y familiares; por último, la vida de clausura y ascetismo donde el alma se encuentra frente a frente de Brahmán. Tal era la vida ordenada, progresiva, austera y digna, por medio de la que se educaba y desenvolvía el alma, hasta llegar a la entrada de los tres senderos o margas. La práctica Yoga principiaba en los dos estados últimos de las vidas precedentes.

Viene ahora la tercera parte de nuestro tema: la ciencia del Yoga; el modo por el cual puede el hombre apresurar la evolución, dilatar su conciencia y elevarse a la unión con el Supremo. Yoga es el estado final de una evolución pacientemente sufrida, a través de las cuatro castas y las cuatro ashramas, desde la adoración a los Devatas inferiores hasta el ejercicio directo para librarse de la rueda de nacimientos y muertes. (Dioses inferiores incluso las entidades astrales, que presiden los procedimientos de la naturaleza en los dos planos inferiores).

Como hemos dicho, tres son los senderos, y cada uno tiene su Yoga propio: Karma Marga, cuyo grado final es Karma Yoga; Gnyana Marga, que termina en Gnyana Yoga, y Bhakti Marga, que finaliza en Bhakti Yoga (El sendero de acción; el sendero de sabiduría; el sendero de devoción. El Yoga o unión con el Ser puede practicarse y alcanzarse por cualquiera de estas tres vías.). En todos son requisitos previos y esenciales la subyugación de los sentidos y el dominio de la mente;

pero el procedimiento para lograrlo difiere según el sendero.

En el Karma Marga el hombre aprende por la práctica constante de la vida diaria; en el hogar sujeta los sentidos por la sobriedad y el desinterés, domina la mente por la meditación cotidiana, por la exactitud y diligencia en los negocios, por el aprovechamiento de todas las oportunidades para sostener la concentración y el equilibrio en medio de las distracciones y del torbellino de la vida común de los hombres. Una vez dispuesto por virtud de los esfuerzos efectuados durante algunas vidas, comienza el Karma Yoga, que le enseña a ejecutar la acción como deber, sin deseo alguno respecto al resultado, es decir, “renunciando al fruto de la acción”. Cumple sus deberes con fidelidad escrupulosa, pero no apetece el fruto, sino que renuncia al resultado. Finalmente, lleva a cabo todas las acciones en sacrificio al Supremo, y tienen por único motivo la voluntad de Ishvara. De este modo, aunque vive en el mundo, no siente atracciones, y es en su corazón el desligado, el errante. Así construye su “choza” para entregarse solitariamente en ella a la meditación. Así llega a la realidad del puro “Yo”, y a su unidad con los demás “Yos”. Es el Hamsa. De este modo se eleva sobre el “Yo” y se convierte en Paramahansa. Por medio de la renunciación y del sacrificio destruye el Ahamkara (la cualidad del yo personal o separatividad) y al destruirlo se le cae la venda de los ojos y se siente henchido de Gnyana y Bhakti, pues los tres senderos coinciden en el punto final.

En el Gnyana Marga, el hombre desarrolla su inteligencia por medio del estudio continuado a través de muchas vidas, hasta que empieza a cansarse del mero conocimiento y busca la verdad permanente, de la que todo conocimiento es resplandor intermitente. Luego tiene que adquirir viveka o discernimiento entre lo real y lo ilusorio; vairagya, aversión a lo ilusorio; sahasampatti, las seis calificaciones mentales, conviene a saber:

Shama (dominio de la mente) Dama (dominio del cuerpo) Uparati (tolerancia amplísima) Titiksha (fortaleza) Shraddha (confianza) Samadhana (equilibrio)

Además, ha de tener mumuksha o deseo de liberación de lo transitorio. Cuando todo esto reúne, es el adhikari, u hombre

dispuesto a recibir la iniciación del Yoga. (Estas eran las cualidades exigidas por Shri Shankaracharya, antes de comenzar el estudio del Vedanta que no puede comprenderse sin el Yoga).

Llega luego al Gnyana Yoga, y percibiendo la inutilidad de lo transitorio, se convierte en parivrajaka, o errante desligado de todo deseo, el hombre sin hogar. Por una visión todavía más intensa alcanza la realidad de lo permanente, y sobre ella descansa como en seguro fundamento, convirtiéndose así en kutichaka, el que habita en la choza, y en ella seguro reposa. Entonces siente claramente la propia conciencia, comprende el “Yo” y ve el mismo “Yo” en los demás. Es el estado de Hamsa. A medida que la visión espiritual se hace más clara y se dilata la conciencia, se convierte en Paramahamsa, o estado más allá del “Yo”, en donde llega a la realidad de “Yo soy El”.

Por el sendero de Bhakti Marga camina el alma atraída por algún aspecto manifestado de Dios. Las primeras etapas son de devota adoración, de profundo amor y reverencia. Gradualmente el alma se asimila las cualidades que adora, convirtiéndose en lo que adora. Con ello adquiere el desprendimiento que en el Karma Marga se logra por la renunciación y en Gnyana Marga por el discernimiento, prefiriendo a todo atractivo inferior la única atracción de su Dios. Por medio del amor vence los deseos inferiores, que mueren faltos de expresión. El sacrificio es un placentero acto de devoción; cada uno de los cuatro estados se pasa con el amor, en cada caso, como medio activo de logro, hasta que el amor que adora encuentra el objeto de su adoración, abrazándolo y sintiéndose fundir en completa unidad con su Adorado.

Verdaderamente los tres senderos se entrelazan y en los estados superiores están en coincidencia, pues el Karma Yoga rebosa de Bhakti, y también por el sacrificio destruye el Ahamkara y se perfecciona en sabiduría. El Gnyani y el Bhakta toman cada uno las cualidades del otro. En el corazón de Bhakta se levanta espontáneamente la sabiduría, y en el corazón de Gnyani florece Bhakti como resultado inevitable de la visión.

En las últimas etapas de cada sendero, tan pronto como sus servicios son necesarios, viene el Gurú a tomar el alma bajo su dirección. El aspirante se convierte en shishya, chela o discípulo. El maestro no

acude a los que no están preparados ni dispuestos, aunque la impaciencia del aspirante le llame muchas veces sin advertir que está ante él. Guía al alma por las últimas etapas, le presta el auxilio necesario, le ayuda a desarrollar sus facultades, sus divinas potencialidades, apresurando así su evolución hasta que alcanza la meta. Entonces el chela se convierte a su vez en alma libertada, el Maestro apto y dispuesto al auxilio de los menos avanzados. Se convierte en Jivanmukta (alma libertada) y continúa viviendo corporalmente, para servir de vínculo entre la humanidad física y la humanidad espiritual: un canal de amor divino y de fuerza humana. También puede convertirse en videhamukta (libertado incorpóreo) y vivir en el mundo invisible, pero al servicio del Uno, como ejecutor de la idea divina y conducto de vida espiritual para los hombres. Estos seres poderosos pagan la deuda contraída con sus Gurús, sirviendo a las generaciones presentes y futuras, enseñando a otros discípulos del mismo modo que ellos en el pasado aprendieron de Gurús evolucionados. De esta suerte un universo sucede a otro universo y cada uno ayuda al siguiente. Mas faltan expresiones para hablar del más allá, y las facultades humanas se abisman y anonadan.

Tal es, breve e imperfectamente expuesta, la religión fundada en la inmemorial antigüedad de los Rishis. ¡Tal debiera ser vuestra religión, herederos del pasado, descendientes de los poderosos Maestros! En la medida que la practiquéis seréis realmente sus herederos. En la medida que la améis, aprenderéis las lecciones de la evolución, según ellos las enseñaron a las gentes que instruyeron. Y en la misma medida os aprovecharéis de oportunidades mayores que las de ninguna otra nación, que si desperdiciáis habréis de lamentarlas, bajo condiciones más desventajosas, en muchas vidas futuras.

Mazdeísmo

Una de las discrepancias entre el conocimiento oculto y la ciencia oriental que en estos últimos años ha empezado a estudiarse en Occidente, es la cuestión de antigüedad de las grandes religiones. Cuando se trata del Cristianismo o del Budismo, la cuestión se limita a uno o dos siglos; pero respecto del Hinduismo y del Mazdeísmo, surge entre orientalistas y ocultistas un conflicto sin trazas de terminar, pues seguramente los ocultistas no mudarán de opinión y los orientalistas sólo cejarán paso a paso según el descubrimiento de ciudades antiguas y de antiguos monumentos que les vaya disuadiendo de su error. Este proceso es lento, pues el Hinduismo y el Mazdeísmo se remontan a lo que la historia llama “noche de los tiempos”. El primero es la religión más antigua en la evolución de la raza aria, e inmediatamente le sigue el Mazdeísmo.

Me propongo tratar de los cambios de opinión de los orientalistas, a fin de demostraros cómo retroceden lentamente, disputando el terreno palmo a palmo, siglo por siglo, a medida que nuevas pruebas señalan mayor antigüedad. Luego consideraré los testimonios ocultos para ver dónde colocan la religión del Profeta iranio.

Algunos autores suponen que este profeta, llamado algunas veces Zoroastro y posteriormente Zaratustra (y perdonen mis hermanos parsis los errores de pronunciación en que pueda incurrir mi absoluta ignorancia del lenguaje avesta), floreció 610 años antes de nuestra era, haciéndole así casi contemporáneo de Buda y de Platón. Para ello se fundan en la autoridad mahometana que, si alguna vez fue seriamente admitida por los orientalistas europeos, ha sido últimamente desechada por completo. El Dr. L. H. Mills, una de las más conspicuas autoridades europeas y traductor de los Gathas, que publicó además varias otras traducciones autorizadas, al tratar la cuestión de antigüedad, se funda en el testimonio del lenguaje, punto en el que me detendré más adelante. Dice que los Gathas están escritos en una lengua evidentemente emparentada con el sánscrito védico y son muy posteriores a los himnos más antiguos. (Zendavesta, introducción, pág. 3, Libros Sagrados

del Oriente, 31). Ahora bien; Mills atribuye al Rig Veda la errónea fecha de 4.000 años antes de Cristo; y basándose en ella, supone para los Gathas 1,000 o a lo sumo 1,500 años anteriores a Cristo. De manera que tenemos de 610 a 1.000 o 1.500 años antes de nuestra era, como primer cómputo de antigüedad. Pero Mills dice que pueden ser mucho más antiguos, como verdaderamente lo son. En su última obra, escrita en 1890, dice:

“Estoy ya convencido de que este último límite (1.500 años antes de Cristo) puede remontarse más. Si anteceden al culto de Mithra... no es posible imaginar cuán antiguos serán. La decisión de la crítica es abstenerse de conjeturas que limiten demasiado su fecha” – (A Study of the five Zarathushtrian (Zoroastrian) Gathas, con la traducción pahlavi, el texto sánscrito de Naryosangh y el texto persa traducido y un comentario. Introducción, páginas 19 y 20)

Examinando luego la opinión del sabio alemán Hang, vemos que admite mayor antigüedad basándose en la destrucción de la biblioteca de Persépolis por Alejandro, 392 años antes de Cristo. Arguye que para reunir una biblioteca tan copiosa y tal riqueza literaria hay que conceder el tiempo indispensable para la escritura y colección de los libros. La escritura se completó, según él cree, cosa de 400 años antes de nuestra era. No es posible dice fijar la época de Zoroastro menos de 1.000 años antes de Cristo, considerando más probable 2.800, aunque bien pudiera ser muchos más. (Essays on the Parsis, por Martín Hang, Series Orientales de Trubner, pág. 136). El Dr. Hang observa además:

“En ningún caso se les puede asignar fecha posterior a 1.000 años antes de Cristo, y pudieran encontrarse razones para suponérsele muy anterior y hacerle contemporáneo de Moisés. Plinio, que compara a Moisés y a Zoroastro, a quienes llama inventores de dos diferentes clases de ritos mágicos, va mucho más lejos y declara que Zoroastro vivió algunos miles de años antes que Moisés” – (Essays on the Parsis pág 299)

Así, nos hemos remontado gradualmente desde 610 años a 1.500, y de esta fecha a 2.800 años antes de Cristo; y posible es que date de mucho antes la primera proclamación de las famosas verdades del Profeta. Sin embargo, el testimonio griego, que puede aprovecharse y

que es valioso por anteceder a las opiniones de los modernos orientalistas, retrotrae muchísimo más la fecha. Aristóteles, por ejemplo, coloca la época del Profeta 9.600 años antes de Cristo, pues le supone 6.000 anterior a Platón, y generalmente podemos decir que ésta es la opinión de los historiadores griegos, que asignan a las enseñanzas del Profeta la fecha de 9.000 años antes de la era cristiana.

(Essays on the Parsis pág 298). Los actuales descubrimientos de los arqueólogos europeos ayudan muchísimo a reconocer mayor antigüedad al Mazdeísmo, pues las últimas investigaciones dan mucha luz para relacionar la tradición zaratustriana con las de Caldea, Nínive y Babilonia. Recordaréis que, en el Lucifer, al comentar un artículo de H. P. Blavatsky, mencioné algunos de los más recientes descubrimientos que se están haciendo en el país donde esta religión dominó un día sin rival. Vemos allí la historia de este país conservada en caracteres cuneiformes que se remontan por lo menos a 7.000 años antes de Cristo, y probablemente, según dice el descubridor, a 8.000. Esta escritura cuneiforme se está ahora traduciendo y es posible que cuando se publique esta traducción acepte la ciencia europea algunos testimonios que confirmen la antigüedad de la religión de Zoroastro.

El Ocultismo, en todo caso, remonta muchísimo más los principios de esta enseñanza y la coloca en tiempos muy anteriores a dichas fechas. Los ocultistas se fundan en dos clases de archivos. En primer lugar, la gran Fraternidad ha conservado los antiguos escritos -los mismos escritos retirados en el tiempo en que fueron hechos-, los cuales se conservan en templos y bibliotecas subterráneos, en donde ningún enemigo los puede hallar, ni en donde pueden sufrir daño alguno. Allí, milenio tras milenio, se reúne el conocimiento del mundo en forma escrita, y actualmente hay personas a quienes se ha permitido ver muchos de estos escritos antiguos, de los cuales no queda ni memoria en la historia profana, redactados en lengua sacerdotal antigua, diferente de cuanto ahora saben las más viejas razas. Estos no son los únicos archivos en que se fundan los ocultistas, pues tienen además los archivos imperecederos, escritos en el Akasha que, a manera de una placa sensible en el mundo físico, conserva en sus más mínimos pormenores cuantos sucesos acaecen. Es, por decirlo

así, una fotografía de la evolución del hombre, exacta hasta en el incidente más insignificante y a la cual pueden recurrir en cualquier momento y leer en todo tiempo los que se ejercitan en ello y se someten voluntariamente a la disciplina necesaria para efectuar tales investigaciones. -De este modo los datos pueden compulsarse por investigadores sucesivos; y así tenemos el testimonio de los peritos que han estudiado los más antiguos archivos que no ven en meros caracteres escritos, sino en escenas del pasado, que se proyectan con exactitud y dotadas de vida, tales como ocurrieron. De este modo viven en el tiempo pasado los sucesos de la historia.

Según estos archivos, la religión que modernamente se llama Mazdeísmo, o religión de los parsis, es, como ya he dicho, la segunda del tronco ario. Los iranios, nacidos en la misma cuna que la primera familia, se extendieron hacia Occidente sobre el vasto territorio que comprende, no sólo la Persia moderna, sino el reino de la antigua Persia, a donde les condujo en suprimiera emigración el gran profeta Zoroastro, que fue para ellos lo que el Manú para toda la primitiva raza aria. Pertenece a la misma poderosa Fraternidad, y era un gran iniciado de la misma Logia adoctrinada por los mismos Maestros, los Hijos del Fuego. Muchos de vosotros habréis leído en los antiquísimos anales del Libro de Dzyan, expuestos en “La Doctrina Secreta” (Estancia 4:1), que los Hijos del Fuego eran los Instructores de todos los grandes Iniciados, llamados a su vez los Señores de la llama. Zoroastro vino como Maestro al principio de la sub-raza irania, para darle las antiguas verdades en forma apropiada a la civilización que debía producir, y conveniente al tipo mental que iba a desenvolverse en ella; esto es, a propósito, para educarla, determinar su evolución y desenvolver sus facultades, del mismo modo que se daban a otros pueblos otras creencias con idéntico objeto y análogas direcciones. De este poderoso Maestro -cuya presencia en el mundo se remonta a una época de cuya antigüedad se reirían despectivamente los orientalistas- descendió una serie de profetas que cuidaron del primer desenvolvimiento del pueblo iranio. Y en este punto advertiré que al hablar de semejantes profetas no se infiere que cada uno fuera un individuo distinto, pues la misma alma suele reencarnar una y otra vez

con la misma misión, como sabéis muy bien por vuestros antiguos anales. Hombres tales como Veda Vyasa no tuvieron muchos nacimientos en la tierra, porque estos hombres viven siempre en contacto con nuestro mundo, siempre están cuidando de la evolución espiritual de la humanidad, y de tiempo en tiempo encarnan en un cuerpo de la época en que aparecen, sin dejar de ser el mismo gran Maestro, la misma Alma libertada, el mismo Instructor poderoso que toma una y otra vez el mismo nombre, para proclamar la identidad espiritual a los sordos oídos de los hombres. Y siguiendo esta serie de profetas, o más bien, de este Profeta, empezamos a ver dónde comienza la tradición griega, y comprendemos que el Zoroastro de que habla Aristóteles 9.600 años antes de lo que llamamos era de Cristo (fecha relacionada con Platón y no con Cristo), era el séptimo de este nombre desde el primer Zoroastro, y no el primero como suponían los griegos, y como creo que con frecuencia se inclinan a creer muchos parsis modernos. Así pues, el que vino a restaurar y vivir la enseñanza que se hundía y amenazaba desaparecer, era el séptimo de la serie de instructores. Posteriormente a éste hubo otro Zoroastro, en el año 4.000 antes de Cristo, que volvió a reanimar la antigua doctrina y repitió las verdades esenciales, expresándolas otra vez con autoridad divina, por medio del fuego sagrado, símbolo y verdadera voz de la Divinidad. Al estudiar la serie de profetas, vemos que de esta antigua religión dimanó la “gran ciencia”, la “Magia” de los caldeos. Y sabemos que los Magos de la antigüedad eran instructores y sacerdotes de esta misma antigua creencia, y a trueque de admirar por un momento a los sabios modernos, diré que el sabio caldeo que hace más de 20.000 años anotó desde su observatorio el paso de los astros, era uno de los descendientes comparativamente modernos de la larga serie de Magos; uno de los representantes relativamente modernos de la antigua sabiduría mazdeísta.

Retrocedamos, pues, y consideremos la doctrina en su forma originaria, aun cuando sólo dispongamos de las últimas recapitulaciones, por lo que respecta a los conocimientos corrientes, y veremos que las antiguas verdades, aunque ocultas, se transparentan aún en éstas, y si bien muchas de ellas han sido desfiguradas,

materializadas y degradadas en su última forma, el ocultismo puede reconocerlas, señalarlas a los que siguen esta antigua religión, y pedir a los parsis de hoy, en nombre de su antiguo Profeta, el divino Iniciado fundador de su fe, que se eleven por encima del materialismo actual, por encima de los mezquinos límites del orientalismo de la época, y proclamen la dignidad peculiar a su religión como una de las más antiguas del mundo. Que se ligen a la oculta tradición inmemorial, y no se rebajen aceptando las pasajeras indicaciones de la erudición europea.

Téngase presente, como en seguida lo veremos probado por el lenguaje, que los antiguos iranios eran arios y no semitas. Este es uno de los puntos de controversia; mas luego os demostraré que el idioma corrobora lo que sostiene el ocultismo. Admitimos en época muy posterior una mezcla semita; pero los iranios procedían del tronco ario, y son realmente raza hermana de los arios del Sur de los Himalayas.

El primer Zoroastro, al enseñar de nuevo los principios esenciales en que se basa toda creencia, aunque adulterados por adiciones posteriores, hermanó la filosofía y la religión de un modo notable. Al encontrar una civilización especial de carácter esencialmente agrícola, impregnada por completo de la idea práctica de la vida y destinada a educar prácticamente a los hombres en una creencia noble y en una moral sublime, no enlazó la filosofía metafísica con la religión exotérica, sino que las entremezcló de modo que es casi imposible hablar aisladamente de cualquiera de ellas. Se comprende mejor el conjunto estudiando la filosofía y la religión de un solo sistema. Previendo la especial civilización que había de desarrollarse, entretejió la ciencia astronómica con las enseñanzas filosóficas y religiosas, y dispuso esta ciencia astronómica (tan necesaria para un pueblo agrícola) en forma oculta y no en la pobre y raquítica exposición moderna. Para él, los astros no eran simples masas de materia que obedientes a leyes ciegas giran alrededor de soles inconscientes, sino que planetas y astros son los cuerpos de inteligencias espirituales cuya voluntad los rige y cuya sabiduría afianza la estabilidad del Universo. Enseñaba la astronomía, no como materia muerta y energías sin alma,

sino como inteligencias vivas que se mueven en orden inmutable, por estar guiadas con sabiduría perfecta e inquebrantable voluntad. Enseñaba la astronomía como la ciencia viva oculta de la sabiduría espiritual, expresada en el universo material, última forma inferior de su expresión. De la enseñanza de la filosofía religiosa y de la ciencia, dimanó la ética que hasta hoy día es la gloria de la doctrina de Zoroastro. La pureza práctica y perfecta es la tonalidad de esta moral. Pureza en las acciones de la vida personal; pureza en las relaciones con la naturaleza externa, honrando los elementos externos como manifestación de la pureza divina y manteniendo, por decirlo así, su limpieza sin mancha, en homenaje a la Vida de que todo procede. Según avancemos en nuestro estudio, veremos que éstos son los puntos salientes de sus enseñanzas; pero antes de tratarlo uno por uno, he de considerar la cuestión del idioma, pues necesitamos comprender algún tanto este punto, a fin de seguir las enseñanzas a través de las diferentes obras que han venido a nuestras manos.

He dicho ya que el idioma, en su forma más antigua, el del Avesta, justifica la opinión oculta acerca de la antigüedad de la doctrina de Zoroastro, pues según el testimonio de los orientalistas europeos -y me apoyo en él cuando corrobora las opiniones ocultas-, el idioma avesta, aun tal como aparece hoy en las últimas recopilaciones es un dialecto ario emparentado con el sánscrito de los Vedas. No fuera de propósito hablar de las alteraciones del sánscrito que se notan en este país al comparar el de los Vedas con el clásico de tiempos posteriores; pero el Avesta está emparentado con el sánscrito primitivo o védico (*Essays on the Parsis*, pág. 70) que según el doctor alemán, es hermano mayor de la lengua avesta. (*Essays on the Parsis*, pág. 40). No sólo se ve esta semejanza clara y distintamente marcada en las palabras, sino que trasciende a ellas. Los antiguos himnos o Gathas están escritos estrechamente relacionados en metro con los del Sama Veda. El ritmo, pie y método de canto son muy parecidos al ritmo, pie y canto que aun emplean los hindúes. De modo que vemos en ellos esta prueba de antigüedad, y a medida que hacemos retroceder, a pesar de los orientalistas, la antigüedad de los Vedas y del Hinduismo, remontamos igualmente la antigüedad de la religión mazdeísta, enlazando las dos en apoyo de nuestro criterio,

como estuvieron enlazados en sus primeros tiempos en el lejano pasado de los dos grandes pueblos. Así también, si se me permite considerar por un momento los anales ocultos, los himnos son los mismos. Los himnos maravillosos del mundo antiguo, que producen su efecto en lo invisible, que dominan las inteligencias inferiores y se elevan a las superiores en el idioma del color y de la música, se cantaban en la misma esvara arcaica, y aunque perdidos para los sacerdotes del moderno mazdeísmo, podemos recobrar sus ecos en los records akashicos. Volviendo ahora a la tan disputada palabra “Zend”, que según unos es una lengua y según otros un comentario, ¿qué luz arroja en la cuestión la erudición europea? Algunos dicen (y temo que en este punto los parsis modernos estén de acuerdo con ellos) que Zend es una moderna traducción pahlavi y un comentario de los escritos antiguos. Es cierto que la palabra se aplica siempre a la traducción hecha bajo la dinastía Sasania en tiempos relativamente modernos. Pero veo con gusto que muchos sabios europeos rechazan esta opinión y declaran que el Zend es el comentario original, escrito en el idioma del Avesta, y por tanto lo retrotraen también a los tiempos del idioma emparentado con el sánscrito de los Vedas. El Dr. Hang dice que del uso de las denominaciones Avesta y Zend por los traductores pahlavis, podemos inferir que el Zend que ellos mencionaban eran un comentario del Avesta ya existente al emprender la traducción; y consideraban sagrado el Zend porque probablemente estaba en la misma lengua que el Avesta original. Etimológicamente Zend significa: comentarios de los sucesores de Zaratustra sobre los escritos sagrados del Profeta y de sus inmediatos discípulos. Estos comentarios debieron de escribirse en el mismo idioma que el texto original; y como éste se hizo gradualmente incomprensible para todos, excepto para los sacerdotes, los comentarios se consideraron parte del texto, necesitándose por ello una nueva explicación o Zend. Este nuevo Zend fue redactado por los más sabios sacerdotes de la época Sasania, en forma de traducción al pahlavi o lenguaje vulgar de Persia en aquellos tiempos. La palabra Zend quedó luego limitada a esta traducción. (Essays on the Parsis, págs. 120, 122.)

La opinión de que Zend era un comentario, está corroborada en gran

parte por el testimonio oculto contra el de la erudición moderna. Vemos (y en este punto podemos tomar por testigo a H. P. Blavatsky, que escribía sobre lo que entraba en la esfera de sus propios conocimientos, bajo la dirección de su Maestro) que este comentario, el Zend original de los iraníes, estaba escrito en un idioma derivado del sacerdotal a que aludí antes. Pues todos los ocultistas conocen un idioma sin letras, tal como las letras se entienden en nuestros idiomas modernos, sino con signos, símbolos colores y sonidos, que suena como música, brilla como color y toma formas propias que los iniciados pueden reconocer y traducir a los idiomas inferiores del mundo intelectual. Se le llama algunas veces Zenzar y otras deva bhashya. H. P. Blavatsky dice del Zend:

“Significa, como correctamente se ha dicho en cierto sentido, ‘comentario o explicación’, pero también significa algo de que los orientalistas no tienen la menor idea, esto es, ‘interpretación de las sentencias esotéricas’, el velo que oculta el verdadero significado de los textos Zen-d-zar o idioma sacerdotal empleado por los Iniciados de la India arcaica. Se le ha encontrado en algunas inscripciones indescifrables y lo usan y estudian hoy las comunidades secretas de los adeptos orientales, que le llaman Zend-zar, Deva Bhashya o Brama Bhashya. El texto Zend es sencillamente el código secreto de ciertas palabras y expresiones convenidas por los compiladores originales, cuya clave sólo poseen los Iniciados.” – (El Teósofo 4, Artículo sobre Mazdeísmo, página 224)

Muchos nombres se le han dado a este idioma, pero los nombres importan poco, porque varían en cada país, y lo esencial es saber que este idioma existe, que se le conoce hoy como se le conocía hace un millón de años, que se aprende ahora como se aprendía entonces, que la enseñanza oculta se da en este lenguaje y no en los toscos sonidos articulados por los órganos vocales, y que se traduce a los idiomas comunes que de él derivaron. El sánscrito védico es el más antiguo eco intelectual de aquella lengua arcaica y la misma raíz tiene el Zend de los iraníes. Al llegar a las traducciones pahlavis, entramos en los tiempos históricos.

El pahlavi denota hoy “*el lenguaje escrito de Persia durante la dinastía Sasania y la literatura de aquella época y de un breve período posterior*” (Essays on the Parsis, pág. 81. La dinastías Sasiana floreció desde 226 a 653 de nuestra era, en cuya última fecha fue derrocada por los mahometanos); pero en tiempos anteriores era el idioma nacional del país. En pahlavi hay palabras reveladoras de la influencia semita, que según algunos se remonta a 600 años antes de J. C. (Essays on the Parsis pág. 81). Nada significa esto, pues 600 años antes de Cristo es una época moderna para el ocultista que estudia milenios y no siglos, y esta prueba de la influencia semita en los últimos tiempos no influye absolutamente nada en sus opiniones acerca del origen del mazdeísmo.

Pasemos ahora de esta cuestión del idioma (que pudiera tratarse con mayor extensión y relacionarla con muchos asuntos de interés) a otro importante punto de controversia, demasiado descuidado. La tradición caldea, según la conserva la nación griega, es de interés vital, aunque, según creo, la desconozca el mazdeísmo moderno. Esta tradición caldea intermediada por Grecia, puede decirse que tiene el siguiente origen: En tiempo de Alejandro había en Persépolis una gran biblioteca que, como sabéis mandó quemar el magno rey de Macedonia en un acceso de embriaguez o de ira, estando borracho o por venganza. De aquí que desde entonces se le llamara constantemente “el maldito Alejandro” en todos los escritos zoroastrianos.

Ahora bien; hay pruebas de que en la época del incendio existían dos series completas de la literatura zoroastriana. Una de ellas estaba en la biblioteca quemada por el “maldito Alejandro”. De la otra se apoderaron los conquistadores griegos, que la tradujeron a su lengua. Quedan de ella algunos fragmentos en el Nabathoean Agriculturer y en las citas que de los Oráculos de Zoroastro y sus enseñanzas hacen los escritores neoplatónicos. Los vestigios que de la antigua enseñanza se descubren en la literatura griega, corroboran la reconocida tradición zoroastriana. ¿Por qué, pues, no hemos de aceptar este refuerzo en la lucha para demostrar la antigüedad del Mazdeísmo? ¿Por qué los parsis modernos no han de aprovechar el testimonio que les llega por esta parte, puesto que ambas direcciones convergen en el mismo

punto? Estos fragmentos, citados por autores griegos, son testimonios que aduce la literatura helena, y en ellos alienta el antiguo espíritu de las enseñanzas que Zoroastro dio en el pasado.

Ocupémonos ahora de la literatura en sí misma y estudiemos sus documentos. Primero tenemos el Yasna, cuya primera parte son los gathas, o himnos arcaicos que contienen las enseñanzas salidas de labios del Profeta. Son cinco, y sólo quedan meros fragmentos, pero elevadísimos, sublimes y grandiosos, que atestiguan la nobleza de la antigua enseñanza. La segunda parte consiste en ceremonias y oraciones a la suprema Divinidad y a las poderosas entidades que forman las jerarquías espirituales, pues el antiguo Mazdeísmo nada sabía del materialismo moderno que intenta colocar a Dios en un polo del Universo y al hombre y al mundo en el otro, con un enorme espacio vacío entre ambos. En el Mazdeísmo, así como en todas las antiguas creencias, no había vacío en el Universo ni espacio, sin Inteligencias vivas, ni lugar sin seres espirituales en actividad. Desde el hombre junto al pie de la escala hasta el supremo Dios en lo alto de ella, había diversos grados de Inteligencias divinas, todas ellas objeto de adoración, según confirma la literatura zoroastriana. Después del Yasna, tenemos el Visparad o colección de invocaciones preparatorias que deben recitarse antes de otras oraciones. El Yasna y el Visparad son, respecto del Mazdeísmo, lo que los Vedas respecto del Hinduismo. En ellos se halla lo que un tiempo fue vasto acopio de literatura, de que por desgracia sólo se recuerdan los nombres. Quedan un libro completo y unos cuantos fragmentos de los veintidós grandes tratados o naskas que trataban de medicina, astronomía, agricultura, botánica, filosofía y de todas las ciencias. Son lo que el Vedánga en el Hinduismo. Señalo estas analogías, porque corroboran nuestra opinión sobre la antigüedad y alteza de esta fe religiosa. De los naskas sólo queda completo el Vendidad o libro de las leyes, que trata de la conservación de la pureza, tanto en el hombre como en la naturaleza externa. Luego tenemos el Khordah Avesta, o Avesta menor, compuesto de yashtas (invocaciones) y oraciones (para uso de los seglares más bien que de los sacerdotes) que todavía los parsis modernos rezan diariamente. Es una colección mixta, pues algunos

fragmentos son muy antiguos, y otros relativamente modernos. Después del incendio de la biblioteca de Persépolis, vino un anárquico y tumultuoso período de quinientos cincuenta años, a cuyo término, bajo los monarcas sasánias, se recopilaron los restos de la literatura zoroastriana. No es maravilla que del glorioso conjunto sólo queden fragmentos como piezas arrancadas de preciosísimo mosaico; pero los capaces de reconstruir el cuadro verán en dónde encajaba cada pieza, y así podrán juzgar de la hermosura original del conjunto.

He explicado, aunque sucintamente, estos detalles preliminares, porque los desconocen la mayor parte de las gentes, y porque, sin conocerlos, no es posible apreciar la trascendencia de las pruebas en que se apoya la antigüedad de la filosofía y la religión zoroastrianas. También es necesario ver los vacíos que dejan las pruebas, para estimar cuánto se ha perdido, cuán fragmentarias son las escrituras que han llegado a nuestros días, y, por tanto, cuán imperfecta debe ser toda inducción basada exclusivamente en ellas. Sin embargo, queda lo suficiente para afirmar que el Mazdeísmo está de completo acuerdo con la enseñanza oculta en todos los puntos de importancia, excepto en uno. Las escrituras, según las aceptan los parsis ortodoxos, nada dicen acerca de la reencarnación; pero sí los fragmentos conservados por los griegos, y el Desatir, libro que contiene mucha verdad oculta, pero sin autoridad para la moderna ortodoxia parsi.

Ocupémonos ahora de la filosofía y de la religión en sí mismas; y como desgraciadamente la influencia europea ha determinado una reacción materialista, es necesario citar versículo por versículo las Escrituras, a fin de establecer las antiguas enseñanzas ocultas.

Preside el universo manifestado Ahura-Mazdao, interpretado algunas veces por Sabiduría viviente, otras por Señor de Sabiduría, o el Sabiente Señor. Las inscripciones cuneiformes le llaman Auramazda, los sasánias Auharmazda y los persas modernos Hormazd u Ormazd.

(Essays on the Parsis, pág. 302)

Es el Supremo, el Universal, el que todo lo penetra, el Origen y Fuente de Vida. En la religión mazdeísta, es lo mismo que el Brahmán manifestado de los Upanishadas, el que surgió en el principio, el Uno, el origen de la vida del hombre. Se le describe repetidamente en las

distintas Escrituras, aunque no tanto en los gathas, oraciones e invocaciones. Dos ejemplos denotarán cómo se describe al poderoso Ser, a fin de que comprendáis cuán sublime es el concepto y elevada la idea del Dios primordial. En el Ormazd Yashta, El mismo proclama sus propias cualidades, por el estilo de lo que hace Shri Krishna en la estancia décima del Bhagavad Gita. Proclama los nombres que representan sus atributos y dice:

“Yo soy el Protector, el Creador, el Alimentador, el Sabiente, el más Santo de los Cielos. Mi nombre es Dador de Salud... Mi nombre es Dios, mi nombre es el Uno, Grande y Sabio. Mi nombre es el Puro... me llamo el Majestuoso... el Vidente; me llamo el Vigilante... el Aumentador” (y así sucesivamente, hasta setenta y dos nombres) – (Ormazd Yashta, trad. del profesor Spiegel por A. H. Bleek)

Veamos cómo lo describe el Profeta:

“El (Ahura-Mazda), por medio de su esplendor innato, creó primero la multitud de cuerpos celestes, y por medio de su inteligencia los seres buenos gobernados por la innata mente. Tú, Ahura-Mazda, el Espíritu imperecedero, los haces crecer. Cuando mis ojos te contemplan, oh Esencia de la Verdad y Creador de la Vida, que manifiestas tu vida en tus obras, veo que Tú, Mazda, el de elevada mente, eres el Espíritu primordial, creador del mundo y Padre de la buena mente.” – (Gatha Ahumavaiti, trad. del Dr. Haug.)

Ahura-Mazdao es trino y en el Khorda Avesta se lee:

“Alabado seas, Ahura-Mazda, trino ante otras criaturas” – (Ob. cit., 7 Qarset Nyggis I, Spiegel)

Nótese este “trino”, porque es de importancia vital, ya que une el concepto mazdeísta del Primer Ser, al trino Brahmán que tan familiar nos es en los Upanishadas, y también explica los dos principios o emanaciones que existen en él, y el tercero que completa la Trinidad. Dichos dos principios se han considerado muchas veces opuestos, como si la religión zoroastriana fuese esencialmente dualista, y no monística, como verdaderamente lo es. Pero antes de considerar este punto, debemos reconocer que, con arreglo a la antigua enseñanza,

más allá de Ahura-Mazdao estaba el Uno, el Ignoto, el Tiempo Sin límites, negado por los orientalistas de Europa que ignoran las enseñanzas ocultas. Arguyen que la idea del Tiempo Sin límites, como origen de Ahura-Mazdao, se funda en un error gramatical, en lugar de ser, cual es, una tentativa para comunicar al hombre la verdad oculta de la Existencia Una e Incognoscible. Pero aunque lo niegan, admiten la antigüedad de la enseñanza, y por lo tanto que el testimonio de los tiempos antiguos está de acuerdo con la enseñanza oculta. El testimonio griego nos habla con voz segura de lo que se enseñaba. Plutarco dice:

“Cromasdes (Ahura-Mazdao) surgió de la más pura luz” –
(Essays on the Parsis, pág. 9)

Damasco escribe:

“Los Magos y toda la nación aria, según dice Eudemos, consideraron como causa universal, el Espacio o el Tiempo, de donde salieron el Dios bueno, así como el mal espíritu; o según otros afirman, la luz y las tinieblas surgieron antes que estos dos espíritus” – (Essays on the Parsis, pág. 12)

Teodoro habla de la nefanda doctrina de los persas introducida por Zoroastro, o sea la doctrina del Zoruan, a quien supone el director del universo, y le llaman Destino, quien, al celebrar el sacrificio para producir a Hormisdas, produjo a la vez a Hormisdas y a Satán. (Essays on the Parsis, pág. 13). Esta errónea explicación de un polemista es muy curiosa, especial mente por lo que se refiere a la enseñanza oculta del sacrificio primordial. Esto mismo encontramos en el siglo cinco en la Refutación de Herejías, de Ezvik:

“Antes que existiese cosa alguna, tierra ni cielo ni criatura de ninguna clase, existía Zoruan... Él ofreció sacrificios durante mil años con la esperanza de obtener un hijo, llamado Ormiz, que debía crear el cielo, la tierra y cuanto hay en ellos” – (Essays on the Parsis, pág. 13)

El Dr. Hang, aunque defiende la teoría del error gramatical, reconoce que esta doctrina de Zarvan Akarana, era común en Persia en tiempo de los sasanas, como puede verse por las declaraciones antes citadas. (Essays on the Parsis, pág. 309-310). Aparte de todo testimonio ocultista,

esto basta para establecer que Zarathushtra enseñaba la antigua doctrina de la Existencia Una, inmanifestada, de la que surgió la manifestada. Y cuando más adelante leemos que Dios mismo ejecutó primitivamente un sacrificio que produjo a Ahura-Mazdao, vemos por tal indicación, tan obscura para los más, y tan clara para los menos, que Zarathushtra enseñaba también el Sacrificio primordial, la limitación por la cual fue posible la manifestación, según lo entiende todo estudiante de Ocultismo, y como voladamente repiten una y otra vez todas las Escrituras del Mundo. H. P. Blavatsky dice:

“Ahura-Mazda (Asura-Mazda) surgió del Zero-ana Akerna, círculo del Tiempo Sin límites, o Causa desconocida. La gloria del Zero-ana Akerna es demasiado elevada y su luz demasiado esplendorosa para que la inteligencia humana y el ojo corporal pueden comprender y ver. Su primordial emanación es la luz eterna, que después de estar previamente oculta en tinieblas, se manifestó, formando a Ormazd, o “Rey de la Vida”, el “Primogénito” en el Tiempo Sin límites, pero que como su antetipo (idea espiritual preexistente) existía eternamente en la Oscuridad” – (Artículo sobre Mazdeísmo, El Teósofo 4, 224)

El ocultismo sabe que Zarathushtra es miembro de la Fraternidad, y por lo tanto no duda de su enseñanza sobre esta verdad fundamental; más para los demás ha de bastar el testimonio externo junto con el hecho de que la opinión contraria la sustentan únicamente los europeos, desconocedores de la sabiduría antigua.

Volvamos ahora al trino Ahura-Mazdao que para determinar la creación se desdobra en la dualidad: Spento-Mainyush y Angro-Mainyush, dos principios dimanantes de Él, que se desarrollaron a fin de que pudiera manifestarse el universo. Las palabras “bien” y “mal” se emplean para describir estos dos principios, pero no son las más adecuadas para ello. Los Gathas más antiguas dan la clave. Puede decirse que el bien y el mal aparecen cuando el hombre desarrolla en su evolución el poder de conocimiento y de elección; el primitivo dualismo no es bien y mal, sino espíritu y materia, realidad e ilusión, luz y tinieblas, construcción y destrucción, los polos entre los que se extiende la tela del universo y sin los cuales ningún universo existiría.

La frase “realidad e ilusión” la emplea el mismo Zarathushtra al exponer las verdades fundamentales, pues el Gatha Ahunavaiti dice que el Profeta declaró ante el Fuego sagrado:

“En el principio había dos gemelos, dos espíritus, cada uno con su actividad particular. Y estos dos espíritus unidos fueron los primeros en crear (las cosas materiales): uno la realidad, el otro la ilusión” – (Essays on the Parsis, pág. 30 3,4 Trad. del Dr. Haug.)

Es idéntica a la dualidad primaria, Sat y Asat, de la enseñanza ocultista que el Uno desdobra la dualidad a fin de que de ella procedan los muchos. Uno creó la realidad y el otro la ilusión. El Profeta continúa diciendo que es preciso seguir a uno u otro de estos dos “espíritus”, que hay que elegir uno. Precisamente lo mismo dicen todas las enseñanzas antiguas al dejarnos la elección entre el espíritu y la materia. Llamadlos, si queréis, bien y mal; pero éstos no son los nombres fundamentales. El hombre sólo elige entre lo espiritual y lo material. A éstos se les dan varios nombres que demuestran cómo los comprendían en los tiempos antiguos. El Gatha Ushatavaiti (Yasma 14) dice:

“Todos vosotros que habéis venido de cerca y de lejos, debéis escuchar y atender lo que voy a proclamar: Los sabios han manifestado que este universo es una dualidad... Yo proclamaré los dos espíritus primordiales del mundo, de los cuales el aumentador habló así al destructor” – (Yasma 12)

He aquí también dos nombres que nos dan la clave del secreto: el “aumentador” y el “destructor”; de uno emana constantemente la vida, el otro modifica incesantemente la forma, que siempre se está destruyendo a fin de dar a la vida expresiones cada vez más elevadas. Para vulgarizar esta idea, se dice que el llamado espíritu malo es la muerte que destruye el cuerpo de los hombres. La destrucción de la forma significa el paso de la vida a superiores condiciones, no la obra de ninguna potestad maligna, sino la liberación del alma, y por lo tanto una parte de la manifestación divina del universo. También se les llama “los dos maestros” y “los dos creadores”, y hemos visto que la poderosa Inteligencia Srosh adoraba a los “*dos creadores que crean todas las cosas*” – (Yasma I 7:2). Seguramente esta Inteligencia no adoraría

el mal, a pesar de reverenciar la dualidad en la naturaleza divina. A mayor abundamiento, el mismo Ahura-Mazdao los llama “*mis dos espíritus*” – (Yasma 19:9). El Dr. Hang comprende bien esta idea y observa:

“Son las dos causas activas del universo, unidas desde el principio, y por tanto llamadas ‘gemelas’. Están presentes en todas partes, tanto en Ahura-Mazda como en el hombre... No mencionan los Gathas a Andro-Mainyush como sempiterno antagonista de Ahura-Mazda, como sucede en escritos posteriores. Tal es la noción mazdeísta original de los dos espíritus creadores, que son dos aspectos del Ser Divino” – (Ob. Cit. Pág. 303,305)

En esta Trinidad primordial, hay una tercera persona, cuyo origen es algo más difícil de encontrar, por haberla velado mayormente un cambio ocurrido en tiempos posteriores. Ahura-Mazdao es la primera persona de la cual todo procede. La segunda es dual como todas las segundas Personas de las Trinidades manifestadas. La tercera es la Armaiti, Sabiduría primordial o Mente, que construyó el mundo, de la que está escrito:

“Para asegurar esta vida (para aumentarla), vino con riquezas Armaiti, la mente fiel y buena, la imperecedera, que creó el mundo material” – (Gatha Alunavaiti 7)

En tiempos posteriores Armaiti se identificó con su creación y fue adorada como diosa de la tierra; pero antiguamente fue la tercera Persona de la Trinidad.

Siguen después las jerarquías de Inteligencia Celestes, dirigidas por los siete grandes Espíritus o Ameshaspentas, los siete Dioses presidentes. Algunas veces Ahura-Mazdao figura a la cabeza de todos ellos. Otras veces forman el septenario inferior. Y sobre Ellos está la Trinidad superior (Este concepto es familiar a los teósofos pues sabemos que el universo es una decena formada por los Tres superiores y los Siete inferiores, como los Sefirot de la cábala judía).

Posible Foto

Los siete Ameshaspentas, son:

Vohuman (la Buena Mente) Asha Vahislita (la Mejor Santidad)

Khshatraver (Poder) Spendarmad (Amor) Haurvatat (Salud)
Ameratad (Inmortalidad) Fuego (el más beneficioso)

Se les dirigen constantemente oraciones y constantemente se les cantan himnos, pues la liturgia toda rebosa de su culto. Sin embargo, algunos eruditos orientales (seguidos en esto, afortunadamente, sólo por una exigua minoría de parsis modernos) los han materializado en meros atributos de Dios, en lugar de reconocerlos por las Inteligencias vivas que, según los Gathas, construyeron y mantienen los mundos.

El Dr. Mills los limita a meros atributos, y así los considera siempre en su traducción, aunque algunas veces se coloca en posición muy difícil por la moderna repugnancia a reconocer la existencia universal de Inteligencias invisibles. Veamos si pueden considerarse como meros atributos:

“Tú también, ioh generosísimo Mazda Ahura! y la Piedad contigo, y Asha, el que establece todo fundamento. Tú, la Buena Mente, y Tú la Potestad. ¡Oídmme todos vosotros! y tenedme compasión” – (Gatha Yas. 33 Trad, del Doctor Mills, página 127)

Los epítetos escritos con mayúsculas, se refieren a los Ameshaspentas: Spendarmad, Vohuman y Klishatraver, y el plural “vosotros”, así como la frase “¡oídmme todos vosotros!”, sería un modo singular de invocar a Dios y a sus cualidades.

“¡Oh Mazda Ahura! Dime cuáles son las mejores doctrinas y acciones, y la oración del deudor de los loadores. Dímelo con Verdad y Buena Mente. Y por el Soberano Poder allegad gracia y perfección a este mundo”

El texto pahlavi dice:

“Por tanto, ruégote, ioh Auharmazd!, que por esta alabanza me declares cuáles son las mejores palabras y obras; que me des Tu deuda, ioh Vohuman, y la Tuya, ioh Ashavahisht!, pues por medio de Tu soberanía, ioh Auharmazd! el complemento del progreso se hace manifiestamente real a voluntad en el mundo” – (Ob. Cit. Pág. 152, 153)

“De este modo Te concebí yo, generoso Ahura- Mazda, cuando con la ayuda de la Buena Mente se me acercó la obediencia a

preguntarme ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?” – (Ob. Cit. 165)

Extraño procedimiento para una cualidad.

*“Primeramente te pido estos tres favores, ¡Ahura! ¡Asha!
Concede también tú los tuyos, ¡oh Aramaiti!”* – (Ob. Cit. 343)

Muchos pasajes más pudieran citarse de los Gathas. Considérese luego lo que sigue del Yasna haptanhaiti, que es sin duda una de las partes más antiguas del Yasna después de los Gathas:

*“Adoramos a Ahura Mazda el justo, el señor de justicia.
Adoramos a los Ameshaspentas (los arcángeles), los
poseedores y dadores del bien. Adoramos a la creación entera
del espíritu justo”* – (Essays on the Parsis pág. 171)

El Vispered principia:

*“Invoco y proclamo a los Señores del Cielo, los Señores de la
Tierra”* – (Ob. Cit. I. Trad. por el profesor Spiegel, pág 5.)

Y así sucesivamente una larga lista de Dioses. Además:

*“Damos a conocer: a Ahura-Mazda, al santo Sraosha, a
Rashnu el más justo, a Mithra el de extensos pastos. A los
Ameshaspentas, a los Fravarshis del puro, a las almas de los
puros al Fuego, hijo de Ahura-Mazda, y al gran Señor”* – (Obra
Citada 12, 18, 19, pág. 18.)

El Yasna nos ofrece otro testimonio:

*“Invoco y proclamo al creador Ahura-Mazda, el Brillante, el
Majestuoso, el Mayor, el Mejor, el más Hermoso, el más
Fuerte, más Inteligente de mejor cuerpo, el más elevado en
Santidad, el que es muy sabio, que se alegra desde lejos, que
nos creó, que nos formó, que nos guarda, el más Santo entre
los celestiales. Yo invoco y proclamo a Vohumano,
Ashavahista, Kshathra-Vairya, Spenta-armaiti, Haurvat y
Ameritat; el cuerpo de la vaca, el alma de la vaca, el Fuego (el
hijo) de Ahura Mazda, el amashaspenta más santo y el más
benéfico”* – (Yasna, I. 6, trad. por el profesor Spiegel, pág. 26.)

Pero los Yasnas están henchidos del culto de los Dioses mayores: de Mithra, de la Diosa de las aguas, de Sros (una de las más poderosas

Inteligencias) del Sol, de la Luna y las estrellas. En una palabra, se desvanecería el Mazdeísmo si prescindiésemos en él del culto de los Dioses para complacer al materialismo europeo. En él, como en el hinduismo, los Dioses están en todas partes, y a medida da que el devoto asciende, adora a Inteligencias más y más elevadas, hasta llegar a Ahura-Mazdao, de cuya voluntad son ellas agentes por medio de cuya poderosa vida se sostienen.

Vamos a tratar del Fuego, el símbolo supremo de Dios, de la vida divina, llamado Hijo de Ahura-Mazdao, el símbolo más reverenciado por los actuales mazdeístas. Como era de esperar, encontramos oraciones y más oraciones dirigidas al Fuego, y al culto del Fuego en los términos más manifiestos, claros y explícitos. El Fuego es la más benéfica y amiga Inteligencia espiritual que procede de Ahura-Mazdao y conoce todos los secretos celestes.

“Dichoso el hombre sobre quien descendas poderosamente, ioh Fuego, hijo de Ahura-Mazdao! Más amigo que el más amigo, más digno de adoración que el más digno de honra. Ven a auxiliarnos en los asuntos arduos. ¡Oh Fuego! tú conoces a Ahura-Mazdao y a los celestes. Tú eres el más santo de cuantos llevan por nombre Vazista. ¡Oh Fuego! hijo de Ahura Mazda, nosotros nos acercamos a ti” – (Yasna, 36 II 4-10, trad. por el profesor Spiegel, pág. 96)

¿Qué es el fuego? En toda religión ha sido siempre símbolo del Dios Supremo. Brahaman es fuego; Ahura-Mazdao es fuego; los judíos adoran a su Dios cual columna de fuego, y los cristianos dicen: “Nuestro Dios es fuego abrasador”. En todas ha sido y es el fuego el supremo emblema, pues Aquel que es gloria, se revela como fuego; sale en llamas de Aquello que “es tinieblas por exceso de luz”, y el universo entero es producto de la llama viva. ¡Oh si pudiera yo mostraros a Zarathushtra, el Poderoso, la primera vez que habló a las gentes y les enseñó las verdades que le habían revelado los Hijos del Fuego que le enviaron a la tierra a difundir estas verdades! Imagínadle de pie ante el altar, hablando de lo que el Fuego le había revelado. Recordemos lo que dice uno de los “Oráculos” que conservan las antiguas tradiciones: “Cuando contemples el Fuego sagrado, informe y

resplandeciente y deslumbrante por todo el mundo, oye la voz del Fuego.” Cuando Zarathushtra habló, no había fuego en el altar, sino odoríferos haces de madera de sándalo y perfumes. En esta actitud, el Profeta tenía en la mano una varita (que los ocultistas conocen, pues se empleaba en los misterios) con fuego vivo de las esferas superiores y con Fas serpientes gemelas enroscadas alrededor.

Posible Foto

Cuando con esta varita señalaba al cielo, al espacio infinito, a la bóveda del firmamento, el cielo ardía en fuego, y llamas ligeras fluctuaban por todas partes. Algunas de estas llamas se precipitaban hendiendo el aire y prendían fuego al altar, y el fuego vivo rodeaba al Profeta y hacía de Él una masa de llamas en cuanto pronunciaba “las Palabras del Fuego” y proclamaba las verdades imperecederas. Así enseñaba Zarathushtra en los antiguos tiempos. Y El dio los himnos del fuego que podían atraerlo del cielo (los mantras impulsores, las palabras de poder), y siglo tras siglo, milenio tras milenio, el fuego que resplandecía en el altar mazdeísta, en el templo del fuego, no era mero producto de la llama material. Siempre bajaba del cielo el fuego sagrado del ígneo Akasha. A la palabra del sacerdote caía sobre el altar y allí ardía como símbolo viviente de Dios. Cuando actuaban los sacerdotes inferiores, por no poderlo hacer los superiores, entonces se les daba la varita de fuego en la cual resplandecía siempre el fuego eléctrico, y cuando tocaban con esta varilla el combustible del altar, empezaba a arder el fuego celeste.

Véase cómo aun hoy se ha transmitido la tradición en las mismas ceremonias con que se enciende el fuego en el mismo altar. Actualmente queda todavía un débil eco de la antigua verdad, aunque el poder ya no existe, y ningún Parsi Dastur puede evocar puntos de la ciudad en donde ha de encenderse la llama sagrada, pero el fuego no se emplea según se toma del combustible terrestre, sino que el oficiante coloca sobre el fuego reunido una artesa de hierro colmada de madera de sándalo, y manteniéndola en lo alto, de modo que no haya contacto alguno material, el fuego de debajo enciende la leña y aparece un segundo fuego. Esta ceremonia se repite nueve veces, hasta que se coge, por decirlo así, la misma esencia del fuego puro y digno de

ser símbolo de lo divino. Por otra parte, tratan de obtener el fuego eléctrico, el fuego del rayo y como ya no pueden atraerlo, algunas veces tienen que esperar años y años para mezclarlo a los que arden en el altar sagrado. Todo mazdeísta adora este fuego sagrado y a la puesta del sol lleva a través de las habitaciones un fuego oloroso, emblema del poder purificador y protector del Supremo.

Echemos ahora una rápida ojeada sobre cómo está considerado el hombre, para hacernos cargo de su situación en la jerarquía de los Inteligencias. En él como en todo lo demás, hay dos principios: espíritu y materia; y puede inclinarse a uno o a otro. Toda la ética está basada en la idea de que se inclinará a lo puro, luchando por lo puro y sosteniendo lo puro. Tal vez el considerar a Angro-Mainyush como enemigo fue una tentativa para inducir al hombre a la lucha activa contra el mal y hacerle sentir que peleaba por el “buen espíritu” contra el “mal espíritu”. Ser en todo activo a favor de lo puro, es un deber personal. El mazdeísta debe conservar la tierra pura, debe cultivarla por deber religioso, debe ejecutar todas las labores agrícolas en servicio de los Dioses, pues la tierra es la criatura pura de Ahura-Mazdao y ha de preservarse de toda mancha. El aire y el agua deben mantenerse puros si algo impuro, como por ejemplo un cadáver, cae al agua, el buen mazdeísta debe sacarlo para que no se corrompa el puro elemento. De aquí también proviene la resistencia a quemar los cadáveres, porque con su contacto manchan el fuego. Así conducen reverentemente los cadáveres a las Torres del Silencio, y en este lugar cercado y sin techumbre los dejan para que los buitres los devoren y no manchen ningún elemento.

De esta pureza de la naturaleza externa, a la cual el Parsi debe ajustarse no sólo pasiva sino activamente, llegamos al famoso axioma de su religión: “Pensamiento puros, palabras puras y obras puras.” Esta es la constantemente repetida regla de la vida mazdeísta (observemos que los tres preceptos están colocados en el orden oculto) expresada en sus oraciones cotidianas y en toda ocasión oportuna. Las primeras palabras del Khordah Avesta forman el Ashem-Vohu, o fórmula sagrada:

“La pureza es el mejor bien. La dicha es para él (esto es, para

el más puro)” – (Ob. cit. Trad. por el Prof. Spiegel, pág. 31)

Cuando Ahura-Mazdao responde a Zarathushtra acerca de la recitación del Ashem-Vohu, declara que recitar el Ashem-Vohu, vale por todas las cosas buenas creadas por El.

“cuando se rechazan todos los malos pensamientos, las malas palabras y las malas obras” – (Essays on the Parsis pág. 219)

Entre los quince y los diez y siete años de edad debe iniciarse el niño, y entonces, sea varón o hembra, se le ciñe por primera vez el Kusti, o cordón sagrado, y el sudra o camisa blanca de hilo emblema de la pureza. El Kusti tiene setenta y dos hilos de lana de cordero, con dos nudos delante, dos atrás y tres vueltas alrededor de la cintura, en significación de los buenos pensamientos, palabras y obras propias del que lo lleva. La veracidad, castidad, obediencia a los padres, hospitalidad, laboriosidad, honradez y compasión a los animales son virtudes estimables de un modo especial. La caridad es parte esencial de la religión; pero caridad inteligente hacia los dignos de ella. Se recomienda particularmente ayudar al pobre y a los que carezcan de medios para casarse; coadyuvar a la educación de los niños que por sí solos no puedan cumplir con este deber. Ervad Sheriarji Dadabhai Barucha dice:

“Así como ciertas virtudes son atributos peculiares de las cuatro castas del pueblo que tanto las realzan, así también deben rechazar ciertos vicios. En la clase sacerdotal, se abominan especialmente la hipocresía, la codicia, la negligencia, la pereza, la frivolidad y el descreimiento. El guerrero debe sobreponerse a la opresión, la violencia, informalidad, fomento del mal, ostentación, arrogancia e insolencia. El labrador debe huir de la ignorancia, envidia, mala intención y malicia. Y el artesano debe evitar la incredulidad, la ingratitud, la grosería y la calumnia.” – (Mainyokihart LIX, Religión y costumbres de los zoroastrianos, página 31)

Es interesante observar que cuando Ahura-Mazdao proclamó “la rectitud (Ahuna-Vairya) en lo espiritual, y lo terreno”, el Ahuna-Vairya tenía tres categorías: las cuatro clases, los cinco jefes y una conclusión. Las clases eran: sacerdotes, guerreros, agricultores y artesanos (Yasna

19:17, Essays on the Parsis, pág 188), denotando con ello la estrecha relación entre los iraníes y la primera sub-raza aria, demostrada además por el sacrificio del Homa, tan fervientemente adorado y exaltado en el Homa Yasht (Ob. cit. trad. por el profesor Spiegel, pág. 120), como en el Sama Veda el nombre de los sacerdotes: el Atharwa (Athar-wan), el Zaota (Hota) y la identidad del Rathwi y del Adhvarya; la leche, manteca, agua santa y varitas sagradas, se emplean en ciertas ceremonias. Los parsis, como los hindúes, tienen sus oraciones por los muertos a intervalos determinados. Verdaderamente las dos creencias son hermanas, pero la invasión, la opresión y el destierro han mutilado la creencia más moderna de tal manera que ha perdido gran parte de sus derechos hereditarios.

Los siete principios de la constitución humana se mencionan claramente en el Yasna 54, I:

“Los cuerpos juntamente con los huesos, el poder vital y la forma, la fuerza y la conciencia, el alma y Fravarshi” – (Ob. cit. Trad. por el Prof. Spiegel, pág. 206)

Los tres primeros son el cuerpo denso, el astral y Prana; la fuerza es Kama, la conciencia es Manas, Urvan, es Buddhi, y Fravarshi, Atma. *“Todo ser de la creación, vivo o muerto y aun sin nacer, tiene su Fravarshi propio”*, dice el doctor Hang. – (Essays on the Parsis, pág. 206)

Pero esto no da completa idea de la palabra, según está explicada en el Fravardin Yasht, en el que Ahura-Mazdao declara que todo lo bueno está sostenido por su gloria y esplendor. Se les llama “fuertes ángeles guardianes de los justos”, y evidentemente representan a Atmá, y en muchos casos el Atmá identificado con Manas y Buddhi.

Después de la muerte, el alma pasa al mundo intermedio, *“los caminos para los malvados y para los justos”* (Vendidad, Fargard, 19:29), a que Ahura-Mazdao llama *“el sendero espantoso, mortal y destructor, de la separación de cuerpo y alma”* (Hadoñht Naska, It. 22:17, ibid., pág. 222) o Kamaloka. El alma del justo encuentra una hermosa doncella, la encarnación de sus buenos pensamientos, palabras y obras; cruza felizmente el “puente del juez” y llega al cielo. Pero el alma del malvado encuentra una horrible bruja, encarnación de sus malos pensamientos, palabras y obras, y no puede cruzar el puente y cae al fuego.

También aquí pasamos mucho por alto; pero se ha dicho lo suficiente para justificar la antigüedad de esta religión, la segunda de las religiones de la quinta Raza, surgida de la fuente primordial, cuyo Profeta fue Iniciado Divino; procede; del pasado, milenio tras milenio, y está mezquinamente representada por los materializados mazdeístas de hoy. El estudio de sus Escrituras podría hacerla revivir e inspirarle su antiguo conocimiento si todo mazdeísta rechazase por ajenas a su antigua y gloriosa fe las concesiones a la crítica y al materialismo europeos. ¡Oh hermanos míos parsis! Vuestro Profeta no ha muerto. No ha perecido. Vigila la religión que fundó, y procura levantarla de su presente degradación para devolverla sus conocimientos y poderes perdidos. ¿Qué obra más noble para el mazdeísta de hoy que inspirar a sus hermanos con el antiguo fuego y reanimar su llama en el altar espiritual de sus corazones? ¿Qué obra más noble que el estudio de sus Escrituras, y enseñar el antiguo saber con la autoridad y el poder de que sólo es capaz el hombre de la misma creencia que aquellos a quienes enseña? El Fuego no está extinguido, sino sofocado en sus antiguos altares. Las cenizas arden, prontas a estallar en nuevas llamas. Y yo espero el día en que el aliento del gran Profeta Zarathushtra vuelva de nuevo a través de sus templos, agitando las cenizas de los antiguos altares y de cada altar brotará fuego, y de nuevo caerán del ciclo las llamas, haciendo otra vez de la religión Irania lo que debe ser: una de las religiones mayores del mundo; antorcha de luz para las almas de los hombres.

Budismo

El Budismo es la religión que tiene mayor número de creyentes en el mundo. A pesar de todas las dificultades de una estadística exacta, podemos decir que la tercera parte de la humanidad sigue las enseñanzas de Buda. En Europa se le presta hoy mucha atención, gracias al desinteresado trabajo de varios orientalistas fascinados por el encanto de Buda y por la pureza y elevación de sus enseñanzas. Por muchas razones que ahora no puedo enumerar, el Budismo, y especialmente el de la Iglesia del Sur, atrae mayormente a los europeos que el Hinduismo o el Mazdeísmo. El Budismo del Norte, tal como se profesa en el Tíbet y China, no llama tanto la atención del europeo, porque es muy parecido al Hinduismo en sus enseñanzas acerca de los dioses, del Ego, de la vida después de la muerte, y en sus ritos, ceremonias y mantras o himnos. Conviene advertir que el europeo es más bien práctico que metafísico, y se inclina contra cuanto le habla del mundo invisible y contra el aspecto místico de la religión. En la Iglesia del Sur, este aspecto místico ha desaparecido en gran parte con el transcurso del tiempo, por lo menos en las traducciones que poseen los europeos. Los libros más místicos no se han traducido aún, y, por tanto, no los conoce el público europeo. Lo que conocen del Budismo, es un elevado sistema de ética expuesto en hermoso y poético lenguaje, unido a una rara libertad de pensamiento que recurre constantemente a la razón e intenta siempre justificar los fundamentos de la moral. Esto avasalla la mente de muchos europeos que se han apartado de las manifestaciones vulgares de la religión de su país y se refugian en el Budismo al huir del escepticismo en que de otro modo cayeran.

Ahora bien; respecto de las enseñanzas del Budismo, me fundaré en las mismas Escrituras budistas, como manera más equitativa de estudiar una creencia religiosa; y luego, considerándolas a la luz del conocimiento oculto, procuraré demostrar cuán conformes se hallan con las más nobles doctrinas de otras creencias, con las verdades esenciales de toda religión, y cómo hemos de atribuir, en gran parte, a

falsos conceptos, erróneas interpretaciones y a la reserva en que sus discípulos mantuvieron sus doctrinas, en que actualmente se tengan por sospechosas las enseñanzas de Buda en el país donde nació, y entre las gentes a cuya raza pertenecía, hasta el punto de que apenas se encuentra quien acepte sus enseñanzas o quiera llevar su nombre. El Budismo es, sin duda alguna, hijo del Hinduismo, y de él nacido en tiempos relativamente modernos. Si se leen atentamente sus Escrituras, se ve que son eco de las Escrituras hindúas, y también el espíritu hinduista impregna sus enseñanzas, como era de esperar teniendo en cuenta quién las exponía, aunque muchas veces ofrecen forma más práctica y menos metafísica. La forma está especialmente adaptada para difundir estas verdades más allá de los límites de la India, a muchos países en donde no podía enseñarse el hinduismo, con la intención de extenderlas a pueblos menos metafísicos e intelectuales que el hindú. Encontramos en el Budismo las verdades fundamentales, aunque en forma más sencilla y en muchos sentidos quizás más práctica. La misión de Buda, si bien principió en la India, tal vez con la esperanza de proseguir la obra armónicamente y sin interrupción, era llevar la luz de la verdad a otros pueblos, lo cual se ha cumplido, y espero que seguirá cumpliéndose durante muchos siglos.

Ahora bien; las enseñanzas esenciales de Buda están contenidas en las tres grandes divisiones de la literatura sagrada budista, denominadas los tres pitakas o cestos. El primero es el Vinaya, que contiene las reglas de la famosa Sangha, orden monástica establecida por el Fundador como depositada y guardiana de su religión. Además de las reglas disciplinarias, contiene el Vinaya enseñanza más mística que las de otros libros, por estar dedicado a la educación especial de la orden monástica, y al adoctrinamiento de los discípulos, y así habla más claramente del mundo invisible y expone más ampliamente lo que el Occidente materialista considera el aspecto legendario del Budismo, que es parte esencial de la enseñanza budista, pues, según dijo mucho después Nagarjuna:

“Todo Buda tiene a la vez una doctrina revelada (exotérica) y otra mística (esotérica).” La exotérica es para la multitud de nuevos discípulos. La esotérica para los Bodhisattvas y discípulos avanzados,

tales como Kashiapa. No se comunica en lenguaje definido, y por lo tanto no pudo transmitirla Ananda, como doctrina explícitamente expuesta en los Sutras, aunque virtualmente esté contenida en ellos. Por ejemplo, el Fa-hwa-king o “*Sutra del Loto de la Buena Ley*”, el cual parece que contiene lo mejor de la doctrina revelada, es como una especie de documento original de la enseñanza esotérica, aunque sea exotérica su forma. (Budismo chino, por J. Edkins, pág. 43). A los setenta y un años de edad, explicó Buda la doctrina esotérica en respuesta a las preguntas de su gran discípulo Kashiapa, y aun cuando, como dice Edkins, esta doctrina no podía expresarla completamente la lengua, pues la doctrina esotérica sobrepuja por lo espiritual a todo idioma, sin embargo, puede inferirse de los Sutras, porque se supone que Buda habló en prácrico, o pali, dialecto vulgar del sánscrito. Los Sutras contienen la enseñanza de ética dadas a las gentes, sus discusiones, preguntas y explicaciones consiguientes a las circunstancias de la vida diaria. En ellos están los anales de la vida y enseñanzas de Buda, según salieron de sus sagrados labios. El tercer pitaka es el Abhidhamma, y muy poco conocido en Occidente. Dicen que rebosa misticismo, y contiene además de la moral, la filosofía budista. Más de esto debo prescindir por estar fuera de nuestro alcance, tanto más cuanto que los otros dos pitakas nos ofrecen abundante materia de estudio.

El doctor Rhys Davis dice: “*La forma actual de los libros data del siglo I al II después de la muerte de Gautama*” (Budismo). Puede afirmarse que el Budismo quedó organizado en el concilio de Rajagriha, presidido por Kashiapa y Ananda, que se reunió inmediatamente después de la muerte de Buda. En el concilio de Vaishali, presidido por Yashas y Revata, celebrado el año 377 antes de Cristo, los disidentes rechazaron el Abhidhamma, aunque estaba convocado para resolver meros puntos disciplinarios del Sangha. El concilio de Pataliputta, presidido por Ashoka en 242 de nuestra Era, declaró inmutables los pitakas, de manera que podemos considerarlos como exposición exacta de las doctrinas del Gran Maestro.

Para representaros esta gran enseñanza en forma atrayente e instructiva, entendí que lo mejor sería hacerlo del modo en que las gentes la oyeran de labios de Buda, cuya doctrina está de tal modo

entrelazada con su vida, que la hermosura y encanto dependen en gran parte de la maravillosa perfección de la vida del Maestro que las emitió, hasta el extremo de que el suponerlo mero sistema, desligado de la vida del Bendito, le priva de su potencia inspiradora, de su influencia en las vidas de los hombres.

Permitid que os recuerde, en primer término, cómo se llega al estado de Buddha, cómo consideran a Buda, tanto sus discípulos como los ocultistas y cuantos conocen algo del mundo invisible. Centenares de encarnaciones pasaron antes de que finalmente alcanzara la iluminación de Buddha. Peldaño por peldaño subió la escala de la existencia. Vida tras vida de devoción y propio sacrificio, le condujeron de la humanidad terrena a la divina, de la humanidad divina al estado de Bodhisattva, del estado de Bodhisattva al de Buddha. El Buddha ha perfeccionado su voto Kalpa tras Kalpa. Vidas sin cuento dejó tras sí, al nacer en el palacio real de Kapilavastu, como última encarnación en este planeta, para alcanzar la iluminación perfecta y convertirse en uno de los Maestros supremos de dioses y hombres. En el valle del Ganges, a unas cien millas al Nordeste de la ciudad sagrada de Benarés, nació este niño, y con verdad se dice que la naturaleza entera rebotó de júbilo en la hora de su nacimiento, como si presumiera la obra que había venido a cumplir en el mundo. Se dice que los Devas dejaron caer una lluvia de flores sobre la madre y el hijo; que los mundos de los dioses y de los hombres se estremecieron de alegría porque el recién nacido sería poderoso Maestro e Instructor de miles y miles de seres humanos. Los singaleses fijan la fecha de su nacimiento en el año 623 antes de Cristo, y los siameses en el 685. (Rhys Davis dice: puede fijarse aproximadamente en seiscientos años antes de nuestra Era. *Budismo*, página 20). Llamándole sus padres Sidhartha, que significa: “*el que ha conseguido su objeto*”, a causa de haber profetizado un brahmana que el niño sería un poderoso Maestro e iluminador de las naciones de la tierra. Pasó la niñez aparentemente ignorante de su gran destino. Singular problema, que ha preocupado a muchos, es que a los grandes hombres les esté velado por algún tiempo el conocimiento de su propia grandeza. Recordaréis que tampoco Rama denotó en sus primeros años conocimiento alguno de

que era un avatara divino. Adoctrinóle Vasishta, de quien recibió, en su cuerpo de entonces, el conocimiento del verdadero Yoga. Lo mismo le sucedió a Buda. De muchacho y adolescente, hasta casarse con su prima, y aun por uno o dos años después, llevó una vida verdaderamente noble, bella y pura, pero sin reconocer aparentemente su propia grandeza; con la mente dirigida al mundo invisible, pero sin hacerse cargo todavía de la misión que había. Vemos cómo su padre, con el intento de que fuese rey de la tierra en lugar de monarca y millones de mentes de hombres en el mundo espiritual, quiso ocultarle los sufrimientos de las gentes, y al efecto le rodeó de bellezas y delicias, de manera que no conociese las tristezas del mundo. Vemos cómo guiado por un deva salió del jardín de delicias que le rodeaba en el palacio de su padre y en su camino encontró a cuatro hombres que le dieron el primer impulso del despertar. Primero encontró a un anciano, y como hasta entonces sólo había visto jóvenes, preguntó quién era aquel hombre, medio ciego, vacilante y paralítico, de faz arrugada y débil de miembros. El conductor de su carroza le contestó que era un viejo, que todo nacido tenía que llegar a la vejez. Encontró a otro hombre que sufría horrible enfermedad, y como hasta entonces sólo había visto salud y hermosura, preguntó qué era aquello. El conductor le dijo que era la enfermedad, a la que todo hombre estaba sujeto. Vio después un cadáver, y como hasta entonces sólo había visto vivos, preguntó qué era. El conductor le dijo que era la muerte, a la cual habían de pagar tributo todos los vivientes. Y, por último, encontró a un asceta, tranquilo, sereno, lleno de paz y dicha, y preguntó cómo aquel hombre podía estar sereno en un mundo dominado por la enfermedad y la muerte. Se le contestó que aquel hombre vivía apartado de los demás, con la vista fija en lo eterno, y de aquí su paz, serenidad y calma en medio de las tristezas. Vuelto a su palacio, reflexionó el príncipe y exclamó: “llena de impedimentos está la vida doméstica, antro de la pasión; libre como el aire es el estado sin hogar.” Se fijó la idea del contraste entre el antro de la pasión y el hombre sin hogar, hasta que por fin, levantándose una noche mientras su esposa e hijo dormían, se inclinó sobre ellos, y sin tocarlos, por temor de despertarles y que su llanto le disuadiese del propósito, salió del palacio de su padre, llamó al fiel conductor del carro y partió a

caballo por las desiertas calles de la silenciosa y dormida ciudad, hasta que al llegar a las puertas se apeó del caballo, se lo dio al conductor ordenándole que lo volviese a palacio, se quitó los vestidos de príncipe, se cortó el pelo y marchó solo, sin hogar, a inquirir la causa y remedio de las tristezas de la humanidad. El que debía ser Buda, no podía vivir en la alegría y la dicha del palacio real, mientras que los hombres sufrían, agonizaban y morían. Se fue a investigar la causa y remedio del sufrimiento y de la desgracia.

Luego le vemos inquiriendo la sabiduría divina.

Luego le vemos inquiriendo la sabiduría divina. Primero, en compañía de eremitas como Alara, Kalama y Uddaka, trató de aprender el secreto de por qué eran sabios en filosofía y en religión, y con ellos podía conocer la causa y remedio del sufrimiento. Estudió los misterios de la filosofía, y sentado a sus pies penetraba en los laberintos de la metafísica, hasta que por último, desesperanzado, se levantó convencido de que allí no estaba la cura de las tristezas, y que por el mero saber intelectual no pueden encontrar su salvación los hombres. Prosiguiendo adelante encontró cinco ascetas, y durante seis años se entregó a la vida asceta, practicando mayores penitencias que los demás, reduciendo su alimento a un solo grano al día, hasta caer extenuado por el rigor de las austeridades. Una muchacha que pasaba, llamada Ananda, le trajo arroz y leche. Tomó el alimento y se repuso; pero cuando sus compañeros vieron que había tomado alimento, se apartaron de él, diciendo: “Ese asceta vuelve al mundo; le cansa la austeridad, y es indigno de la sagrada vocación.” Entonces le dejaron, y de nuevo marchó solo para encontrar en la soledad el secreto del sufrimiento humano.

Se acercaba el tiempo en que debía encontrar la iluminación. Llegado a Gaya se sentó a la sombra del sagrado árbol Asvattha, prometiendo que no se levantaría de su asiento hasta que la luz hubiese penetrado en su espíritu y le revele el secreto del sufrimiento. Permaneció allí pacientemente sentado. Las huestes de Mara le atacaban con incitaciones al placer y con amenazas de dolor. Los Asuras se reunieron a su alrededor para debilitar su constancia y disuadirle de su determinación. Resucito, inmóvil, impasible estaba,

cuando se le apareció la desolada imagen de su esposa con los brazos extendidos, rogándole que volviese otra vez al mundo. Por fin, en hora silenciosa sintió la iluminación. Sentado a la sombra del sagrado árbol, vio la luz para cuyo hallazgo había venido al mundo. Despertó Iluminado, Buddha, y supo la causa y remedio del sufrimiento, el sendero que conduce más allá. Había alcanzado el estado de Buddha. Allí estaba el Salvador del mundo. Y entonces salió de sus labios el canto triunfal que muchos de vosotros debéis conocer:

“En busca del hacedor de este tabernáculo, he de pasar por muchos nacimientos hasta que lo encuentre; doloroso es nacer una y otra vez. Pero ahora te he visto, ioh hacedor del tabernáculo! No volverás a construirlo. Tus vigas están rotas y quebrados tus caballetes. La mente, acercándose a lo Eterno, ha alcanzado la extinción del deseo” – (Dhammapada, 153, 154. Libros Sagrados del Oriente, val. X, traducción de Max Müller.)

Tal era el secreto de Buda: que por la extinción de los deseos el hombre llega a la paz. Cabe el árbol de sabiduría había visto el sufrimiento del mundo, había descubierto su causa en el deseo, su remedio en la carencia de deseo y en el noble sendero de ocho vías que conduce a la paz eterna. Entonces el increado, el sin pasión, el abarcador de todo, entró en el Nirvana y, durante siete días, estuvo sentado a la sombra del árbol Bodhi: *“gozando de la dicha de la emancipación”* – (Mahāvagga, 3. Esta relación puede leerse en los Libros Sagrados del Oriente, vol. 13. Textos Vinaya, traducidos del pali por los doctores Rhys Davis y Aldenburg)

En la noche del séptimo día “fijó su mente en la cadena de las causas”, y expresó la evolución del universo, en doce nidánas sucesivos, correspondientes a los estados por que pasamos, hasta llegar al sufrimiento. El primero es avidya, “ignorancia”, esto es, limitación, la causa primaria, porque sin esta limitación de la Conciencia Absoluta por la acción del Supremo, no puede surgir la variedad del universo. De avidya proceden los samkharas; de éstos la conciencia, el nombre, la forma, las seis facultades de percepción, y de éstos, a su vez, sucesivamente, el contacto, la sensación, el deseo, la afición, la existencia o personalidad, el nacimiento y la decadencia con todas las amarguras de la vida. Todo ello forma la cadena evolutiva, y debidamente comprendido, abarca la filosofía del universo

evolucionante y el sendero de retorno.

Se levantó Buda de cabe el árbol Bodhi, y se sentó bajo un banano por otros siete días, a cuyo término, en respuesta a un brahmán, pronunció las siguientes palabras que explican su actitud respecto de los brahmanes:

“Así como ciertas virtudes son atributos peculiares de las cuatro castas del pueblo que tanto las realzan, así también deben rechazar ciertos vicios. En la clase sacerdotal, se abominan especialmente la hipocresía, la codicia, la negligencia, la pereza, la frivolidad y el descreimiento. El guerrero debe sobreponerse a la opresión, la violencia, informalidad, fomento del mal, ostentación, arrogancia e insolencia. El labrador debe huir de la ignorancia, envidia, mala intención y malicia. Y el artesano debe evitar la incredulidad, la ingratitud, la grosería y la calumnia.” –

(Mahāvagga 2:2)

Otros dos períodos de siete días estuvo sentado Buddha bajo otros dos árboles, y entonces recibió alimento de manos de dos comerciantes que fueron sus primeros discípulos. Volvió a sentarse bajo el banano y sucedió algo extraño:

“En la mente del Bendito, que se había retirado a la soledad, surgió este pensamiento: He penetrado la doctrina profunda, difícil de percibir y de comprender, que tranquiliza el corazón, inaccesible al razonamiento, abstrusa, inteligible tan sólo para los sabios” (sin embargo, es opinión vulgar, que el Budismo se limita a un sistema de ética, fundado totalmente en la razón, e incomprensible para los no espirituales).

Esta gente, por otra parte, está entregada al deseo, sólo piensa en él y goza con él. Por lo tanto, para esta gente entregada al deseo, la ley de causalidad y la cadena de causación será un asunto difícil de comprender. También les será difícilísimo comprender la extinción de los samkharas, la liberación de todos los substratos (de la existencia), la aniquilación del deseo, la carencia de pasión, la tranquilidad de corazón, el Nirvana. Ahora bien: si predico la doctrina y los hombres no la comprenden, no obtendré otro resultado que fatigas y disgustos.

Después dijo el Bendito:

“Con gran trabajo la adquiriré. ¡Basta! ¿A qué proclamadla? Los que están encenagados en la lujuria y el odio no comprenderán fácilmente la doctrina, pues en brazos de la pasión y rodeados de tinieblas no verán lo sutil, lo que repugna a sus mentes, lo abstruso, profundo y difícil de percibir” – (Mahāvagga 5:2-3)

Al ver que “la mente del Tathagata, del santo, del absoluto Sambuddha, se inclinaba a permanecer pasiva y a no predicar la doctrina”, intervino Brahma Sahampati (el tercer Logos de nuestra cadena) diciendo a Buda que tal vez algunos comprendan. Al efecto le recuerda las desgracias de la tierra. “Mira allá abajo, ¡oh Vidente que te has libertado del sufrimiento! la multitud gimiente, dominada por el nacimiento y la muerte. Levántate, ¡oh héroe, oh vencedor! Marcha por el mundo, ¡oh jefe del tropel de peregrinos (la hueste de Egos deudores de Karma, que se reencarnan.), que te hallas libre de deuda! ¡Ojalá que el Bendito predique la doctrina! ¡Habrá quien la comprenda!” “Y entonces miró al mundo con ojos de Buddha, llenos de compasión, y dijo: “Abierta de par en par está la puerta de la Inmortalidad para cuantos tengan oídos y vayan con fe a su encuentro. No hablaré a los hombres del dulce y buen Dhamma, ¡oh Brahma!, porque desespero de tan penosa tarea” – (Mahāvagga 4:10)

Entonces se levantó para dar principio a su benéfica misión en Kashi, la ciudad sagrada de donde siempre partieron las misiones espirituales de India; el lugar santo en donde siempre tuvo su foco la vida espiritual. En Isipatana, el parque de ciervos de la ciudad de Benarés, puso en movimiento la rueda de la Ley. Allí moraban los cinco ascetas que le habían vuelto la espalda. Fue a ellos, y anunciándose como Sambuddha, les dijo que los dos extremos, el de la satisfacción y el de la abstinencia, eran igualmente inútiles, y que para evitarlos había marchado él por el “sendero intermedio que sucesivamente conduce a la visión interna, a la sabiduría, a la calma, al conocimiento, al sambodhi (conocimiento pleno) y al Nirvana”. Este

sendero intermedio es el noble o de ocho vías, la cuarta de las “Cuatro Nobles Verdades”, y en él se adquiere justicia y rectitud de creencia, aspiración, palabra, conducta, mantención, propósito, memoria y meditación. Luego les explicó las otras tres Verdades que había percibido bajo el árbol Bodhi. “Esta ¡oh Bhikkhus! es la Noble Verdad del sufrimiento: el nacer es sufrimiento; la decadencia es sufrimiento; la enfermedad es sufrimiento; la muerte es sufrimiento; la presencia de los objetos que odiamos es sufrimiento; la separación de los objetos que amamos es sufrimiento; no obtener lo que deseamos, es sufrimiento; en suma, el quintuple apego (pendiente de los cinco principios o envolturas de existencia constituyen el yo inferior) a la existencia, es sufrimiento. Esta ¡oh Bhikkhus! es la Noble Verdad de la causa del sufrimiento, la sed que conduce al renacimiento, acompañada del placer y de la sensualidad, que aquí y allí hallan su goce. Esta sed es triple, conviene a saber: sed de placer, sed de vivir, sed de poseer. Esto, ¡oh Bhikkhus! es la Noble Verdad de la cesación del sufrimiento. La carencia de pasión y la aniquilación del deseo apagan la sed. Dícese que los devas, desde los de la Tierra hasta los del séptimo mundo, prorrumpieron en gritos de júbilo al ver en movimiento la gran rueda del imperio de la Verdad y prometieron que en lo sucesivo nadie podría volverla atrás.

Nota: La absurda opinión moderna de que un Buddha podía negar la existencia de los Dioses, no había surgido todavía. Los antiguos anales rebosan de la cooperación y alegría de los Dioses.

Les explicó, además, la diferencia entre el Yo y el no Yo en las siguientes palabras evidenciadoras de cuán falsa es la imputación que se le hace de haber enseñado la aniquilación de la vida humana.

“El cuerpo ¡oh Bhikkhus! no es el Yo; la sensación no es el Yo; la percepción no es el Yo... Los samkharas no son el Yo... la conciencia no es el Yo.” Más definitivamente, declara que todo ello “no es lo mío, no es Yo, y así debe tenerse presente para el conocimiento con arreglo a la verdad”. Y termina:

“Considerando! esto, ¡oh Bhikkhus!, el sabio y noble que oye la palabra, se cansa del cuerpo, se cansa de la sensación, se cansa de la percepción, se cansa de los samkharas, se cansa de la conciencia. Al cansarse de todo esto se despoja de la

pasión; por la carencia de pasión obtiene la libertad; y una vez libre conoce que lo es, y comprende que ya no está sujeto al renacimiento, que la santidad es completa, que ha comprendido el deber, y no tiene que volver a este mundo” –
(Mahāvagga 6)

Todo estudiante reconocerá aquí los Koshas del Vedanta, observando que los samkharas son el pranamayakosha; la sensación y la percepción el manomayakosha. El quinto anandamayakosha no se menciona, porque este cuerpo de dicha no se pierde ni aun en el estado de Turiya, obtenido el cual ya no se vuelve.

Desde este momento el Señor Buda predicó su doctrina, y hombres y mujeres recibieron la luz, obteniendo, según Él enseñaba, “la visión pura y sin mancha de la Verdad”, el conocimiento de que todo cuanto principia, acaba. Entonces desecharon las cosas mundanas y se convirtieron en bhikkhus o mendicantes, de hábito amarillo, con el cuenco limosnero, y se acogieron al Buddha, a su doctrina y a su Orden. Y la Orden creció y se multiplicó, y al cabo de tiempo, Buda envió sus discípulos a enseñar y les autorizó para recibir en el sangha a cuantos quisieren entrar, con tal que declararan tres veces: “Yo me acojo a Buda, Yo me acojo al Dhamma, Yo me acojo al Sangha” – (Mahāvagga 12 3, 41)

El doctor Rhys Davis, que tan fascinado se siente por la moral del Budismo, aunque extrañamente supone que su filosofía no enseña la persistencia del Ego ni la evolución de la naturaleza eterna y espiritual del hombre, extracta hermosamente del comentario de Buddha Ghosa sobre el primer Diálogo, el relato de la vida cotidiana del gran Maestro.

“El Bendito acostumbraba a levantarse temprano, a las cinco de la mañana, y por no molestar a su asistente, se lavaba y vestía solo, sin ayuda alguna. Después, hasta la hora de pedir limosna, se retiraba a meditar. Llegada la hora, se ponía el hábito, tomaba el cuenco, y unas veces solo y otras acompañado de algún discípulo, entraba en la aldea o ciudad vecina, a pedir limosna, y en ocasiones obraba milagros.

Acudían las gentes y le rogaban que tomara alimento, y Él se sentaba y comía. Terminada la comida, les hablaba según su capacidad para entender las cosas espirituales, y unos tomaban el hábito de novicios, y otros entraban en los senderos, llegando algunos a cosechar opimos frutos. Y luego de dispensar así su piedad en la multitud, se levantaba de su asiento y volvía a su morada. Y allí se sentaba en la abierta galería, en espera de que los discípulos acabaran de comer.” Después, desde la puerta de su celda, les exhortaba, y cediendo a la súplica de algún discípulo, “indicaba un asunto para la meditación, adecuado a la capacidad espiritual de cada uno”. Al marchar los discípulos a la meditación, Buda reposaba un rato, y cuando el cuerpo había descansado, se levantaba del lecho, y durante algún tiempo meditaba sobre las circunstancias de las gentes que le rodeaban, para hacerles bien. Por la tarde, los habitantes de las aldeas y ciudades circunvecinas se reunían en el lugar donde Él moraba, y le traían ofrendas y flores. Y sentado en la sala de conferencias, les dirigía la palabra discurrendo acerca de la verdad. Al llegar la noche, los despedía, y luego tomaba el baño y permanecía solo “hasta que los hermanos volvían de la meditación”. Entonces, unos le preguntaban lo que no entendían; otros hablaban de sus meditaciones, y otros le pedían que expusiera la verdad. De este modo pasaba la prima noche, satisfaciendo el deseo de cada uno, y luego se despedían. Parte del resto de la noche la pasaba en meditación paseando por su celda, y otra parte descansaba echado tranquilo e internamente dueño de sí. Y al clarear el día, se levantaba y fijando su mente en las gentes del mundo, consideraba las aspiraciones que habían formado en vidas anteriores, y pensaba en los medios de ayudarles a realizarlas. – (Budismo, págs. 108-112 por Davis Rhys)

En el cuadro de esta vida noble y sencilla se incrustaban las joyas de las enseñanzas de Buda. Para apreciarlas hemos de recordar que Buda era un indo que hablaba a indos de materias en gran parte conocidas,

en términos religiosos y metafísicos, en su significado ordinario y sin despertar sospechas de heterodoxo, como seguramente sucediera si sus enseñanzas hubiesen sido materialistas, y según ocurrió después con algunos que no eran indos e ignoraban el sentido de los términos empleados. Era Buda un Maestro que sus contemporáneos distinguían entre los demás instructores de su tiempo, por la incomparable pureza, compasión y sabiduría que emanaban de su mirada y de sus labios. El doctor Rhys Davis, al par que considera el Budismo “diametralmente opuesto” al Hinduismo, lo diputa por testimonio de maravillosa tolerancia, puesto que Buda podía predicar pacíficamente sus enseñanzas. Más aún. A dondequiera que iba, los brahmines eran precisamente los que más se interesaban en sus predicaciones, aunque por rechazar él la teoría del alma con todas sus consecuencias, se colocaba en incompatibilidad con los Vedas, y por tanto con la supremacía de los brahmines. Brahmines eran muchos de sus principales discípulos, y de los más distinguidos miembros de su Orden.

Es más razonable suponer, fundándonos en sus propias palabras, que precisamente no encontró oposición porque no rechazaba la teoría del alma ni sus consecuencias, y cuando algunos de sus sucesores cometieron esta terrible -equivocación, el Budismo se extinguió en la India, pues los hindúes jamás aceptarán ninguna titulada religión que rechace la creencia en Dios y en la inmortalidad del hombre. Como dice el Dr. Rhys Davis:

“No debemos olvidar que Gautama era hinduista, y que como tal fue educado, vivió y murió. Su doctrina, con ser muy trascendente y original, y realmente subversiva de la religión de entonces, era por completo hinduista. Sin la obra intelectual de sus predecesores la suya, aunque original, no hubiera sido posible (¿cómo, pues, se nos puede pedir que arranquemos a los términos que usa todos sus anteriores significados?). El fue, sin duda alguna, el mayor de ellos; y, ciertamente llegará a reconocerle el mundo, por muchos conceptos, como el más intelectual instructor religioso de la humanidad; pero el Budismo es esencialmente un sistema

hinduista. El mismo Buda fue, durante toda su carrera, un conspicuo hinduista. Y cualquiera que sea su posición, comparado con otros instructores de Occidente, opinamos que fue el más grande, el más sabio y el mejor hinduista” – (Budismo pág. 116-117 por Davis Rhys)

Sus parábolas y enseñanzas entresacadas de las antiguas Escrituras, demuestran que hablaba siempre como hinduista que se dirigía a otros hinduistas. Prueba de ello es el triple dominio de la palabra, la mente y del cuerpo tomado de Manú. La sentencia:

“A quien detiene la cólera creciente como se detiene un carro en movimiento, le llamo yo verdadero conductor; los demás sólo empuñan las riendas” y la referencia de los sentidos como caballos bien domados recuerdan la enseñanza de Jama en el Kathopanishada – (Dhammapada, 222, 94). El funcionamiento del Yo superior y el yo inferior – (Dhammapada, 380) está tomado del Bhagavad Gita. Del Chhandogyopanishada es la siguiente máxima:

“Todo lo que somos es resultado de lo que hemos pensado, se funda en nuestros pensamientos, está construido de nuestro pensar” – (Chhandogyopanishada 1)

“Es bueno dominar la mente, la cual es difícil de contener, es inestable y va donde quiere” – (Udanavarga 31), es una reminiscencia del Bhagavad Gita. Pero es inútil multiplicar los ejemplos. Baste decir que el Gran Maestro fue un eco atento de las antiguas Escrituras, no porque las necesitase, pues lo sabía todo, sino para evitar que los ignorantes tropezaran y se apartasen de las creencias de sus padres.

Consideremos ahora el conjunto de doctrinas y aprendamos algo, no sólo de sus preceptos, sino también de sus métodos, que eran notablemente prácticos y adecuados a la conciencia de sus oyentes. No vacilaba un momento en hablar en lenguaje y términos claros acerca de las faltas y errores en que constantemente caen los hombres, pues Buda era en verdad un Maestro cuyas palabras iluminaban la mente. Era, pues, fuerte y práctico, y muchas veces un incidente del momento le proporcionaba oportunidad para referir una parábola o una historia que encerraba una lección de ética. En cierta ocasión se suscitó agria contienda entre sus discípulos, que llegaron a mirarse con prevención

y recelo. Cada uno contendía con su vecino; éste respondía con acritud; resultando que el odio reinaba en donde sólo debía haber paz. Entonces Buda les refirió la historia del rey de Kaski que declaró la guerra al de Kosala y le desposeyó de su reino. El rey destronado y su esposa se fueron a vivir a una pobre cabaña en donde tuvieron un hijo. El peluquero del rey destronado descubrió el escondite de su antiguo amo, y deseando captarse el favor del vencedor, le delató a éste, quien hizo prender al fugitivo y a su esposa y los condenó a muerte. Al ser conducidos al lugar de la ejecución, el hijo de los infelices monarcas llegó a ellos a través de la multitud; pero el padre murmuró a su oído: “hijo mío, no seas largo ni corto; el odio no se apacigua con el odio, sino con el amor.” Y dicho esto subió al patíbulo. El lujo pensó mucho en las palabras de su padre sin comprenderlas. Poco después entró al servicio personal e inmediato del rey que había condenado a sus padres. El rey amaba al joven y acostumbraba a dormir con la cabeza sobre sus rodillas. Un día en que así dormía, el joven príncipe pensó: “El rey está en mi poder. Mató a mis padres. Me redujo a la miseria. Está ahora inerme; voy a matarle.” Y desnudó la espada. Pero se acordó en aquel momento de las palabras de su padre: “no seas corto” y comprendió que significaban “no seas precipitado en tus acciones”. Envainó la espada, y recordó las otras palabras: “el odio no se apacigua con el odio”. Despertó el rey y dijo que había soñado que el rey desposeído le había matado. El joven, desenvainando otra vez la espada, le reveló quién era, diciéndole que su vida estaba en sus manos. Le rogó el rey que no le quitase la vida, y el príncipe le respondió: “En modo alguno, ¡oh rey! Por mi acción merezco la muerte; pero tú puedes devolverme la vida y otorgarme tu perdón.” Así, pues, él perdonó al rey la vida que podía quitarle, y el rey le perdonó la ofensa y le concedió la vida. Entonces el príncipe le refirió las últimas palabras de su padre: “Que no debía ser largo, o sea que no debía guardar rencor; que no debía ser corto, esto es, no precipitado en la acción. Que el odio no cesa con el odio, sino con el amor. Si te matara, tus amigos me matarían a la vez, y mis amigos hubieran dado muerte a tus amigos, no cesando así nunca el odio; pero ahora nos hemos concedido mutuamente la vida, y el odio ha cesado con el amor.” Entonces los discípulos dieron de mano a sus desavenencias y

la paz se restableció en la Orden.

A una madre que deshecha en llanto estrechaba contra su seno el cadáver de un hijo, le decía; “Te devolveré el hijo cuando me traigas un grano de mostaza de una casa en donde nadie haya muerto.” Esta bondadosa lección produjo más efecto que cien sermones.

Un hombre le insultaba violentamente en ocasión de estar predicando su doctrina:

“Al que neciamente me injuria, le devolveré la protección de mi amar sin resentimiento; mientras más maldad salga de él más beneficio saldrá de mí. Mientras el hombre le increpaba, Buda permanecía silencioso, sin responderle, compadecido de su loca necedad”. Al terminar el hombre los insultos, Buda exclamó: “Hijo, cuando un hombre, al hacer un regalo a otro, olvida las reglas de buena educación, la costumbre, es decir: guardaos vuestro regalo. ¡Hijo! me habéis injuriado rehusó vuestros insultos, y os pido que los guardéis, para fuente de pesares. Porque, así como el sonido es propiedad del tambor, y la sombra de la substancia, del mismo modo la desgracia se apodera de quien obra mal. El malvado que increpa al virtuoso, es como el que escupe al cielo. Su saliva cae sobre su persona. Es también como el que arroja lodo a otro con viento contrario: el lodo cae sobre el que lo arrojó. El hombre virtuoso no recibe perjuicio. La desgracia que otro quisiera infligirle se vuelve contra el agresor” – (El Sutra de las Cuarenta y dos Secciones, traducido del chino por S. Beal, Catena of Buddhist Scriptures, páginas 193; 194)

Algunas veces brilla un rasgo de buen humor, entre el discípulo ansioso y el Maestro algún tanto burlón.

“-¿Cómo debemos portarnos, Señor, con las mujeres? -No las veas, Ananda. -Pero si las vemos ¿qué hemos de hacer? -Abstente de hablar, Ananda. -Pero si ellas nos hablan, Señor, ¿qué debemos hacer? -Manteneos muy despiertos, Ananda.” – (Maha-parinibbancs-Sutta, 23, Libros Sagrados del Oriente, vol. 11)

Esto es, mirad lo que hacéis, cuidado de vuestros pensamientos.

Un largo sermón sobre la prudencia de evitar todo extravío, no hubiera producido la mitad del efecto que esta sencilla frase:

“Manteneos muy despiertos, Ananda.”

“Que el hombre domine la cólera por medio del amor; que domine el mal por medio del bien; que se sobreponga al tacaño por medio de la liberalidad, al mentiroso por medio de la verdad” – (Dhammapada, 223)

El hombre debe ser fuerte y tener siempre un ideal. El ardor es sendero de inmortalidad (Nirvana), la negligencia sendero de muerte. Los ansiosos no mueren; los indiferentes están ya como muertos. La causación no se interrumpe jamás.

“Si un hombre habla u obra por mal pensamiento, el dolor le seguirá como la rueda sigue la pata del buey uncido al carro... Si un hombre habla u obra por pensamientos puros, la dicha le sigue como sombra que nunca le abandona. “El que ha hecho algún bien en este mundo, encuentra en este mundo y en el otro la dicha y el gran fruto. Es como semilla que arraigó bien... El que ha ejecutado el mal no puede libertarse de él, aunque lo haya hecho mucho tiempo atrás o en sitio muy distante; aunque lo haya hecho en la soledad, no puede desecharlo” – (Udanavarga 28:25-30)

Principalmente hay que desprenderse de todo deseo, por ser origen del sufrimiento.

“De los deseos dimana el pesar, del deseo proviene el temor; el que está libre de deseos no conoce pesar ni temor. A quien está sujeto por los lazos del deseo, le es muy difícil libertarse de ellos, dice el Bendito. El hombre resuelto que no se inquieta por los goces de los deseos, los rechaza y parte pronto... Así como el zapatero, una vez ha preparado bien las pieles, puede emplearlas en los zapatos, así cuando uno ha desechado el deseo, alcanza la mayor dicha. Los deseos nunca se hartan, la sabiduría proporciona la felicidad... Ni aun en los placeres de los dioses encuentra satisfacción el discípulo del perfecto Buddha. Sólo se goza en la destrucción de los deseos” – (Sabbasava-Sutta. Libros Sagrados del Oriente, volumen 11)

La doctrina se halla vigorosamente resumida en las siguientes palabras:

“Evita toda mala acción, practica la más perfecta virtud, domina por completo tu mente. Esta es la doctrina de Buda” –
(Dhammapada, 252-253 Libros Sagrados del Oriente, volumen 10)

Importantísima es la enseñanza de Buda sobre “el dominio de los asavas” o impulsos hacia los objetos de deseo. Hay siete clases que deben abandonarse respectivamente por los siguientes medios:

1. Por la penetración en las cuatro grandes verdades que desvanecen la ilusión del yo, la vacilación y la dependencia de los ritos externos.
2. Por la subyugación de los cinco sentidos y de la mente.
3. Por el debido empleo de los vestidos, limosnas y habitación que deben usarse, pero no gozarse en ellos.
4. Por la fortaleza contra el frío y calor, hambre y sed, tábanos, mosquitos, viento, sol, serpientes, insultos y sufrimientos corporales.
5. Por la evitación de los riesgos evidentes, lugares y compañeros peligrosos.
6. Por carencia de malos pensamientos.
7. Por el fomento de la Sabiduría superior.

Cuando uno haya hecho todo esto, entonces apagará la insaciable sed. La completa penetración de la mente, rompe las ligaduras y pone fin al dolor.

Sus enseñanzas éticas eran elevadísimas. Por ejemplo: “La falta ajena se advierte fácilmente, pero difícil de ver es la propia. El hombre avienta las faltas de su prójimo como paja, pero oculta las suyas como el jugador tramposo oculta el dado adverso. Si un hombre acecha las faltas de otro, y siempre está dispuesto a ofenderse, crecerán sus propias pasiones y andará lejos de vencerlas.”

Buda gustaba de preguntar al que le hacía una pregunta, en vez de responder a ella. En lugar de exponer una doctrina o una verdad en contestación a una pregunta, incitaba gradualmente al interrogador a que se contestara él mismo. Este es uno de los mejores métodos de enseñanza y el más a propósito para que un hombre comprenda la verdad.

Cristianismo

Al tratar del Cristianismo, se presentan ciertas dificultades con que no tropezamos al hablar de las otras religiones. Estas dificultades dimanar de distintas causas. Primera, la oscuridad de su origen, que la Historia no ha podido poner en claro, a causa de las luchas que sostuvo en un principio, en tiempo en que no se escribían debidamente los archivos, y en que una masa enorme de documentos apócrifos con nombres sagrados fueron ciegamente admitidos y más tarde gradualmente expurgados. Nada importaría la oscuridad del origen, porque puede disiparla la luz del conocimiento oculto; pero con ello muchos cristianos se sentirían tan en extremo ofendidos como si se atacase lo esencial de su fe. Otra dificultad es los numerosos matices que separan a los cristianos entre sí; de modo que por cualquier senda que nos encaminemos es muy probable que muchos cristianos nos salgan al paso diciendo que nos hemos apartado de la verdadera senda del Cristianismo. Tenemos la Iglesia griega, la Iglesia romana, y gran número de otras Iglesias y sectas denominadas impropriamente “protestantes”, pues este calificativo nada afirma, sino que significa simplemente la protesta contra las opiniones de otros cristianos. Así advertimos en dichos tres grupos gran número de contradicciones; y el hombre estudioso que desea exponer las ideas sin desnaturalizarlas, se ve envuelto en un verdadero torbellino de contradictorias declaraciones, hasta el punto de que al aceptar cualquiera de ellas, promueve un conflicto con las demás. Aparte de la Biblia y de la doctrina de los apóstoles, ningún dogma es común al mundo cristiano, y aun abundan las disputas acerca de su interpretación. La extraordinaria importancia que todas las sectas del mundo cristiano conceden a la forma de fe determinada en las controversias una acritud desconocida en otras religiones, siendo para la mayor parte de las Iglesias condición más indispensable la pureza de la fe que la regla de conducta.

Procederemos en esta materia lo mismo que al tratar de otras religiones, esto es, tomar las Escrituras aceptadas, y basar en ellas la

exposición. Además, en aclaración de las Escrituras, aduciré los documentos de la Iglesia primitiva, las enseñanzas de los “Padres de la Iglesia”, y luego, a la luz del ocultismo, trataré de separar lo esencial de lo accesorio, lo inherente de lo sobrepuesto más tarde por ignorancia y muchas veces por exigencias de la controversia. Todavía queda otra dificultad no menos grave, que se refiere más bien al sentimiento que a la razón. De todas las religiones del mundo, sólo el Cristianismo presume de única verdadera; todas las demás religiones limitan su autoridad a sus fieles, y sin salirse de su propio terreno, reconocen la valía de las otras religiones hacia las que, por regla general, se mantienen en actitud benévola y no en oposición activa. Mas no así el Cristianismo. Presume ser la única revelación de Dios al hombre, la única voz de la Divinidad. No tolera rival en la predicación ni admite hermanos en su Casa. Quiere ser sola e inabordable y tilda de erróneas las demás religiones del mundo. Cuando no, las llama desdeñosamente paganas; y si algunas veces es más cortés, conserva siempre el mismo espíritu de exclusivismo. Esto, por supuesto, despierta enojos por ambas partes. El misionero cristiano insiste en la absoluta valía de su fe y en la nulidad de las demás; mientras que los adeptos de otras religiones, lastimados por aquel alarde de superioridad, se sienten mucho más opuestos al Cristianismo que, a otras religiones que no se empeñan en convertir a las gentes. Especialmente en un país como la India, quienes no profesan la religión cristiana, notan su aspecto pésimo de antagonismo, acompañado muy a menudo, por desgracia, de insultos y ultrajes a religiones más antiguas. Así resulta muy difícil que os coloquéis en simpática actitud de mente para comprender lo que en realidad es esta religión, pues la veis en su más desfavorable aspecto: en el militante y no en el puramente religioso.

Por lo tanto, os ruego que siquiera interinamente apartéis de vuestro pensamiento! todo cuanto haya herido vuestros sentimientos religiosos, todo cuanto haya despertado antagonismo en vosotros, y que consideréis esta religión como fácilmente podéis considerar las demás, como uno de tantos medios de que Dios se vale para educar a la gran familia humana, como una religión que auxilia, consuela y

enseña espiritualmente a millones de seres de la raza humana. Si a menudo la daña la torpeza de sus representantes, olvidadlo y consideradla como religión y no como agencia de proselitismo.

Después de este exordio, necesario en este país para llevar vuestras simpatías a una de las grandes religiones del mundo, pasemos a examinar sus autoridades, y veamos cómo hemos de estudiarla, y hasta qué punto podemos estimar las circunstancias en que gradualmente fue propagándose; pues sin el estudio de estas circunstancias, no llegaríamos a comprender la ulterior modificación de las doctrinas, ni podríamos hacernos cargo del modo cómo se desarrolló.

Primeramente, hay ciertos “libros canónicos” igualmente aceptados sin discrepancia por todas las sectas de la cristiandad, que con las denominaciones de Antiguo y Nuevo Testamento, constituyen la Biblia o libros de la ortodoxa revelación divina. El Antiguo Testamento, parte más antigua de las Escrituras canónicas, consta de diversos libros, muchos de ellos históricos, procedentes de la nación judía. Estos libros abarcan un largo período de tiempo, y en ellos se nota la sucesiva evolución, desde un estado relativamente bárbaro, en que la mezquindad del concepto religioso prescribía sangrientos y repugnantes sacrificios, hasta épocas posteriores, cuando el pueblo hebreo, ya en contacto con otras civilizaciones, especialmente con la zoroastriana, asimiló a su fe el más noble y grandioso concepto de Dios que revelan los libros proféticos, en los cuales hay algunos pasajes nobilísimos acerca de la naturaleza de Dios, y de la rectitud que Dios pide a los hombres. En el Antiguo Testamento están los Salinos, o himnos, algún tanto parecidos a los mantras de los hinduistas y a los gathas de los mazdeístas. Unos sobresalen por su noble y elevado espíritu; otros, más antiguos, son de carácter excesivamente belicoso y no siempre de muy austera moral. El Nuevo Testamento consta de cuatro Evangelios con la vida del Fundador, un relato de la Iglesia primitiva, varias epístolas escritas por los apóstoles a las diferentes agrupaciones de la naciente Iglesia, y un libro de profecías. Relativamente escasea la doctrina en los Evangelios, pues, aunque de ellos pueden deducirse ciertas enseñanzas, hay pocas declaraciones de

autoridad; y más bien abundan los preceptos de carácter moral que filosófico. Las epístolas contienen la mayor parte de las declaraciones dogmáticas en que se bosqueja la fe. Aparte de este canon, escogido de entre gran número de documentos, tenemos, por lo que se refiere al Nuevo Testamento, las llamadas Escrituras apócrifas de los judíos, que son obras verdaderamente notables. Especialmente una de ellas, el Libro de Sabiduría es documento de rara hermosura y suma espiritualidad aceptado más fácilmente por los católicos que por los protestantes. En las Biblias católicas aparecen generalmente intercalados estos libros entre el Viejo y Nuevo Testamento, pero la mayor parte de las Biblias protestantes los eliminan, por no canónicos. Hay también otros escritos apócrifos relacionados con la primitiva Iglesia: los Evangelios de María, de Pedro y de Santiago; historias de la infancia de Jesús, de su vida posterior, de su descenso a los infiernos, de su obra en el mundo invisible: un acopio de escritos, muchos de ellos interesantísimos, que dan prueba de la primitiva literatura cristiana, y que el estudiante necesita examinar para conocer el ambiente intelectual de la primitiva Iglesia. Los libros apócrifos no constan en la Biblia.

Por último, tenemos la copiosísima literatura de los Padres o instructores que florecieron durante los cinco primeros siglos de la Iglesia, sin cuyo conocimiento no es posible juzgar con acierto la doctrina cristiana, ni mucho menos exponerla y enseñarla. Esta literatura se debe a hombres muy doctos, algunos de los cuales, como Clemente de Alejandría e Ireneo, honra la Iglesia en sus altares. Estos documentos son de grandísimo valor para comprender la evolución del Cristianismo, y precisamente la indiferencia con que los miran las Iglesias protestantes, y la profunda ignorancia en que por regla general está de ellos el bajo clero protestante, es causa de que el Cristianismo aparezca muchas veces en aspecto tan crudo, estrecho y antifilosófico, que mucha gente ilustrada lo rechaza por irracional. Si los protestantes estudiaran esta literatura, como ciertamente lo hacen los católicos, influirían mucho más en la mentalidad europea, pues en ella está la base filosófica y metafísica del Cristianismo. Sin embargo, aparte de la Iglesia anglicana, ¿dónde hay pastores protestantes bien

enterados de tales documentos? Si pasamos a las sectas disidentes, raro es el sacerdote que los haya estudiado, por lo que afirman rotundamente que “la Biblia, y sólo la Biblia, es la autoridad de los protestantes”. De esto resulta la más antifilosófica modalidad del Cristianismo, que lo desacredita injustamente entre los pensadores. Respecto de las tradiciones orales, de que hay gran número en los cuatro Evangelios, fueron reunidas algo tarde, en el siglo II, y compiladas bajo el nombre de cuatro apóstoles.

Que fueron escogidos entre muchos otros documentos, lo prueba el preámbulo del tercer Evangelio, que principia diciendo:

“Pues considerando que muchos han emprendido hacer una exposición ordenada de las cosas que con más certeza se creen entre nosotros, según cómo nos han sido comunicadas por los que desde el principio fueron testigos y ministros de la palabra, me pareció a mí igualmente bien, habiendo tenido perfecto conocimiento de todas las cosas desde el principio mismo, el escribir para vosotros ordenadamente.”

Este punto es muy importante, porque demuestra cómo se escribieron estos relatos. Primeramente la historia se divulgó de boca en boca. En el Cristianismo, lo mismo que en otras religiones, había una enorme masa de tradiciones orales. Muchas de las enseñanzas sagradas jamás se escribieron, según veremos por el testimonio de algunos Padres de la Iglesia. El credo que se enseñaba a recitar a los catecúmenos no estaba escrito, sino que se enseñaba de viva voz, como signo de reconocimiento de cierta pragmática de la Iglesia. Este período de enseñanza oral es de mucha importancia, y lo prueban las citas que Justino Mártir, Ignacio, el Pastor de Hermas y otros, hacen de palabras del Señor que no están en los Evangelios canónicos, pero sí en los llamados apócrifos. Los canónicos son compilaciones de una tradición más extensa y posterior. Hemos de hojear los copiosos escritos de Clemente de Alejandría, Tertuliano y Orígenes, para ver al por menor el estado de la Iglesia en aquel tiempo, y en ellos confiaremos para fijar puntos fundamentales, sin los que no podríais ser justos con el Cristianismo, como tampoco lo son hoy día muchos de sus propios partidarios.

En primer lugar, la doctrina cristiana tiene dos aspectos: la descubierta y la encubierta, la exotérica y la esotérica. Esta división subsistía entre los hebreos que tanto influyeron en las primitivas tradiciones del Cristianismo, y que poseían el sistema secreto de la Cábala.

Al efecto, creo necesario llamar vuestra atención sobre ciertas declaraciones de Cristo a sus apóstoles, recogidas por los instructores primitivos, que, no dejan duda alguna de que hubo enseñanzas ocultas o esotéricas, cuya pérdida en algunas sectas de la Iglesia, explica en gran parte las crudas declaraciones que ahora oímos acerca de Dios y del alma humana. Consideremos primero una o dos manifestaciones del Cristianismo respecto de la forma de su propia enseñanza.

Tenemos en primer término la declaración de Jesús a los apóstoles:

“A vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios, pues a los que están fuera todo se les trata por parábolas” – (San Marcos 4:2)

Orígenes comentaban esta declaración de Cristo como sigue:

“No he hablado aún de la observancia de lo que está escrito en los Evangelios, cada uno de los cuales contiene mucha doctrina difícil de comprender, no sólo para la multitud, sino también para algunos de los más inteligentes, como lo dan a entender muy profundamente las palabras de Jesús “a los de afuera”, al paso que reservaba el significado a los que, doctos ya en la enseñanza exotérica, le iban a ver a su casa. Y cuando se llegue a comprender, admirará la razón por que se dice que algunos están “fuera” y otros “en casa” – (Contra Celso 50, He tomado las citas de las de Mr. A. M. Glass en su excelente serie de artículos en Lucifer, sobre “El Cristianismo y sus enseñanzas”)

De este modo distingue orígenes entre los que están fuera, los hindúctos, la multitud ignorante a quien sólo cabía enseñar la verdad elemental por medio de parábolas, y los que estaban en la casa, los apóstoles y discípulos, a quienes se revelaba íntegra la palabra de Dios, los misterios del reino de los cielos que no se comunicaban al mundo externo.

“No deis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante

de los puercos, no sea que las huellen con sus pies” – (San Mateo 7:6)

Conocemos el significado de la palabra “perros”, no sólo por el empleo que le daban los historiadores judíos, sino de labios del mismo Jesús. Con el mote de perros designaban a las naciones que no eran del linaje de Abraham. Así cuando una mujer siriofenicia le pidió a Jesús que ejercitase en ella su poder taumatúrgico, le respondió:

“No es bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.”

Ella aceptó humildemente el epíteto y replicó:

“Pero los perros comen las migajas que caen de la mesa de su amo” – (San Mateo 15:26-27)

De manera que el significado de la palabra “perro” es evidentemente el que no está dentro del reino de Dios.

Los Padres de la Iglesia se acomodaron a este sentido de la palabra. Clemente de Alejandría dice que:

“es difícil enseñar a oyentes puercos y no ejercitados” – (Stromata 1:12)

Así también Jesús dice a sus discípulos:

“Tengo aún muchas cosas que deciros, pero no las podéis llevar ahora” – (San Juan 16:12)

Según la tradición, permaneció Jesús en la tierra once años, después de resucitado, enseñando a los apóstoles las cosas secretas. San Clemente dice de este conocimiento sagrado:

“En un principio sólo se comunicaba a quienes podían comprender. Ahora que el Salvador ha enseñado a los apóstoles, se nos ha transmitido la interpretación no escrita de las Escrituras” – (Stromata 6:15)

Según los Hechos sólo permaneció cuarenta días, y durante este tiempo les habló del reino de Dios, (Hechos 1:3) pero estas instrucciones no quedaron escritas, ni hay rastro de ellas en las Escrituras canónicas. Orígenes observa sobre este mismo hecho que:

“Jesús conversaba con sus discípulos en privado y especialmente en sus retiros secretos acerca del Evangelio de Dios; pero no se escribieron sus palabras” – (Contra Celso 6:6)

Análogamente dice San Pablo a los corintios:

“Yo hermanos, no os pude hablar como a espirituales, sino como a carnales, como a párvulos en Cristo” – (I-Corintios 3:1)

“Sino que hablamos sabiduría de Dios en misterio, la que está encubierta, y hablamos sabiduría entre los perfectos” – (I-Corintios 2:6-7)

No entre el vulgo, sino entre los perfectos, nombre cuyo significado no necesita explicación, pues, según los Padres se refiere a los iniciados en los misterios, que por -tanto son perfectos en la Iglesia.

Examinemos ahora las prácticas de la Iglesia, según las exponen los Padres. Clemente de Alejandría declara que en sus escritos sólo quiere recordar las verdades recibidas oralmente.

“Sé muy bien que la escritura de estas memorias mías resulta débil en comparación de aquel espíritu, lleno de gracia, que tuve el privilegio de oír; pero el recuerdo del arquetipo será una imagen para aquel que recibió la impresión del tirso” – (Stromata 1:1)

Frase que todo ocultista comprenderá.

“No es conveniente que las cosas se expongan indistintamente a todos, ni que los beneficios de la sabiduría se comuniquen a los que no están, ni aun en sueños, puros de alma, pues no es lícito comunicar a cualquiera, lo que se ha conseguido a costa de tanto trabajo, ni los misterios de la palabra pueden explicarse a los profanos” – (Stromata 5:9)

Cuando Celso atacó al Cristianismo como sistema secreto, replicó Orígenes:

“Decir que la doctrina cristiana es un sistema secreto, es completamente absurdo; pero que haya ciertas doctrinas, no comunicadas a la multitud, que se revelan después de enseñadas las exotéricas, no es una peculiaridad del Cristianismo, sino también de los sistemas filosóficos, en los cuales hay verdades exotéricas y esotéricas” – (Contra Celso 1:7)

A fin de conservar el orden debido, los cristianos pasaban sucesivamente por diferentes grados. Primero eran oyentes, luego

catecúmenos, y después recibían el bautismo y entraban a ser miembros de la Iglesia, en la que también había grados: primero los miembros generales, y de entre éstos, los de vida pura pasaban al segundo grado.

“El que esté puro no sólo de toda mancha, sino de pecados veniales, puede ser iniciado en los misterios de Jesús, que sólo deben conocer los santos y puros... El que actúa de iniciador dirá a los que han purificado su corazón, con arreglo a los preceptos de Jesús: Aquel cuya alma no haya tenido, durante mucho tiempo, conciencia de mal alguno, especialmente desde que se dedicara a la salvación del mundo, que oiga las doctrinas expuestas por Jesús privadamente a sus verdaderos discípulos” – (Contra Celso 3:9)

Estos eran los “pocos elegidos” entre los muchos “llamados”. Además de éstos, había “los elegidos entre los elegidos”, con “conocimiento perfecto” que “vivían en la perfección de la rectitud con arreglo al Evangelio” (Stromata). Tertuliano se quejaba de que los herejes no conservaran este orden, sino que tratase a todos igualmente.

“Por de pronto, no se sabe quién es catecúmeno, y quién creyente; todos entran, escuchan y oran del mismo modo, hasta los paganos, si alguno se encuentra entre ellos.”
“Arrojan lo santo a los perros, y echan a los puercos sus perlas, aunque seguramente falsas” – (De Proeescriptione Haereticorum, 12)

Parte de esta enseñanza se refiere al verdadero sentido de las Escrituras, que en modo alguno se aceptaban como meros documentos históricos y morales como hoy día. Orígenes afirma y sus declaraciones son especialmente valiosas, puesto que Sócrates dice:

“que expuso la tradición mística de la Iglesia” – (Historia Eclesiástica 3:5)

Nota: Este Sócrates no ha de confundirse con el célebre filósofo griego, sino que fue un historiador cristiano del mismo nombre.

Dice que la Escritura tiene triple significado: la “carne”, para el hombre sencillo; el “alma”, para el más instruido; el espíritu, para el “perfecto”; y en corroboración cita las ya mencionadas palabras de San Pablo respecto de la “sabiduría de Dios en misterio”. Las historias son

la “carne” y son muy útiles para los sencillos e ignorantes, pero muchas veces se intercalan absurdos a fin de denotar el significado oculto, y decir que los Evangelios “no contienen enteramente una historia de sucesos enlazados según la letra, pero que en realidad no ocurrieron”. “Los Evangelios están llenos de esta clase de relatos, por ejemplo, el demonio que conduce a Jesús a la cima del monte... y el lector atento puede observar en los Evangelios innumerables pasajes como éste, para convencerse de que en las historias literales se han insertado circunstancias supuestas” d– (De Principiis 4:1)

Algunos Padres hacen indicaciones sobre los métodos de interpretar las Escrituras, y es evidente que existía un sistema completo, de cuyas claves una por lo menos era numérica. Baste lo dicho para demostrar que el Cristianismo, como las demás religiones, tenía enseñanzas secretas, limitadas a unos cuantos, las cuales, en su mayor parte, se perdieron durante la Edad Media, quedando suplantadas por la interpretación textual de la enseñanza destinada al vulgo. Unos cuantos fragmentos perduraron bajo la custodia de las Iglesias griega y latina, y todavía quedan símbolos y ceremonias que denotan su primaria procedencia; pero como enseñanza sistemática han desaparecido, dejando al Cristianismo desposeído de su fuerza. Ahora vemos que los protestantes condenan muchas veces la enseñanza, a no ser que puedan comprenderla las gentes más sencillas, y el resultado de esta conducta en los países protestantes, en que la Iglesia mantiene su influencia sobre los ignorantes y la pierde entre los doctos, pues los conceptos de Dios y de la naturaleza que satisfacen la mente del niño y del hombre inculto, no se adaptan a la mente del filósofo, cuyas facultades perceptivas exigen algo más de lo que satisface las incipientes facultades del vulgo. De este modo se fue debilitando la fe cristiana, al paso que crecía la incredulidad, y así vemos hombres que han repudiado enteramente el Cristianismo, porque el concepto que de él se les ha dado es indigno de mentes sensatas, y porque está en patente contradicción con la ciencia.

Tracemos ahora rápidamente la evolución religiosa de la nación hebrea, a fin de hacernos cargo del lugar que ocupaba en ella el Fundador del Cristianismo y del general concepto de Dios en su

tiempo, así como también de los cambios que este concepto ha sufrido. Los primeros libros de las Escrituras hebreas exponen un muy mezquino concepto de Dios; y por exactos que sean tales libros con respecto a los dioses inferiores, de relativamente mínima individualidad y de poder necesariamente limitado, repugna aplicar algunos conceptos a la Suprema Divinidad que preside el Universo y es Vida y Sostén de todo. Baste recordar cómo, según dichos libros, se paseaba Dios por el Paraíso, cómo confundió a los constructores de la torre de Babel, etc.; pues todo esto debe referirse a las divinidades inferiores, y no al Logos. Pero desdeñemos tan estrecho concepto de Dios con los sangrientos sacrificios que se le dedicaban, y consideremos el más noble concepto de los profetas, que sirvió de molde a las ideas posteriormente adoptadas por la Iglesia cristiana. Aquí hallamos una elevada y pura idea de Dios.

“Dios es el Santo por esencia, el Santo de Israel; el Altísimo, el Supremo que existe desde la eternidad” – (Isaías 1:7,15)

“Es el Señor Dios, que creó y extendió los cielos. El formó la tierra y lo que de ella sale. El alienta a los que la pueblan y da el espíritu a los que andan sobre ella.” – (Isaías 11:2,5)

“Es el Dios uno y único: Antes de mí no hubo Dios alguno, ni lo habrá después de mí. Yo soy el Señor, y fuera de mí no hay salvador.” – (Isaías 11:3 10,2)

Relacionados con este más noble concepto de Dios, advertimos muchos vestigios de la influencia mazdeísta durante la cautividad de Babilonia. Son por completo diferentes las ideas de los hebreos antes y después del cautiverio.

También se encomia en los libros proféticos la rectitud, la pureza y el desdén de las observancias externas, cuando no están en armonía con la interna nobleza de carácter. Este desdén tomaba a veces formas violentas, como inspiradas por la indignación de que se ofreciesen a Dios meras ceremonias en vez de una vida recta y noble. Considérese, por ejemplo, este enérgico pasaje del profeta Amos:

“Aborrezco y desprecio vuestras fiestas, y no iré a vuestras asambleas. Aunque me ofrezcáis holocaustos y me hagáis

ofrendas de carne, no las aceptaré; ni tampoco me cuidaré de las ofrendas de paz de animales cebados. Apartad de mí el ruido de vuestros cantos, pues no quiero oír la melodía de vuestras violas; pero dejad que el juicio transcurra como las aguas, y la rectitud como corriente poderosa.” – (Amós 5:21-211)

Tal es el espíritu de los profetas. Otro ejemplo nos da Isaías, cuando el pueblo se queja de que Dios no le escucha, a pesar de los ayunos con que maceran sus cuerpos. Isaías responde con voz tonante como la del Sinaí:

“No debéis ayunar como lo hacéis, si queréis que vuestra voz se oiga en las alturas; ¿éste es el ayuno que he ordenado? ¿Qué el hombre aflija su alma durante un día? ¿Qué abata su cabeza como un junco y vista cilicio y esparza ceniza sobre su cuerpo? ¿Puede llamarse esto ayuno y un día aceptable para el Señor? ¿No es mi ayuno que levantéis las manos de toda iniquidad, que aliviéis las cargas pesadas, que pongáis en libertad a los oprimidos y que quebrantéis todo yugo? ¿No es mi ayuno que distribuyáis vuestro pan entre los hambrientos y que acojáis en vuestras casas a los pobres abandonados? ¿Que cuando veáis al desnudo lo cubráis, y que no os avergoncéis de vuestra propia carne? Así resplandecerá vuestra luz como la de la mañana, y vuestra salud se mostrará rápidamente, la justicia os precederá y la gloria del Señor será vuestra recompensa.” – (Isaías 1, 8:4-8)

El elemento moral se manifiesta vigorosamente en este pasaje como en tantos otros de los profetas. Otra cita evidenciará el ambiente mental en que nació Jesús. El pasaje en que el profeta Miqueas resume el deber humano. El profeta se pregunta cómo se hará grato a Dios y qué debe hacer:

“¿Cómo me presentaré al Señor y me inclinaré ante el alto Dios? ¿Me presentaré con holocaustos, con terneras de un año? ¿Le agradarán al Señor miles de carneros, o diez mil ríos de aceite? ¿Daré mi primogénito en pago de mi culpa, el fruto de mi cuerpo por el pecado de mi alma? Él te ha mostrado ioh hombre! lo que es bueno; ¿y qué es lo que el

señor quiere de ti, sino que obres con justicia, ames la caridad y marches humilde con tu Dios?” – (Miqueas 6:6-8)

Esta es la moral robusta y sana que sale de los labios de los últimos maestros del pueblo en que nació Jesús.

Ahora bien; al considerar por algunos momentos esta figura que tantos corazones ha fascinado, alrededor de la cual se han hermanado el amor y la adoración de sucesivas generaciones del mundo occidental, veamos la obra que debía llevar a cabo, la misión que había de cumplir. Otra civilización iba a surgir como nuevo punto de partida en la vida del mundo. Naciones jóvenes, vigorosas, enérgicas, menos metafísicas que prácticas, se disponían a dirigir los destinos del mundo. Una robusta y fuerte raza, rebotante de vida, de fuerza y habilidad práctica, era el tronco de que habían de arrancar las naciones de Europa. A la educación religiosa de esta raza tenía que atender la gran Fraternidad constituida por los guardianes de la humana evolución espiritual. Para ello era preciso que un mensajero de la poderosa Fraternidad expusiera y proclamara de nuevo las antiguas verdades. Aquella raza había de recibir educación apropiada a sus cualidades características. De aquí que Jesús hiciera relativamente pocas declaraciones sobre metafísicas sutiles, muy poco o casi nada de ciencia del alma, y en cambio mucha ética, mucha moralidad, mucha enseñanza espiritual de carácter práctico. La metafísica se reservaba para la enseñanza esotérica, limitada a los discípulos. Para mensajero de la Fraternidad fue escogido un joven de maravillosa pureza y devoción profunda. Era Jesús, llamado después Cristo. Su misión principió a los treinta años, en el momento de recibir el bautismo de manos de Juan, cuando, según dicen los Evangelios, el Espíritu de Dios descendió sobre El, y una voz del cielo decía:

“Este es mi Hijo el amado en quien me he complacido” – (Mateo 3:16-17)

Desde el punto de vista oculto, este pasaje es una alegoría descriptiva de la elección del joven como mensajero de la enseñanza divina, es decir, el conferí miento de la iluminación que le capacitó para ser Maestro divino de los hombres. Durante tres años llevó vida de Maestro, vida hermosísima por su pureza, radiante de amor, de

compasión, resplandeciente de las más tiernas cualidades del corazón humano. Le vemos recorrer Palestina resucitando muertos, curando enfermos, devolviendo vista a los ciegos, y otros hechos a que los hombres llaman milagros, pero que nada tienen de sorprendentes para el ocultista que está familiarizado con ellos y sabe cómo se obran. Ningún Maestro de poderosa espiritualidad ha dejado hasta ahora de ser dueño de la naturaleza física, sujetarla a su poder y someterla a su voluntad. Los llamados milagros de curar a los enfermos y devolver la vista a los ciegos, se habían operado mucho antes de que naciera el Cristo, y se han repetido años después. En tan poco los tenía Jesús, que al hablar de ellos a sus discípulos, decía:

“Obras más grandes que éstas haréis vosotros, porque yo voy al Padre” – (San Juan 14:12)

Dejó como señal de los hombres que tenían verdadera fe viva en Él, que pudieran coger serpientes y beber veneno sin daño. – (Marcos 16:17-18)

Señal propia de todo Iniciado que quiera ejercitar tal poder, y cuya carencia, a lo menos en algunas sectas de la Iglesia, demuestra que han perdido la viva fe racional y profunda cuya expresión eran los poderes manifestados por su propio Maestro.

Vida hermosa es la de Jesús. Escuchad sus enseñanzas, y hallaréis en ellas un espíritu muy distinto, por desgracia, del que a menudo muestran quienes llevan su nombre. Sus enseñanzas son iguales a las de los grandes maestros espirituales que le precedieron.

“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” – (San Mateo 5:8)

Esta es la antigua verdad que de nuevo proclama. Sólo la pureza puede ver al Puro; sólo los purificados pueden conocer a Dios. Véase cómo enseña que el pensamiento es más importante que la acción y que en plena actividad equivale al hecho.

“El que pusiese los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió con ella adulterio en su corazón” – (San Mateo 5:28)

Véase también la enseñanza tan familiar en las doctrinas de Manó, Zoroastro y Buddha:

“Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos y pecadores”

– (San Mateo 5:44-45)

Véase la enseñanza exotérica que muy pocos que no sean ocultistas comprenden:

“La luz del cuerpo es el ojo; por tanto, si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo será luminoso; más si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Pues si la luz que hay en ti son tinieblas, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas?” – (San Mateo 6:22-23)

Escuchad cómo proclama también el sendero estrecho como filo de navaja de afeitar.

“Angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la vida, y pocos son los que atinan con él” – (San Mateo 7:14)

Oíd cómo al hablar a la multitud, respira la divina compasión que caracteriza a los miembros de la gran Fraternidad, de la gran Logia Blanca:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis la paz del alma. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” – (San Mateo 11:28-30)

Vedle deteniendo a sus discípulos cuando trataban de apartar a las madres que le traían sus hijos para que los bendijera:

“Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos” – (San Mateo 19:14)

Y una vez tomó a un niño y lo colocó en medio de sus discípulos como ejemplo de humildad y sumisión. Considerad aquella otra enseñanza más austera, del linaje de las antiguas enseñanzas ocultas, que dice que la afición a las cosas de la tierra es fatal al progreso de la vida del espíritu. Cuando un joven se llega a Él y le pregunta cómo podía alcanzar la vida eterna, responde:

“Guarda los mandamientos” El joven replica: “Yo he

guardado todo eso desde mi juventud: ¿qué me falta aún?” Entonces Jesús le dice: “Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme.” El joven “se marchó triste porque tenía muchas posesiones”. Y luego el Maestro da nueva fuerza a la enseñanza diciendo: “Con dificultad entrará un rico en el reino de los cielos. Más fácil cosa es pasar una soga por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos” – (San Mateo 19:16-24)

Así, pues, enseñaba la moral eterna, la doctrina, que tan familiar nos es, de los Fundadores de todas las religiones. Otra analogía con sus predecesores nos ofrecen las parábolas. Siempre hablaba a la multitud en parábolas que contenían alguna joya de verdad espiritual. Quizá la que más conmovió el corazón de los hombres por su belleza y ternura, es la de la oveja descarriada que el pastor busca diligente hasta que la encuentra, y al encontrarla se la echa alegremente a la espalda. Y vuelto a la casa reúne a sus amigos y vecinos diciéndoles:

“Alegraos conmigo, pues he encontrado la oveja perdida. En verdad os digo, que habrá más gozo en el cielo por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos que no necesiten penitencia” – (Lucas 15:3-7)

El “Buen Pastor” es uno de los sobrenombres de Jesús, y en los cuadros y vidrieras de los templos se le ve representado en figura de “Buen Pastor”, con la oveja perdida a la espalda.



Su doctrina del “Reino de los Cielos” se ha desvirtuado, pero la comprendió muy bien la primitiva Iglesia, según la cual era un reino al que se invitaba a los hombres, y cuyos grados se señalaban distintamente. Los hombres debían ser puros para entrar; debían tener necesariamente fe, y además el conocimiento, porque de otro modo no alcanzarían los grados superiores. La sabiduría ha de seguir al conocimiento, pues de otra manera no llegarán a la perfección. A todos se les prometía la inmortalidad, el vencimiento de la muerte, el no volver a salir, pues la religión cristiana enseñaba en los primitivos tiempos la antigua doctrina de la Reencarnación. De aquí sus enseñanzas de que llegaría un tiempo en que, dominando a la muerte, no volverían los hombres a salir del Templo de Dios, una vez fuesen perfectos maestros en los misterios del reino de los cielos. De este modo pasó Jesús tres años. “Anduvo haciendo bienes”, es el resumen que San Pedro da de su obra. – (Hechos 20:38)

Muy corta fue su vida a causa de que la gente a quien vino a traer el mensaje de la Fraternidad era orgullosa, fanática, grosera e intransigente, y así se prevalieron de la ley terrena para que la maldad

y el odio le sentenciaran a muerte por blasfemo. Alguien pregunta hoy por qué los Maestros permanecen ocultos tras el velo y rehúsan mostrarse entre los hombres. La respuesta es que hasta que los hombres profesen la antigua veneración que hacía sagrada la persona del mensajero de Dios y le tengan amor, reverencia y adoración, los Maestros de Sabiduría no se presentarán a estimular las iracundas pasiones de los hombres excitados por envidia de su pureza. El Cristo fue el último de estos grandes mensajeros enviados al mundo, y aquellos a quienes vino, le dieron muerte a los tres años de vida pública, por odio a su pureza que les parecía insulto a su propia impureza, y por la magnanimidad con que reprochaba su propia pequeñez.

Consideremos ahora las luchas de la Iglesia primitiva. El Evangelio de amor y compasión se propagó rápidamente entre los pobres, y más lentamente entre las clases elevadas, por medio de la enseñanza esotérica, observándose un gran esfuerzo de la Fraternidad durante los tres primeros siglos después de Cristo. Entre la ilustración y la ignorancia, entre el conocimiento y la superstición, se suscitó tremenda y furiosa lucha, cuyo principal foco fue Alejandría, y cuyos combatientes eran los gnósticos de una parte, y la generalidad de los cristianos de otra. Hubo grandes maestros gnósticos que con nuevos nombres procuraron introducir la sabiduría oriental en la religión cristiana destinada a ser su moderna envoltura. El gran Valentino escribió la revelación de la sabiduría, el Pistis Sophía, el más valioso tesoro del antiguo ocultismo cristiano, traducido al inglés por el ex secretario de la Sección Europea de nuestra Sociedad Teosófica.

Mr. Mead, quien dice en la introducción:

“Consideremos el movimiento hacia el año 150 de la Era cristiana. Por este tiempo había desaparecido la logia original o Urevangelium del Cristianismo, y los Evangelios sinópticos quedaron encuadrados en la vida tradicional del gran Maestro de la Fe. La ola popular de la nueva religión se había levantado en el Océano de la tradición judía, y con la misma intolerancia y exclusivismo que había caracterizado a la nación hebrea durante su historia pasada, empezaba a borrar el aspecto más universal del Cristianismo. Este sorprendente fenómeno

llamó la atención de quienes no sólo conocían la filosofía de las escuelas y las doctrinas esotéricas de las religiones antiguas, sino que estaban animados del espíritu ecléctico de una teosofía universal. Estos hombres creyeron ver en el Evangelio cristiano una doctrina universalista emparentada con las enseñanzas íntimas de las creencias antiguas, y trataron de atajar las exclusivistas y mezquinas tendencias que veían crecer rápidamente en los menos instruidos, los cuales diputaban la fe superior al conocimiento, hasta el punto de condenar abiertamente toda otra forma religiosa, y escarnecer toda filosofía y educación”

Furiosamente prosiguió la lucha entre los gnósticos y las gentes guiadas por algunos hombres ciertamente sabios y profundamente instruidos; pero acabó con el triunfo de la multitud hindúcta, con la excomunión de los gnósticos más instruidos y más filosóficos, sobre quienes desde entonces pesó la inculpación de herejía. La Iglesia salió de esta lucha llevándose lo que de la verdadera religión bastaba para formar el corazón, pero no con lo necesario para justificar ante la razón la sabiduría de las edades. Obtuvo de la lucha su devoción al Cristo personal, al Hombre-Dios, objeto de su más apasionado y ferviente culto. En esta revelación de lo Divino había todo lo necesario al sentimiento; pero no lo bastante para subyugar la razón y para educar la mente. El resultado fue que desapareció el conocimiento esotérico y que Europa se vio envuelta en las tinieblas de la Edad Media, la Edad tenebrosa, como justa y apropiadamente la llama la Historia. Las obras de los Padres se siguieron estudiando únicamente en los monasterios, y de aquí que de cuando en cuando la Iglesia católica diera doctores y filósofos al mundo.

Durante esta oscura Edad se desnaturalizaron las enseñanzas de un modo repugnante, tanto para la razón como para la conciencia, hasta provocar la Reforma protestante, cuya forma más suave es la Iglesia anglicana, siempre influida por las doctrinas católicas. Actualmente, en el seno de la Iglesia apunta una escuela de ideas más nobles y liberales, que por su espíritu de caridad tal vez restaure el Cristianismo, restituyéndolo a su debido lugar entre las religiones del mundo.

Examinemos ahora la doctrina cristiana. Es curioso que de la Trinidad diga tan poca cosa la Biblia, pues nada se halla en el Antiguo Testamento, por más que los judíos enseñaban secretamente, o sea en la Cábala, este dogma, El Nuevo Testamento habla muy poco de la Trinidad, y la manifestación más explícita la omiten los últimos compulsadores de la Biblia. Esta manifestación es muy clara:

“Tres son los que dan testimonio en el ciclo: el Padre el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son Uno” – (Juan 5:7 versión antigua)

Los compulsadores dicen que esto es una glosa monacal intercalada posteriormente. Este es el único texto en el que puede apoyarse firmemente el dogma. El Evangelio de San Mateo dice: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”; pero también esto lo ha repudiado la crítica, aunque no los compulsadores. En la primitiva Iglesia hubo discordia sobre el dogma de la Trinidad juntamente con la divinidad de Jesucristo en la segunda Persona; pero por fin se le dio una forma que denotaba la antigua doctrina. El Padre, la existencia, la fuente de toda vida: El Hijo engendrado, emanado de Él, dual en su naturaleza, Dios y hombre, la dualidad distintiva del segundo Logos o segunda Persona de la Trinidad, creador del mundo, y sin quien nada puede existir en el universo manifestado. Más indefinida es la tercera Persona, el Espíritu Santo, la Mente o Sabiduría Universal. Unos negaban el dogma de la Trinidad y otros lo defendían, hasta que la antigua doctrina salió triunfante de la lucha, y quedó como ortodoxia de la Iglesia en el “Credo atanásico” que a pesar de lo objetable de algunas de sus cláusulas, es una de las mejores exposiciones metafísicas de la doctrina cristiana. Este credo deja entrever, de conformidad con diversos lugares de las Escrituras, algo más allá de la Trinidad, pues dice que la Substancia divina es Una, y que, así como no se deben confundir las Personas de la Trinidad, así tampoco se debe dividir la Substancia Una de la que las tres Personas son; tan sólo manifestaciones. Un teólogo católico indicó que la palabra Persona viene de persona, que significa “máscara”; y esto debe implicar que detrás de la máscara está la Realidad no revelada, el Dios oculto desconocido. El libro de Job alude a este Desconocido:

“Darás acaso alcance a las huellas de Dios y encontrarás al

“Todopoderoso?” – (Job 11:7)

Más de una vez resalta en el libro de Job esta pregunta acerca de lo Desconocido, el Dios de no revelada naturaleza y esencia. Después de la Trinidad, tenemos los siete Espíritus ante el trono de Dios. – (Apocalipsis 4:5)



Son los siete grandes Dioses de los Elementos según el Hinduismo, en lo concerniente a los de los cinco elementos manifestados. El Cristianismo menciona los siete. Luego vienen en categoría de Dioses inferiores los Arcángeles y Ángeles, Principados, Virtudes y Potestades. – (Romanos 8:38)

Hay nueve jerarquías: Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Virtudes, Potestades, Principados, Arcángeles y Ángeles. Es muy interesante lo que sobre esto dice el obispo San Ignacio:

“No puedo comprender ciertas cosas celestes, tales como los puestos de los ángeles y sus diversas huestes bajo sus príncipes respectivos” – (Tralianos)

La Iglesia católica tributa justo culto a los ángeles, esto es, a los dioses inferiores, relacionados inmediatamente con el hombre y con

todas las manifestaciones de la naturaleza.

Consideremos ahora la importante cuestión de la naturaleza del hombre y de su relación con Dios, tal como la enseñan las Escrituras de que desgraciadamente discrepan las actuales enseñanzas de la Iglesia. San Pablo dice que el hombre es de naturaleza trina y que se compone de espíritu, alma y cuerpo. – (Tesalonicenses 5:23)

Esta distinción entre el espíritu y el alma ha dejado de enseñarse, y se identifican el espíritu y el alma, de modo que se confunde la evolución del hombre. El espíritu es divino:

“¿No sabéis -dice San Pablo- que sois el templo de Dios y que el espíritu de Dios mora en vosotros?” – (I Corintios 3:16)

Son exactamente las mismas palabras que nos son familiares en la literatura hindúa, que llama al cuerpo humano Vishnupura o Brahmapura (el pueblo o ciudad de Brahma o de Vishnu). San Pablo, que era Iniciado, llama al cuerpo humano templo de Dios, morada del espíritu de Dios.

Los judíos atacaban a Jesús porque decía ser Hijo de Dios. La réplica de Jesús es muy notable. No dice de Él como pudiera un cristiano moderno: *“Sí: soy el Hijo de Dios; ningún otro hombre lo es.”* Al contrario, funda su filiación en la divinidad inherente a la naturaleza humana. Oíd sus palabras y ved cuán claras, cuán explícitas son. Cita a los judíos sus propias Escrituras, dice:

“¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Pues si llamó dioses a quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar, ¿cómo decís de mí, a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo, Tú blasfemas, porque dije soy hijo de Dios?” – (San Juan 10:34-36)

Así confirma Cristo su naturaleza divina: *“Todos los hombres son dioses, según las Escritura, y las Escrituras son la verdad; por tanto, no hay blasfemia en que yo me llame hijo de Dios.”* Considerad ahora la hermosa oración de Getsemaní. Ruega al Padre por el porvenir de su Iglesia. Habla de su unidad con Dios, y dice:

“Para que todos sean una cosa. Así como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros...”

Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en una cosa” – (San Juan 17:21-23)

Esto declara la unidad del hombre con Dios. Esto proclama la naturaleza divina del hombre y su reunión con el Padre, de quien está temporalmente separado en el cuerpo de carne. Si además consideramos la enseñanza tal como la expone San Pablo, resulta más patente la verdad, pues emplea la palabra “Cristo” como nombre místico del alma que se desarrolla en el hombre: el Hijo del Padre (el Espíritu).

“Hijitos míos, de los que otra vez estoy de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” – (Gálatas 4:18)

Cristo no había de ser un hombre externo para los cristianos. Había de formarse en el corazón de los discípulos como el niño en el claustro materno. Y el Cristo nacido en el discípulo, ha de crecer y desarrollarse en él, hasta que el último hombre alcance *“la medida de la estatura cumplida de Cristo”* – (Efesios 4:13)

Tienen que convertirse en dioses manifestados en la carne. Esta es la enseñanza del Cristianismo apostólico, tan tristemente mutilado en su exposición por los escritores modernos. Y enseña que todas las cosas han de sumirse finalmente en Dios. ¿Suponíais que el dogma de la unión con Brahmán era ajeno al Cristianismo? Oigamos a San Pablo:

“Luego será el fin cuando hubiere entregado el reino a Dios, al Padre... Y la enemiga muerte será destruida la postrera, y cuando todo le estuviere sujeto, entonces aun el mismo Hijo estará sometido a aquel que sometió a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos” – (Corintios 15:24-28)

Precisamente es la vieja doctrina expuesta en nueva forma: *“Dios en todo”*, como último estado del universo; el Hijo, el Cristo lo reúne todo en Sí como Ishvara, y se identifica con Brahmán cuando Dios está en todo.

Tratemos ahora de la Reencarnación. El mismo versículo que acabo de citar: *“el último enemigo vencido será la muerte”*, alude a la enseñanza de la Iglesia primitiva, porque la muerte, se dice, no quedará vencida *“hasta el fin”*. También hay una alusión en las

palabras:

“A quien venciere le haré columna en el templo de mi Dios, y no saldrá jamás fuera” – (Apocalipsis 3:12)

La salida es la reencarnación, el destierro de los celestes lugares. Pero hay tres casos en que Cristo expone más claramente esta doctrina. Recordemos que la creencia en la reencarnación era corriente entre los judíos de aquel tiempo, de modo que todos entendían las alusiones a la misma; pero este hecho no basta para demostrar que Él aceptaba la doctrina. Oigamos sus palabras, cuando algunos discípulos vinieron de parte de Juan el Bautista, y le preguntaron si era el Cristo. Después de dar a los mensajeros la respuesta para su maestro, habló Jesús del carácter del gran predicador, y dijo:

“Y si le queréis recibir, él es aquel Elías que ha de venir” – (San Mateo 11:14)

Declaración muy clara de que el profeta judío había encarnado en Juan el Bautista. También cuando sus discípulos le preguntaron por qué se decía que Elías vendría antes que el Mesías, su contestación fue:

“Elías, en verdad, ha de venir y restablecerá todas las cosas. Pero en verdad os digo, que ya vino Elías y no le conocieron. Entonces comprendieron los discípulos que les había hablado de Juan el Bautista” – (Mateo 17:11-13)

En otra ocasión le preguntaron sus discípulos acerca de un ciego:

“¿Quién pecó, éste o sus padres, para haber nacido ciego?” Un cristiano moderno contestaría: ¿Cómo puede un hombre pecar antes de nacer y recibir tal castigo? Pero Jesús no respondió tan ignorantemente, sino que dijo:

“Ni éste pecó ni sus padres, más para que las obras de Dios se manifiesten en él” – (San Juan 9:2-3)

Jesús aceptaba la pre-existencia del alma y la posibilidad de haber pecado antes del presente nacimiento; pero dio otra razón muy peculiar para la ceguera.

Sobre la reencarnación habla muy claramente Tertuliano en su

Apología:

“Si un cristiano prometiera la vuelta de un hombre y la del mismo Gaio, el pueblo le apedrearía sin oírle. Si hay algún fundamento para mover de aquí para allí a las almas humanas dentro de diferentes cuerpos (de animales), ¿por qué no han de poder volver a la misma substancia que dejaron, manifestando lo que es más digno de ser creído; esto es, que un hombre sea otro hombre que vuelve, y una persona otra persona que aun retenga su humanidad? Así como el alma, sin cambiar de cualidades, puede restituirse al mismo estado, aunque no al mismo cuerpo, preguntáis... ¿debemos estar siempre muriendo y levantándonos de la muerte? Si tal hubiese determinado el Señor de todas las cosas, tendríais que someteros... Pero el milenio viene como límite, y después no hay ni muerte ni resurrecciones repetidas.”

Orígenes creía en la preexistencia del alma y en su renacimiento en el cuerpo en consonancia con sus pasadas acciones. Dice:

“¿No es más conforme a la razón que todas las almas por ciertas causas misteriosas (hablo ahora con arreglo a la opinión de Pitágoras, de Platón y de Empédocles, a quien Celso menciona con frecuencia), encarnen en cuerpo de conformidad con sus merecimientos y acciones anteriores?”

Pudieran citarse muchos pasajes que demuestran la creencia en la preexistencia del alma y en su “descenso” para nacer aquí, y no hay duda de que esta creencia estaba muy extendida en la Iglesia primitiva, pues en un Concilio general celebrado a principios de la Edad Media fue formalmente apuntada y condenada por herética. Esta decisión más que otra alguna divorció al Cristianismo de las demás religiones del mundo, y condujo a las más desastrosas consecuencia, pues la doctrina de la Reencarnación entraña la del Karma, por depender una de otra, y quien no cree en la Reencarnación, no cree en el Karma. En se enseñó en las epístolas con toda claridad:

“No queráis errar, nadie se burla de Dios, pues lo que un hombre sembrare eso también segará” – (Gálatas 6:7-8)

Pero al caer en olvido la doctrina de la Reencarnación, estas

palabras se hicieron incomprensibles, y hubo que inventar todo género de sistemas, como el de la redención de los pecados por la muerte de Cristo y otras doctrinas, encaminadas a que los hombres no cosechen los resultados de sus acciones. Mas cuando un cristiano os exponga, semejante sistema, diciéndoles que de este modo podéis escapar a las consecuencias! de vuestras acciones, respondedle con las palabras de sus propias Escrituras:

“No queráis errar; nadie se burla de Dios. Lo que un hombre sembrare, eso mismo cosechará.”

La noble doctrina de la ley de sacrificio sugirió la idea de esta redención delegada; pero ha sido desvirtuada de tal modo que implica la más horrible blasfemia. La ley de sacrificio que entraña la unión del hombre con Dios, por la cual fueron creados los mundos y por la cual subsisten, esa noble doctrina de la antigüedad, se muestra en el Cristianismo primitivo por la perfecta sumisión de Cristo a la voluntad de Dios. Pero en el Cristianismo medieval aparecen el Hijo y el Padre en oposición, y matan toda reverencia y ultrajan toda razón con abundantes juegos de palabras en la relación entre el Espíritu de Dios y el hombre.

El olvido de la Reencarnación engendró una doctrina peculiar del Cristianismo: la del infierno eterno. Un cielo y un infierno igualmente eternos han de ser el remate de una breve existencia terrena. Un hombre nacido con determinado carácter y congénitas tendencias viciosas o virtuosas, fija su destino eterno, y va para siempre al cielo o al infierno, después de una vida de veinte, cuarenta, sesenta o cien años. ¡Cuán terrible efecto ha producido esta doctrina en la desmoralización egoísta de los hombres! Baste para demostrarlo la cita de los versos escritos por uno de los hombres más bondadosos, nobles y puros del Cristianismo moderno, Juan Keble, autor del Año Cristiano. Estaba tan sugestionado por la doctrina del infierno eterno, inseparable de la gloria eterna, que en el Año Cristiano expresó una idea que impresiona dolorosamente por su egoísmo e inmoralidad. Defendía la doctrina de los tormentos eternos, porque sin ellos carecía de fundamento la idea de un cielo eterno, si no hubiese hombres que sufrieran tormentos eternos, no habría razón para que otros gozasen

eternamente en el cielo. Dice:

“Pero ¿dónde está la morada de los corazones contritos? De antiguo se apoyaban en tu palabra eterna; pero con el temor de los pecadores se desvanecen sus esperanzas. Estrechamente enlazados, como tu gran nombre, a ti ioh Señor!, seamos eternamente para la dicha o para la desgracia; pero si los tesoros de tu cólera pudieran agotarse, los que te aman tendrían que renunciar a su prometido cielo.”

Pero si fuera verdad que la dicha de unos en el cielo depende de las penas de otros en el infierno, pregunto si hay hombre alguno, de espíritu verdaderamente cristiano, que no prefiera aniquilarse a obtener la inmortalidad a costa del eterno sufrimiento de millares de seres en un infierno perdurable. Afortunadamente, ésta es una doctrina del pasado. Muchos cristianos la repudian y proclaman lo contrario. El canónigo Farrar, desde el pulpito de la abadía de Westminster, ha expuesto la doctrina de la “esperanza eterna”, contra la doctrina del infierno eterno. Sólo las mentes estrechas e incultas que, por falta de imaginación, no se dan cuenta exacta de los horrores del infierno, persisten en considerarlo dogma del Cristianismo.

Consideremos brevemente si esta religión enseña la ciencia del alma. La Iglesia católica la enseña en gran parte, pero no la protestante. No puedo hablaros de la Iglesia griega, porque no la conozco lo suficiente, y así me limito a decir que la Iglesia católica ha conservado hasta cierto punto el Ocultismo, con algunos conocimientos y poderes. Las órdenes monásticas enseñan especiales sistemas de meditación que conducen al alma paulatinamente, desde el primer esfuerzo de la imaginación, hasta el paso de la conciencia a la escena imaginada. Esto es un resto de la ciencia del alma basada en el conocimiento de los hechos. Hay otros vestigios de Ocultismo en la Iglesia católica, como, por ejemplo, las imágenes o ídolos, como los llaman los protestantes; el agua bendita, el idioma latino en que se compusieron oraciones cuya eficacia dependen en gran parte del son con que se pronuncian. En estas cosas se ven huellas de la antigua enseñanza basada en el conocimiento del mundo invisible. Luego hay el uso de las reliquias y de las oraciones por los muertos, signos todos

del conocimiento oculto, aunque fragmentario e incompleto. Así ha producido místicos, santos y taumaturgos en proporción muy superior a toda otra secta cristiana, y hay católicos místicos que hablan de la unión con Dios y de los métodos de conseguir esta unión, análogos, a los métodos hindúes. En este punto conviene citar la excelente “Imitación de Cristo”, de Tomás Kempis, uno de los libros más maravillosos del Cristianismo, que los hombres de todas las creencias pueden leer con provecho. Tomás Kempis enseña lo que debe hacer un hombre si quiere encontrar a Cristo, y muchas veces pone la enseñanza en boca del mismo Jesús. Oigamos cómo habla del Yo superior:

“Si un hombre quiere encontrar a Dios, ha de aprender después de renunciar a todas las cosas, a que se deje así mismo, salga de sí del todo y que no le quede nada de amor propio” – (Imitación de Cristo Libro 2 cap. 9)

Un hombre debe renunciar por completo a sí mismo.

“Hijo, renuncia a ti y hallarme has a mí... Señor ¿cuántas veces me negaré, y en qué cosas me dejaré? Siempre, y a cada hora, así en lo poco como en lo mucho. Ninguna cosa saco, más en todo te quiero hallar desnudo. De otro modo, ¿cómo podrás ser mío y yo tuyo, si no te despojas de toda voluntad interior y exteriormente? Cuando más presto hicieres esto, tanto mejor te irá... Ten por objeto seguir desnudo al desnudo Jesús” – (Imitación de Cristo Libro 3 cap. 37)

“El verdadero aprovechar es negarse a sí mismo, y el hombre negado a sí es muy libre y está seguro” – (Imitación de Cristo Libro 3 cap. 39)

Un vedantino hubiera dicho:

“Lo que Dios no es, nada es, y por nada se debe contar” –
(Imitación de Cristo Libro 3 cap. 31)

El hombre no ha de sujetarse a las emociones, pues el goce de la devoción no prueba progreso, que más bien consiste:

“En ofrecerte de todo corazón a la divina voluntad... de manera que con inalterable faz des gracias a Dios en las cosas prósperas y adversas, pesándolo todo con un mismo peso” –
(Imitación de Cristo Libro 3 cap. 15)

Se encuentra también una sabiduría vigorosa que nos recuerda la rectitud de Buddha.

“¿En dónde se hallará alguno que quiera servir a Dios de balde?” – (Imitación de Cristo Libro 2 cap. 11)

“Lo que un hombre no pueda enmendar en sí mismo y en los otros, débelo sufrir con paciencia... Aprende a llevar con paciencia las flaquezas y defectos ajenos, porque tú también tienes mucho en que te sufran los otros. Si no puedes hacerte cual deseas, ¿cómo quieres tener a otro a la medida de tu deseo?” – (Imitación de Cristo Libro 1 cap. 16)

He puesto empeño en daros a entender algo de esta religión, de la cual sé que tenéis falso concepto por las mezquinas interpretaciones que constantemente se os exponen.

Mi llamamiento a los cristianos, así como a los hombres de otras religiones, es el llamamiento a la unión para que desaparezcan las divisiones; ¿por qué no han de presentarse los cristianos en una tribuna común a todas las demás grandes religiones del mundo? ¿Por qué esta joven religión, que sólo cuenta diez y ocho siglos de existencia, no ha de convivir con el Budismo, con sus dos mil cuatrocientos años de antigüedad, con el Mazdeísmo y el Hinduismo, con sus diez mil y veinte mil años de pasado? ¿No ven que blasfeman al decir que Dios se limita a una sola y aun la más moderna religión? ¿No advierten que ultrajan al Ser Supremo con sus presunciones de fe única, como si fuese posible que millones de sus hijos quedaran sumidos en las tinieblas del error? ¿No es Dios, Padre de todos los espíritus, y no sólo de los encarnados en cuerpos cristianos? Si consiguiésemos la unión, cesaría el proselitismo, y ningún hombre trataría de convertir a otro a su fe, sino que aprendería a ver otros aspectos de Dios, que los demás pudieran enseñarle. Porque todos podemos aprender unos de otros; el hindú del cristiano y el cristiano del hindú; el mazdeísta del budista y el budista del mazdeísta. Cada religión es un coloreado rayo de luz divina, y de la unión de todas las religiones resulta la verdadera luz blanca. Mientras estemos separados nos matizará nuestro rayo particular. Estudiemos todas las religiones, amémoslas todas, y nos aproximaremos más y más a la Fuente de

nuestro común origen y destino. Bien sabéis que no profeso la religión que os he expuesto, bien sabéis que aunque nacida en ella, la dejé por sus errores de exposición, en cuanto conocí más verdaderos y profundos aspectos de la idea religiosa. Pero en verdad os digo, que todas las religiones tienen el mismo origen. Sus hijos debieran vivir como hermanos, no como enemigos; sin querer convertirse unos a otros, sino con recíproco respeto. El odio dimana del mal en cualquier religión que se halle. Que cada cual enseñe su fe a quien desee abrazarla; que cada cual pueda expresar libremente su concepto de Dios a cuantos quieran escucharle. Somos facetas del Eterno y nuestras pobres mentes son angostos canales por donde fluye la vida y el amor a Dios. Que fluya en nuestro propio canal, pero no neguemos que también los de que por ellos fluye como por nosotros. Entonces sucederá el reinado de la paz al de la discordia, y prevalecerán la unidad y la armonía, mucho más hermosas que la uniformidad. Cuando los hijos vivan en el amor del Padre, sabrán algo del amor de Dios, pues verdaderamente dijo Cristo:

“Porque quien no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve?” – (Primera de San Juan 4:20)

Islamismo

Entre los factores que contribuyen a caracterizar un país, la religión es el más importante como fundamento y corona de la vida nacional. A primera vista es sin duda muy ventajoso para una nación el tener una sola fe, un solo culto, de modo que todos los niños aprendan de labios de sus madres las mismas oraciones conforme a la común creencia y sigan cuando mayores la fe religiosa de sus antepasados; pero me parece que mayor triunfo fuera todavía para la religión, si un pueblo dividido en creencias, que adorase al Dios único bajo distintos nombres y formas, pudiese constituir su nacionalidad seleccionando de entre la variedad de religiones la identidad de la única y verdadera religión. Si esto fuera posible (aunque nunca se haya visto en la historia del mundo), la religión obtendría, a mi entender, su más noble triunfo; la sabiduría divina alcanzaría su más hermosa victoria en el armonioso acorde de las diversas creencias; y por último, la Fraternidad humana encontraría en ello su más grandioso y noble modelo. Esta posibilidad se le ofrece singularmente a la India entre todas las naciones del mundo. Las demás tienen su peculiar creencia que domina de frontera a frontera; pero en la India florecen todas las creencias del mundo y por lo tanto únicamente allí podrán unirse y fundirse.

Recordaréis cómo os hablé de cuatro grandes religiones: el Hinduismo, el Zoroastrismo, el Budismo y el Cristianismo. Prescindi entonces de otras tres religiones que florecen en el suelo hindú, a saber: el Islamismo, el Jainismo y el Sikhismo, que con las cuatro precedentes constituyen las siete grandes religiones de la India y del mundo entero. Actualmente alejan y distancian personas y corazones; separan a los fieles de una religión de los de otra, de modo que en nombre de un mismo Dios se rechazan mutuamente. ¡Oh, hermanos míos! Si pudiéramos unir las religiones en este país bendito por los dioses; si con diferentes creencias nos fuera dable constituir una sola nación; si el musulmán llegase a amar al hindú y el hindú al musulmán; si el cristiano estrechara en sus brazos al parsi y el parsi al

cristiano; si jainistas, budistas y sikhistas se amaran algún día como hermanos en vez de odiarse como enemigos, entonces triunfaría la religión y el nombre de Dios sería vínculo de paz.

Vamos a ocuparnos en las tres religiones de la India de que aún no hemos hablado, y después discurriremos sobre la unificación y coronamiento del conjunto: la divina Sabiduría, la Teosofía que resume y sintetiza lo común a todas las religiones, lo que por igual pertenece a todas ellas, lo de que ninguna puede privar a sus hermanas porque es propiedad de toda religión. Tal ha de ser nuestra tarea que ¡ojalá! bendigan los Profetas de todas las religiones a fin de que sus discípulos se amen como Ellos se aman unos a otros y todos sean uno como todos. Ellos son uno. Entonces la India llegará a ser la nación que no fue hasta ahora; ya no será tan sólo un pueblo, sino una sola y gran nación en el seno de un poderoso imperio. En esto ha de consistir el triunfo de la religión y a esta obra quedáis invitados por vuestra fe y vuestro amor.

En el estudio de una religión conviene distinguir cuatro puntos:

1. El fundador cuya vida y caracteres se reflejan en la religión.
2. La religión exotérica, destinada al vulgo.
3. La filosofía, necesaria a las personas cultas e instruidas.
4. El misticismo, como expresión de la eterna necesidad del espíritu humano que aspira a reunirse con su fuente.

Estudiemos de este modo el Islamismo.

Seguidme a Siria y Arabia. Al abrirse para el mundo el siglo seis de la era cristiana, veamos la situación de la hermosa Arabia y del país sirio cuyo suelo hollaron los pies de Cristo. Por doquiera las luchas religiosas destruyen los hogares y dividen a los ciudadanos; brutales y sangrientas querellas y odios transmitidos de generación en generación, aíslan a los hombres, a las familias y a las tribus. Mirad la Arabia en donde domina una feroz y cruel idolatría que llega al extremo de sacrificar a los ídolos seres humanos; en donde los adoradores de Dios celebran festines con los cadáveres de los muertos; en donde la lujuria ha usurpado el lugar del amor humano y la desenfrenada licencia el de la vida de familia; en donde por cualquier

pretexto estallan sangrientas e implacables guerras; en donde se matan parientes y vecinos; en donde, en una palabra, los horrores de la vida repugnan toda descripción. En este encendido infierno de pasiones, muertes, crueldad y lujuria, un niño “abrió a la luz sus inocentes ojos” el 29 de Agosto de 570, en la Meca y en la familia de Quraish, de la ilustre tribu de los Coreishitas. Su padre, fallecido pocas semanas antes de nacer el hijo, había estado en su juventud a punto de ser sacrificado por su propio padre, debiendo la salvación a las súplicas de la sacerdotisa del templo.

Perdió el niño a su madre pocos años después y se lo llevó consigo su abuelo, en cuya casa fue creciendo entre el amor de todos por su carácter tranquilo, callado, amable, dulce y paciente. Muerto el abuelo, al cabo de algunos años, un tío del niño, llamado Abu Talib, le adoptó compadecido de su triple orfandad y en su casa llegó a la juventud. A la edad conveniente se dedicó al comercio, con lo que pudo observar durante sus viajes las escenas de la vida siria. A los 24 años había realizado unas cuantas excursiones comerciales por cuenta de una pariente suya de más edad que él, llamada Khadija, quien, al regresar el joven de sus viajes, le vio tan fiel, sobrio, puro y leal, que le concedió su mano. Mahoma no es todavía el profeta ni Khadija su primer discípulo; pero su unión matrimonial; a pesar de la diferencia de edad, es tan feliz que sirve de modelo de matrimonios ideales, hasta el día en que Khadija, después de 26 años de felicidad conyugal, dejó en viudez a su marido, que tenía a la sazón 50 años.

En los quince primeros de matrimonio se entregó Mahoma con frecuencia a la meditación, y aunque en la vida exterior se mostraba apacible, sostenía terribles luchas interiores. Cuando Mahoma pasaba por las calles de la Meca, los niños corrían a abrazársele a las rodillas y siempre guardaba para ellos un consuelo y una caricia. Jamás faltaba a su palabra y ningún pobre o afligido se marchaba nunca de su lado sin buen consejo. Sus vecinos le apellidaban Al-Amin (el fidedigno), y en verdad que es el más envidiable apodo para un hombre. Pero bajo la utilidad, dulzura y altruismo de la vida exterior, ¿cómo era la interna? ¡Ah! ¿Quién podría imaginar las tormentas de inquietud y angustia que al futuro profeta empujan hacia el vecino desierto en donde

entabla consigo mismo una de esas luchas que sólo conocen los inspirados de Dios? Durante aquellos quince años pasó largas temporadas en una cueva situada en el corazón del desierto, en plena soledad, y allí medita y ruega, y con la amarga duda de sí mismo trata de explicarse el sentido de la voz que le dice: “En nombre de tu Dios, habla.” Pero ¿quién es él para hablar? ¿Y qué dirá si habla? ¿Cómo ha de responder a la voz interior que le llama, si la duda y la angustia le desgarran, si desconfía de sus fuerzas y carece de la instrucción necesaria? ¿No sería tal vez aquella voz la de su orgullo, de su jactancia, de su ansia de dominación, y no la voz del supremo Dios que manda a su profeta divulgar su palabra? Así transcurren quince años en continuas luchas cuya intensidad es difícil de apreciar, hasta que una hermosa noche, estando tendido en el suelo bajo la pesadumbre de la angustia, se vio de repente rodeado de una luz que del cielo descendía, a la par que la gloriosa aparición de un ángel murmura estas palabras:

“Levántate; eres el profeta de Dios. Ve por el mundo y habla en nombre del Señor” ¿Qué hablaré? interroga Mahoma. “Di, repuso el ángel, lo que te voy a enseñar.”

Y el ángel instruye al profeta en lo relativo a la formación de los mundos y la creación del hombre; le enseña la unidad de Dios y el misterio de los ángeles, y le indica la obra que debe cumplir. En torno del solitario se agita toda una nación, ha de convivir con ella, mezclarse con ella y hablarle en nombre del Señor su Dios.

Vuelve Mahoma a su casa y se postra a los pies de Khadija, preguntándole: “¿Qué debo hacer? ¡Quién soy yo! ¡Quién soy yo!”

Su esposa le responde con apacible voz:

“Eres sincero y fiel; nunca faltas a tu palabra; las gentes conocen tu carácter. Dios no engaña al siervo fiel; por lo tanto, escucha su voz y obedece al llamamiento.”

Y las palabras de la esposa, su primer discípulo, reaniman aquel corazón humano que desfallece ante la magnitud de la empresa. Al levantarse del suelo ya no es el oscuro Mahoma, sino el Profeta de Arabia, el hombre que ha de convertir el país en Estado político y

temible potencia, cuyos soberanos llevarán a todas partes la antorcha de la ciencia, volviéndola a encender en Europa donde su llama se había extinguido, fundarán poderosos imperios y sentirán por el Maestro un culto de que ninguna otra religión ofrece ejemplo semejante. Porque todos cuantos no profesáis la religión del Profeta árabe habéis de recordar que no hay otra confesión humana que inspire una creencia tan formal y que tan apasionadamente observen sus prosélitos, como la expuesta por los labios del Profeta árabe; y si, según dice Bain, la valía de una creencia se prueba por la conducta, atended a la de los discípulos de Mahoma y advertiréis cómo sus acciones están gobernadas todavía por la palabra del Maestro. Nunca se avergüenza el musulmán de arrodillarse para orar, aunque vea en torno gentes burlonas y enemigos de su Profeta. Notad cómo la fe ha vencido en el discípulo todo temor a la muerte. ¿Dónde heroísmo superior al de los derviches africanos que embisten las posiciones barridas por la fusilería enemiga y caen uno tras otro arrostrando la muerte tan tranquilos como si estuvieran en fiesta de bodas, por amor a su Profeta y a la fe del Islam?

Semejante fe tiene asegurado el porvenir en el mundo. Semejante fe debiera enaltecer mucho más de lo que lo es ahora.

Pero volvamos al Profeta, cuyo único discípulo es todavía su mujer. Los nuevos discípulos fueron sus más cercanos parientes. Esto es muy significativo para el Fundador. Porque resulta fácil ganar prosélitos entre una multitud que no os conoce, que sólo os ve en la tribuna y sólo os oye en determinado discurso o en respuestas dadas a preguntas hechas. Pero triunfo esplendente que ni el mismo Cristo logró alcanzar, es ser Profeta para su esposa, su hija, su yerno y sus cercanos parientes. He aquí, pues, quiénes fueron sus primeros discípulos. Sin embargo, Abu Talib, que había sido el protector de Mahoma, no quiso reconocer por Profeta al hombre a quien cuando niño tuviera en brazos. Así le respondió:

“Hijo de mi hermano, yo no puedo abjurar la religión de mis padres; pero, por el supremo Dios, que mientras viva, nadie osará hacerte daño.”

Volviéndose entonces el venerable patriarca hacia su hijo Ali, le

preguntó cuál era su religión.

“¡Oh padre! respondió Ali. Creo en Dios y en su Profeta y al Profeta he de seguir.” “Sea, hijo mío, repuso Abu Talib. Él no te incitará a nada malo, y así libre eres de seguirle” – (Syed Ameer Ali. M.A. El Espíritu del Islam pág. 87-88)

Durante tres años trabajó tranquilamente Mahoma, y al cabo de este tiempo ya tenía treinta discípulos que le llamaban el Profeta del Señor. Entonces predicó por vez primera en público, hablando a las gentes de la unidad de Dios y tronando contra los sacrificios humanos, la lujuria, la embriaguez y la corrupción de costumbres. Nuevos discípulos se agruparon a su alrededor, persuadidos por la oleada de palabras que brotaban de sus inspirados labios. Mas a medida que gana prosélitos, recrudece la persecución que contra ellos había estallado, y los discípulos se ven sometidos a horribles tormentos que el cuerpo humano casi no puede soportar. Se les descuartiza; se les balancea; se les extiende sobre la abrasadora arena de frente al sol y con pesadas piedras en el pecho; se les intima a renegar de Dios y de su Profeta; pero los discípulos expiran murmurando: *“Sólo hay un Dios y Mahoma es su Profeta.”* Hubo, entre otros mártires, uno a quien le desgarraron las carnes trozo a trozo, y mientras sufría el tormento, los verdugos se mofaban de él diciendo: *“¿No te gustaría verte en tu casa y a Mahoma en tu lugar?”* A lo que respondió el moribundo: *“Bien sabe Dios que no quisiera estar en mi casa junto a mi mujer y mis hijos, si con ello hubiera de sufrir Mahoma el pinchazo de una espina.”* Esto prueba el amor que el Profeta inspiraba a quienes por él morían saturados de intensa fe.

Por último, resolvieron los discípulos salir del país y buscar asilo en tierra extraña. Escuchad cómo hablaban del Profeta los que él había apartado del mal, pues el testimonio del discípulo es el mayor elogio del Maestro, y en esto veréis hasta qué punto aquel hombre había ganado el corazón de sus adeptos. El jefe de la embajada que fue a impetrar protección se expresó en los siguientes términos:

“¡Oh rey! Estábamos sumidos en las profundidades de la ignorancia y de la barbarie; adorábamos a los ídolos; vivíamos en la impureza; comíamos carne muerta y nuestras

prácticas eran abominables; menospreciábamos todo sentimiento de humanidad, así como los deberes hospitalarios y vecinales; no conocíamos otra ley que la del más fuerte, cuando Dios suscitó entre nosotros un hombre cuya noble sinceridad, honradez y pureza conocíamos. Nos enseñó la unidad de Dios; nos dijo que con nada debíamos adular el concepto de Dios; nos prohibió adorar a los ídolos y nos excitó a ser verídicos, fieles a nuestros juramentos, indulgentes y respetuosos con el vecino. Nos prohibió hablar mal de las mujeres y apropiarnos los bienes del huérfano. Nos mandó evitar el vicio y abstenernos del mal y prescribió la oración, la limosna y el ayuno. Le creímos y hemos aceptado sus enseñanzas” – (El Espíritu del Islam pág. 100-101)

Tal es el testimonio de los discípulos sobre la doctrina del Profeta; tal es la declaración de los que por él dieron la vida.

¿Cómo se conducía Mahoma cuando los discípulos se agrupaban en su rededor? Estaba hablando en cierta ocasión con un hombre muy rico a quien quería persuadir (puesto que discípulos ricos y poderosos necesitaba para asegurar la vida de los humildes), cuando acertó a pasar un ciego que, al oír su voz, exclamó diciendo: “*¡Oh Profeta de Dios! Enséñame el camino de salvación.*” Mahoma no le hizo caso porque no creyó decoroso que un mendigo ciego interrumpiese su conversación con un hombre rico e influyente. Pero el ciego no sabía que Mahoma estuviese conversando, y exclamó de nuevo: “*¡Oh Profeta de Dios! Enséñame el camino.*” El Profeta frunció el ceño y se fue. Al día siguiente recibió un mensaje misterioso, cuyo texto ha quedado inscrito en el Corán para enseñanza de los musulmanes. Decía así el mensaje:

“El Profeta frunció el ceño y se fue porque el ciego se le acercaba. Pero ¿cómo puedes saber si quedará limpio de pecado o si se los reprenderán y le aprovechará la reprensión? Al rico le acoges respetuosamente y por lo tanto no tendrás tú la culpa sino se purifica; pero rechazas al que se llega a ti, temeroso de Dios, y en querencia de salvación. Sin fundado motivo no debiste obrar así” – (Corán cap. 80, pág. 432, edic.

española. En la edición de Tale se omite lamentablemente este versículo.)

Desde entonces, siempre que el Profeta encontraba al ciego, tenía con él respetuosos miramientos, diciendo: *“Sea bienvenido el hombre por cuya causa me reprendió mi Dios.”* Posteriormente le nombró por dos veces gobernador de Medina.

Tal era el Profeta de la Arabia, el gran hombre que a sí mismo se vituperaba con tanta severidad como a un discípulo. Tal era el Profeta Mahoma.

Pero las persecuciones recrudecieron hasta el punto de dispersar a todos los discípulos menos uno que no quiso separarse del Maestro. El noble Abu Talib le dijo entonces a su sobrino:

“¡Oh hijo de mi hermano! desiste de tu empeño y abandona esa desesperada causa.” El Profeta respondió: “No, tío mío; aunque mis enemigos me pusieran el sol en la mano derecha y la luna en la izquierda para que renunciase a mi obra, no cejaré en ella mientras viva, a menos que Dios me lo ordene.” Y con el corazón estrujado por la pena de ver que también su amado tío, su protector, le abandonaba, se cubrió Mahoma con el manto para disimular su sufrimiento y se alejó. Entonces el tío le llamó a voces diciéndole: “Detente, detente. Di cuanto quieras, que por el Señor no te abandonaré jamás, no, jamás” – (El Espíritu del Islam pág. 111)

Pero he aquí que muere el tío. Fue aquél un “año de luto”, porque para mil veces mayor desgracia murió también Khadija, la muy amada esposa del Profeta, su único amor. Se queda solo después de veintiséis años de perfecta dicha conyugal.

De cuando en cuando trata el Profeta de convertir a los comerciantes que visitan la Meca, y prueba de ello nos da el texto del “Compromiso de Akaba”, firmado por seis conversos, en la colina de dicho nombre. Dice así:

“Nada añadiremos a Dios; no robaremos ni fornicaremos ni cometeremos adulterio; no mataremos a nuestros hijos y esquivaremos la calumnia y el escándalo. Obedeceremos al Profeta en cuanto sea de justicia y le seremos fieles en la

prosperidad y en la desgracia” – (El Espíritu del Islam pág. 119-120)

Pero llegó día en que, viéndose Mahoma con sólo dos discípulos: el fidelísimo viejo Abu Baker y su sobrino Ali, pensó en la fuga. Sus enemigos le habían encerrado en una casita con intento de asesinarle a traición; pero pudo saltar por una ventana y huir. Sucedió esto el año 622 de la era cristiana, que señala el comienzo de la era musulmana llamada Hijra, Hégira o fuga del Profeta de la Meca a Medina.

Los enemigos de Mahoma pregonaron su cabeza y salieron a perseguirle. Durante la huida, dijo el viejo Abu Baker lleno de miedo:

“No somos más que dos.” El Profeta respondió: “No; somos tres, porque Dios está con nosotros” – (El Espíritu del Islam pág. 129)

Se refugió Mahoma en Medina, cuyos habitantes le recibieron benévola­mente. Allí ganó numerosos prosélitos y llegó a ser gobernador del país.

Pero los enemigos, empeñados en su persecución, despacharon tropas contra Mahoma, quien reúne entonces a sus fieles y arrostra el encuentro en las cercanías de Badr, sin reparar que son pocos los suyos y muchos y muy poderosos los contrarios. El Profeta clama a Dios, diciendo:

“¡Oh Señor! Si este exiguo ejército perece, no quedará nadie para adorarte con pureza de culto” – (El Espíritu del Islam pág. 145)

La pelea es encarnizada. Terribles torbellinos de viento y arena favorecen la acción de los musulmanes, a quienes al fin favorece la victoria, porque con ellos militan las potestades divinas, y todos han de reconocer a Mahoma como el Profeta del Señor. Es la primera vez que Mahoma derrama sangre humana en legítima defensa. Siempre había sido compasivo y tierno, hasta el punto de que sus enemigos le apellidaban “el afeminado”; pero a la sazón ya no es un particular que perdona cuanto mal se le hace, sino que es gobernador de un país, general de un ejército, y ha de cumplir los deberes que le ligan a los creyentes. Ha sonado la hora de castigar como soberano, los crímenes que hubiera perdonado como hombre, y el Profeta Mahoma no muestra en ello sentimentales flaquezas. Después de la victoria de Badr sólo mandó ejecutar a dos hombres; y contra la costumbre árabe,

quiso que se tratase con dulzura a los prisioneros, de modo que los musulmanes les dieron cuanto pan tenían, quedándose ellos con dátiles por todo alimento.

Vinieron después años de lucha y de agitación. Se suscitaron entre sus propios discípulos querellas y discordias que acrecentaron el número de enemigos.

A este propósito permitidme relatar una hermosa escena de la vida del Profeta. Al distribuir el botín de la victoria después de cierta batalla, se quedaron sin parte los discípulos más antiguos y fieles del Profeta. Se quejaron coléricamente los preteridos y Mahoma les exhortó con estas palabras:

“Me he enterado. Ansar, de las murmuraciones que tenéis entre vosotros. Cuando yo vine aquí, errabais por las tinieblas y el Señor os señaló por mi mano el buen camino. Sufríais y os dio la dicha. Reinaba la enemistad sobre vosotros y ha henchido vuestros corazones de concordia y amor fraternal. ¿No es verdad lo que digo? Responded. “Verdaderamente, repusieron los de Ansar, es como dices. Al Señor y a su Profeta debemos la benevolencia y la gracia.” El Profeta replicó: “No, por Dios; porque vosotros hubierais podido responderme con verdad por mí mismo atestiguada, diciendo: ¡Viniste a nosotros proscrito como impostor y creímos en ti! ¡Viniste fugitivo, y te asilamos; triste y sin amigos, y te consolamos! ¿Por qué, pues, conturban vuestros corazones las cosas de este mundo? ¿No os satisface que otros se lleven rebaños y camellos mientras que vosotros conmigo reconquistáis vuestros hogares? En nombre de Aquel en cuyas manos está mi vida, juro no abandonaros jamás. Si la humanidad entera se fuese por un camino y los de Ansar por otro, verdaderamente me iría con los de Ansar. El Señor os favorezca y bendiga a vosotros, a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos. “Cuenta el cronista que los viejos guerreros prorrumpieron en tan copioso llanto, que las lágrimas les goteaban por las barbas. “*Sí, Profeta de Dios; estamos satisfechos con nuestra parte de botín*” – (El Espíritu del Islam pág. 197-198), respondieron por último.

¡Oh, hermanos hindúes, que nada sabéis del Profeta árabe! ¿No echáis de ver la poderosa fascinación ejercida sobre hombres que por

su amor sufrieron tormento, arrostraron la muerte y transmitieron sus amorosos sentimientos a través de los siglos? Y sin embargo, de tal modo insistía en sus propias imperfecciones, diciendo que “sólo era un hombre”, que nunca lo divinizó el amor que inspiraba.

Así continuaron las cosas durante diez años, hasta que, presintiendo su próximo fin y no pudiendo valerse ya de sus piernas, mandó que le llevasen a la mezquita, donde, después de las acostumbradas oraciones, sostenido por sus discípulos Ali y Fazl, dirigió la palabra a los fieles diciendo:

“¡Musulmanes! Si acaso perjudiqué a cualquiera de vosotros, heme aquí dispuesto a la reparación. Si debo algo a alguien, todo cuanto poseo os pertenece.” Uno de los circunstantes declaró que se le debían tres diremes, y en el acto se le satisfizo la deuda, la última que Mahoma había de pagar en este mundo.” — (El Espíritu del Islam pág. 218)

Vuelto a su casa y tendido en el lecho, empieza a orar con débil voz que se va apagando hasta reducirse a imperceptible murmullo. El 6 de Junio del año 632, el Profeta abandona su gastado cuerpo y vuela a velar, desde otro mundo más elevado, por la religión que fundó y protegió.

¡Noble vida la suya! ¡Vida admirable y verdaderamente propia de un profeta del Señor! Y al mismo tiempo, ¡tan sencilla, tan sobria, tan humilde! El mismo se remienda la ropa vieja y se clavetea los zapatos a pesar de que miles de hombres le veneran como Profeta. A todos trataba dulcemente, y según confesión de su criado Anas, ni una sola vez en diez años de servicio, salió de su boca la más leve expresión de desagrado. — (El Espíritu del Islam pág. 221)

Dos acusaciones graves se han lanzado contra Mahoma: que ya muy viejo se casó con nueve mujeres y que predicó la matanza y exterminio de los infieles. En cuanto a lo primero, cierto es que, después de enviudar, tuvo nueve esposas; pero, ¿puede suponerse que a ello le incitara la lujuria y la pasión sexual cuando a los veinticuatro años, en plena juventud, contrajo matrimonio con una mujer de más edad que él y le guardó fidelidad durante los veintiséis de vida conyugal? No

hemos de juzgar así la conducta de los hombres. Y si atendemos a las diversas mujeres con que se casó, echaremos de ver que en cada matrimonio contraía nuevos lazos con su pueblo, allegaba alguna ventaja a sus discípulos o satisfacía la imperiosa necesidad de protección en que la mujer se hallaba.

Respecto a la matanza y exterminio de los infieles, conviene recordar que los jurisperitos musulmanes han expuesto siempre el principio de que cuando hay dos preceptos, uno de ellos absoluto, como: “matad al infiel”, y otro condicional, como: “matad al infiel si os ataca y no os consiente practicar vuestra religión” cabe extender la limitación al precepto absoluto. Esta regla se ve repetidas veces confirmada en el Corán, aparte del ejemplo dado prácticamente por el mismo Profeta. No hablaré en nombre propio para que no creáis que abogo en su favor; pero citaré las palabras de Mahoma acerca de lo concerniente a los infieles:

“Si cesan de contrariarte, debes echar en olvido lo pasado; pero si de nuevo te atacan, habrás de infligirles el castigo condigno a los enemigos de los profetas. Por consiguiente, combáteles hasta que no defiendan la idolatría y que la religión sea por completo de Dios. Si desisten, Dios verá lo que hacen; pero si contra ti se revuelven, sabe que Dios es tu mejor patrón y tu más valioso auxilio” – (Corán 8:39-41)

En otro pasaje se lee:

“Invitad a los hombres por la prudencia y la dulce exhortación, a seguir los caminos del Señor. En vuestras discusiones con ellos, tened suma condescendencia, porque el Señor conoce al que se desvía de su senda y al que por ella camina. Si os vengáis de alguien, que vuestra venganza esté en proporción del agravio; pero si lo soportáis con paciencia será mayor vuestro merecimiento. Por esto sobrellevaréis pacientemente la enemistad que se os haga, pero no os aflijáis por causa de los infieles ni os inquieten sus tramases sutiles, porque Dios está con quienes son justos y le temen” – (Corán 18)

Y además:

“No hagáis violencia alguna en lo tocante a religión” – (Corán 2)

“Si abrazan el Islam, irán seguramente encaminados; pero si no quieren abrazarlo, sólo te toca orar” – (Corán 2)

El Profeta define con mucha precisión al infiel, diciendo:

“Los infieles son hombres que obran injustamente” – (Corán 2)

Es decir, aquellos cuyas acciones son malas y no los que viven fuera de la religión mahometana; porque, según luego veremos, el Islam, en labios del Profeta, no se contraía únicamente a sus adeptos.

“Si se apartan de vosotros y no os combaten, sino que os brindan paz, Dios no os consiente que les prendáis y matéis” – (Corán 4)

¿Es justo olvidar estas doctrinas expuestas en el fragor de la guerra y de la opresión, y en cambio recordar tan sólo las frases pronunciadas para excitar a los menos a combatir contra los más, como cualquier general pudiera pronunciarlas antes de la batalla? He ahí en qué términos expuso el Profeta sus preceptos absolutos.

Y veamos cómo su propia conducta corrobora sus enseñanzas. No recibió agravio que no olvidase ni injuria que no perdonara, ¡oh hermanos míos! No miréis a semejante hombre a través del velo de los prejuicios. Toda religión tiene sus defectos, y en la conducta de todo hombre hay extravíos. Discípulos ignorantes suelen obrar en desacuerdo con puntos en que el Profeta expuso la verdad. Por lo tanto, juzgad una religión por sus mejores, no por sus peores ministros. Así aprenderemos a amarnos unos a otros como hermanos y no a odiarnos como mojigatos y fanáticos.

Pasemos ahora de la vida del Fundador (que no es lícito ignorar, porque la vida del Fundador es nervio y entraña de su religión respectiva) al estudio de la doctrina. En primer lugar, advertimos la unidad de Dios, cuyo dogma es común a todas las religiones. Lo singular respecto de este punto en la del profeta árabe es que concebía a Dios como rey, soberano y legislador, es decir, como nosotros concebimos a Ishvara, el Supremo Logos. En diferentes pasajes se repiten estas palabras:

“Decid que Dios es un solo Dios. No engendra ni es

engendrado y nadie tiene semejanza con Él” – (Corán 112)

Este es el meollo de la doctrina, el tema supremo; porque cada religión tiene una verdad peculiar y un mensaje especial que transmitir. Y así como la verdad máxima del hinduismo es la universalidad del Yo, del Dios que está en todo hombre y que es todo hombre, de la propia suerte la verdad máxima del Islam es la unidad de Dios como soberano, que no tiene a nadie junto a sí, que no tiene par ni segundo. En prueba de ello podría citar unos cuantos pasajes del Corán, pero basta con dos:

“¡Dios! No hay más Dios que el Dios vivo, que subsiste por sí mismo, que ni dormita ni duerme, que es dueño de cuanto contienen los cielos y la tierra. ¿Quién podrá comunicarse con Él sin su beneplácito? El conoce el pasado y el porvenir de los hombres, pero los hombres no sabrán más que lo que a Él le plazca que sepan. Su trono se extiende sobre los cielos y la tierra, por Él mantenidos en existencia sin nunca fatigarse. Es el Altísimo y Omnipotente” – (Corán 2)

Este pasaje transparenta su belleza a pesar de los desaciertos de traducción.

“Dios atestigua que no hay más Dios que Él. Ángeles, sabios y justos proclaman la misma verdad. No hay más Dios que el Todopoderoso y Omnisciente Dios” – (Corán 3)

En segundo lugar, advertimos la fe en los profetas de Dios, no sólo en uno de ellos, sino en todos los profetas. Repetidas veces dice el Corán que *“no hay distinción entre los profetas”*. Todos están inspirados por Dios y cada cual cumple en su país una tarea peculiar. En todo el libro de Mahoma echaréis a ver que reconoce a los demás profetas y no trata de intervenir en su obra.

“Todos creen en Dios, en sus ángeles, sus santas escrituras y sus Apóstoles” – (Corán 2)

“Decid: creemos en Dios y en lo que se nos ha revelado; y no distinguimos entre lo que Dios reveló a Abraham, a Ismael, a Isaac, a Jacob, a Moisés, a Jesús y los profetas” – (Corán 3)

“Los que no creen en Dios ni en sus apóstoles y pretenden

establecer distinción entre Él y ellos diciendo: creemos en unos profetas y rechazamos a otros, estos tales son verdaderamente infieles a quienes espera ignominioso castigo. Pero los que creen en Dios y en sus apóstoles y no prefieren a ninguno de ellos contra los demás, estos tales recibirán su recompensa, porque Dios está lleno de gracia y de misericordia” – (Corán 4)

El sentido que da el Profeta a la palabra Islam concuerda perfectamente con el espíritu liberal cuya prueba acabamos de ver. Dice Mahoma con frecuencia que sólo hay una religión: el Islam. Pero ¿cuál es el significado de la palabra Islam en este caso? Islam significa inclinarse, someterse, y en materia religiosa someterse a la voluntad de Dios. Esta es la verdadera religión según el Profeta, y ciertamente que lo es la perfecta conformidad con la divina voluntad. Pero ¿dice con esto algo nuevo el Profeta de Arabia? De ninguna manera, El mismo lo confirma en otros pasajes.

“En verdad el Islam es la verdadera religión a los ojos de Dios, y los que recibieron las Escrituras no se apartaron de ella hasta que se vieron enemistados por la envidia” – (Corán 3)

“Abraham no era judío ni cristiano, sino que profesaba la verdadera religión, pues se sometía a Dios y no se contaba entre los idólatras. En verdad, los más cercanos parientes de Abraham son los que creen en él y siguen sus pasos. Dios protege a los fieles” – (Corán 4)

“¿Quién es el que en materia de religión excede al hombre que se somete a Dios, es operario de la justicia y sigue la ley ortodoxa de Abraham, el amigo de Dios?” – (Corán 6)

Únicamente en este concepto es el Islam la verdadera religión. Todo hombre que se somete a Dios, cualquiera que sea su fe, es verdadero hijo del Islam en el sentido que el Profeta daba a esta palabra. No importa que sus adeptos hayan restringido después el concepto. Contra la interpretación de los adeptos puedo aducir las palabras del Profeta, como con frecuencia he recurrido a Cristo contra los cristianos del día y a los Rishis contra los modernos hindúes.

“Día llegará en que todos los hombres sean llamados a juicio con sus respectivos caudillos, y todos cuantos tomen el libro con la mano derecha lo lean contentos y gozosos” – (Corán 17)

“En cuanto a los verdaderos creyentes, y a los judíos, sabeos, cristianos, magos e idólatras, verdaderamente ha de juzgarles Dios el día de la Resurrección” – (Corán 22)

“No te elegí para velar por los idólatras ni tampoco eres su guardián. No ultrajes a los ídolos que, extraños a Dios, invocan a no ser que criminalmente ultrajen a Dios en su ignorancia” – (Corán 5)

“A cada uno de vosotros le di una ley y le tracé una senda, y si pluguiese a Dios hubiera hecho de vosotros un solo pueblo. Pero juzgó mejor daros diferentes leyes a fin de ponerlos a prueba en lo que respectivamente os dio. Por lo tanto, porfiad en buenas obras. Todos volveréis a Dios y Él entonces os dirá en qué habéis diferido” – (Corán 5)

Por otra parte, es preciso no suscitar querellas con las demás religiones, aunque sean idólatras, porque todos comparecerán ante Dios el último día y Él les explicará su desacuerdo. He aquí la gran verdad, la frase sobresaliente del mahometismo: todos volveremos a Dios. Demos de mano a las disputas hasta que la divina luz nos alumbre. Entonces veremos completa la verdad, de la que ahora sólo vemos un fragmento. Demos de mano a las disputas, como el Corán ordena, hasta que el divino espíritu ilumine a todos los hombres de modo que vean la común unidad de las innumerables religiones.

Pasemos ahora a la religión exotérica y echaremos de ver la creencia en los ángeles. Después de Dios gobiernan inmediatamente cuatro arcángeles: Mikail (Miguel), el protector; Jibrail (Gabriel), el embajador; Azrael, el de la Muerte, e Israfil, el del Juicio. Estos cuatro arcángeles son análogos a los Devarajas de los hindúes. Después de los arcángeles siguen en categoría los ángeles celadores o de la guarda, dos por persona, que anotan las acciones de los hombres. Tras ellos vienen las legiones angélicas que revolotean por el mundo humano con oficio de aplicar las leyes divinas, cumplir la voluntad de Dios,

guiar los pasos del hombre y defenderle y protegerle en el peligro. Son análogos a los devas de los hindúes. Llegan por último los órdenes inferiores o jines (los elementales inferiores de los teósofos) divididos en siete categorías correspondientes respectivamente a cada uno de los elementos, según enseñan las ciencias ocultas. También admiten los musulmanes la doctrina del séptuple cielo y del séptuple infierno como todas las religiones exotéricas. Por fin, encontramos asimismo a Iblis (Satanás), que se rebeló contra el Todopoderoso con sus legiones de ángeles protervos y arrojado de los cielos es desde entonces príncipe del aire y enemigo del hombre.

Examinemos ahora los deberes individuales. El primero y más importante es la rectitud, de la cual habla en hermosas palabras el siguiente pasaje:

“No es rectitud el orar con el rostro vuelto hacia Oriente y Occidente. La rectitud está en el corazón de quien cree en Dios, en el juicio final, en los ángeles, las Escrituras y los profetas. La rectitud está en el corazón de quien por amor de Dios socorre a los suyos, a los huérfanos, a los necesitados, a los cautivos. Rectos son los constantes en la plegaria, los que dan limosna, cumplen sus promesas, son pacientes en la adversidad y en tiempo de prueba y de violencia. Rectos son los sinceros y los que temen a Dios” – (Corán 2)

“En verdad, Dios nos manda ser justos, practicar el bien y subvenir a las necesidades de la familia. Prohíbe la maldad, la injusticia y la opresión” – (Corán 16)

“¿No le di al hombre dos ojos, dos labios y una lengua? ¿No le enseñé el sendero del bien y el sendero del mal? Sin embargo, no intenta escalar la roca. ¿Quién podrá darte a entender lo que es esta roca? Trepar a su altura es redimir al cautivo, dar de comer al hambriento, al paciente, al huérfano y al mendigo. Los creyentes que así lo hacen y con misericordia se tratan, serán los compañeros de la mano derecha” – (Corán 90)

“La verdadera fortuna de un hombre en la otra vida es el bien que en ésta hizo a sus semejantes. Al morir preguntarán los

hombres qué bienes deja; pero los ángeles que en la tumba le interroguen le preguntarán qué acciones lleva por delante” –
(El Espíritu del Islam pág. 135)

El examen de esta doctrina exige que recordemos la situación en que el Profeta había encontrado a su pueblo y que, sin embargo, este mismo pueblo practicó cuanto se le había enseñado.

Consideremos ahora la doctrina musulmana en relación con la mujer. ¡Cuán equivocado concepto tiene el mundo de las teorías del Profeta acerca de las mujeres! Se le achaca haber enseñado que no tienen alma. ¿Por qué calumniar al Profeta de Dios? Oíd lo que verdaderamente enseñó:

“Quien obre mal será castigado y no encontrará otro auxilio y patronato que el de Dios; pero quien obra bien, hombre o mujer, es verdadero creyente, será admitido en el Paraíso y no se le tratará con injusticia” – (Corán 4)

“En verdad, los musulmanes de ambos sexos y los verdaderos creyentes, de cualquier sexo que sean y los hombres devotos y las mujeres devotas, y los hombres sufridos y las mujeres sufridas, y los hombres humildes y las mujeres humildes, y los que, de cualquier sexo que sean, dan limosna; y los hombres que ayunan y las mujeres que ayunan, y los hombres castos y las mujeres castas, y los que, de cualquier sexo que sean, piensan a menudo en Dios: para ellos tiene Dios reservado el perdón y grandes recompensas” – (Corán 33)

“No consentiré que se pierda la obra del que entre vosotros trabaje, sea hombre o mujer. Cada uno de ellos procede del otro” – (Corán 3)

Además, el Profeta cuidó de infundir gran respeto hacia la mujer.

“¡Oh hombres! Tened a vuestro Dios que os creó descendientes de un solo hombre del cual creó a la mujer y por ambos multiplicó el número de hombres y mujeres. Temed a Dios en nombre de quien os imploráis unos a otros, y respetad a las mujeres que os han engendrado, porque Dios vela por vosotros” – (Corán 4)

“El alma del hombre es naturalmente inclinada a la codicia. Pero si os portáis bien con las mujeres y teméis agraviarlas, Dios sabe cómo obráis” – (Corán 4)

Las enseñanzas del Profeta no se limitaban, sin embargo, a generalidades. La ley de herencia con respecto a la mujer es mucho más justa y liberal que la vigente en la cristiana Inglaterra hasta hace unos veinte años. La ley musulmana relativa a las mujeres puede servir de modelo. Estaban protegidas en su propiedad y no podían quedar privadas de una parte de la herencia de sus padres, hermanos o maridos. Pero se dirá: ¿y la poligamia? He aquí el error en lo concerniente a la mujer. Es cierto; pero ¿cómo viven quienes así juzgan? ¿Acaso olvidan que esta ley se promulgó para un pueblo sumido en el más grosero libertinaje, que de aquella suerte quedó restringido a un límite de cuatro mujeres? Dice el Antiguo Testamento que polígamo era el amigo de Dios, el hombre que obraba según el corazón de Dios. Además, el Nuevo Testamento sólo prohíbe la poligamia de los obispos y diáconos, de quienes se dice que sólo tengan una sola mujer. También encontramos la poligamia en los antiguos libros hindúes. ¡Es tan cómodo señalar defectos en las creencias ajenas! Pero ¿cómo se atreven los occidentales a despotricar contra la poligamia restringida de los orientales, si entre ellos predomina la prostitución? Por ahora sólo observan la monogamia en el mundo los hombres puros de todos los países. No es monogamia tener una mujer legítima y concubinas encubiertas. Al hablar así no trato de atacar nada, sino que los hombres se hagan mutua justicia.

Un solo hombre y una sola mujer: he ahí el verdadero matrimonio. Malo es cuando de esto se aparta; pero la mayor parte de los hombres no son todavía bastante puros para ello, y tal vez la poligamia oriental que cuida, protege, alimenta y viste a las esposas, sobrepuje en las balanzas de la Justicia a la prostitución de occidente que toma a una mujer para deleite de los sentidos y la echa a la calle luego de satisfecho el gusto. Confesad que ambas cosas son malas, pero no permitáis que el cristiano vitupere al musulmán por un pecado que uno y otro cometen. La poligamia es mala, hermanos musulmanes; y recordad que vuestro Profeta os ordenó que, para tomar segunda

mujer, era indispensable que pudierais quererla tanto como a la primera y tratarla con igualdad y justicia absolutas; pero ¿qué hombre puede amar a dos mujeres con el mismo amor y la misma justicia? Sin esta condición no permite el Profeta más de una mujer, y me parece que la estableció a fin de que la monogamia fuese substituyendo poco a poco a la poligamia hasta suprimir de su religión tamaña vergüenza.

Una sola cita probará que a los hijos se les infundían sentimientos de ternura respecto de los padres:

“El Señor te ha mandado que sólo a Él adores y que demuestres cariño a tus padres. No les desprecies ni les reconvenas, sino háblales con respeto, humildad y ternura, diciendo: ¡Oh Señor! Sé misericordioso con ellos, que me alimentaron de niño” – (Corán 17)

Y ¡que justicia y liberalidad se advierte en el trato de los esclavos!

“Si alguno de nuestros esclavos deseara acta de rescate, levantádsela vosotros mismos si conocéis que es de calidad. Y dadle parte de las riquezas que Dios os dio” – (Corán 24)

Veamos ahora cuáles son los deberes personales que Mahoma prescribe:

1. Recitar cotidianamente el Kalimah o profesión de fe que dice: Dios es Dios y Mahoma su profeta.

2. La limosna (zakat), en granos frutos, mercancías, ganados, especie o dinero destinada a los extranjeros, pobres, huérfanos y cautivos.

Sobre la limosna dice el Corán:

“Sólo debéis dar limosna a los pobres y necesitados, a los encargados de pedirla, a los que no pueden pagar sus deudas, al viajero y para el rescate de cautivos y el fomento de la religión” – (Corán 4)

“Y cualquier limosna que diereis y cualquier voto que hicieréis, Dios lo sabe; pero los impíos no encontrarán quien les socorra. Bien está la limosna en público; pero mejor será para vosotros y os redimirá de pecado si en secreto y de propia mano la dais al pobre. Dios sabe lo que hacéis. La

distribución de las limosnas no es cosa vuestra, porque Dios las encamina hacia quien le place. El bien que hagáis en limosnas recaerá sobre vosotros; pero no deis nada sin otro sentimiento que vuestro deseo de ver el rostro de Dios” – (Corán 2)

Muy hermoso es el siguiente pasaje de un sermón del Profeta acerca de la limosna:

“Toda buena acción es una limosna, es caridad. Caridad es mirar sonrientes a vuestro hermano. La exhortación a la virtud equivale a una limosna. Caridad es reconducir por la vía recta al extraviado. Caridad es acompañar a un ciego. Caridad es apartar de un camino las piedras, malezas y otros obstáculos. Caridad es dar de beber al sediento” – (El Espíritu del Islam pág. 135)

3.El Salat o las cinco plegarias cotidianas a determinadas horas del día. Son oraciones muy nobles y hermosas.

4.El Roza o ayuno del Ramadán, que dura treinta días. El vino está rigurosamente prohibido en todo tiempo.

5.El Hajjitha o peregrinación a La Meca, con tal que el peregrino deje asegurado entretanto el sustento de los suyos.

Prescindiendo por su poca importancia de la gran división de los musulmanes en sunis y shiahs, así como de la cuestión de los imanes, pasemos a tratar de la filosofía musulímica. Porque si en el moderno islamismo hay algo desdeñable, no hay en cambio términos lo suficientemente enérgicos para describir lo que fue el Islam en tiempos de pujanza mental. Dice el Profeta en un sermón:

“Adquirid ciencia, porque piadoso es quien la adquiere en el camino del Señor. El que de la ciencia habla, alaba al Señor; quien busca la ciencia, adora a Dios, quien la divulga, da limosna; y quien la enseña a los que desean aprenderla, cumple un acto de devoción hacia Dios. La ciencia pone a su poseedor en estado de distinguir lo prohibido de lo lícito; alumbrá el camino del cielo; es amiga en el desierto, compañía en la soledad y compañera en el aislamiento; nos encamina a la dicha y nos sostiene en el infortunio; es nuestro

ornato entre los amigos y nuestro escudo contra los enemigos. Por la ciencia llega el siervo de Dios a las altezas del bien y de las nobles posiciones, se equipará a los soberanos en este mundo y alcanza la suprema felicidad en el otro” – (El Espíritu del Islam pág. 531-532)

Tiene el Profeta una frase tan profunda que no puedo por menos de citarla: *“La tinta del sabio vale más que la sangre del mártir.”* Sorprende esta declaración en un Profeta por quien tantos mártires derramaron su sangre. Y sin embargo, ¡cuán verdadera! El bien amado Ali, yerno del Profeta, fue el inspirador de toda la doctrina del Islam y el manantial de que brotó su maravillosa erudición. Enseñaba en el fragor de los combates e insistía continuamente en exhortar a los jóvenes al estudio para que aprendiesen y dominasen las ciencias con preferencia a toda otra cosa. Describe Ali la ciencia de un modo que vale la pena de recordarlo:

“La Luz del corazón es su esencia; la verdad su principal objeto; la inspiración su guía; Dios su inspirador; y la palabra humana su instrumento” – (El Espíritu del Islam pág. 537)

Pocas descripciones de la ciencia tan bellas como éstas han salido de labios de hombre. Durante cien años los discípulos de Ali se entregaron al estudio, mientras que los demás musulmanes blandían la cimitarra. Un siglo de apacibles estudios que precedieron a la obra. ¡Y qué obra! Desde el siglo 8 al 14, los hijos del Islam empuñan la antorcha de la ciencia y por doquiera que van llevan su saber consigo. Cierto es que conquistaron; pero sus conquistas están señaladas por la fundación de escuelas y universidades, como las del Cairo, Bagdad y Córdoba. Toda la Europa cristiana afluye a la feraz Andalucía, para aprender de maestros musulmanes las olvidadas ciencias.



Universidad Internacional de Andalucía

Enseñan Astronomía, traducen el Siddhanta hindú y escriben tratados de Astronomía, Química y Matemáticas. El papa Silvestre II estudió en su mocedad Ciencias Exactas en la escuela de Córdoba, por lo que le acusaron de hereje y de hijo del diablo. Los musulmanes llegan hasta los extremos de la invención. Prosiguen el estudio de las matemáticas en donde lo dejaron hindúes y griegos e inventan las ecuaciones de segundo grado, el cuadrático, el teorema del binomio y la trigonometría rectilínea y esférica. Construyen, además, el primer telescopio, observan los astros y calculan las dimensiones de la tierra, según las medidas tomadas en las costas del mar Rojo. Idean un nuevo orden arquitectónico, descubren una nueva música, enseñan la ciencia agrícola y colocan la industria en su máximo punto de excelencia. Pero ¿se detienen aquí? No; en filosofía se remontan a mayor altura y se sumergen en la esencia misma del Ser Supremo, proclamando el Absoluto y distinguiendo las relaciones del hombre con el Único sin par. Exponen la identidad del espíritu humano y del espíritu divino. Abarcan espacio y tiempo y su metafísico y sutil cerebro descubre las más admirables verdades filosóficas, el Vedanta puro de los hindúes,

al cual converge toda ciencia. Los nombres de Ibu Sina e Ibu Rushd prevalecen aquí sobre los demás.

Tal fue durante seis siglos la explosión de ciencia que levantaron los pasos del Profeta. ¡Oh si hoy mis hermanos del Islam quisieran traducir a los idiomas modernos las obras maestras de sus grandes hombres! ¡Oh si quisieran enseñárselas a sus hijos e instruirles en el conocimiento de su propia filosofía! Entonces colocarían el nombre del Islam en lugar preferente entre las filosofías del mundo. Todo musulmán culto debiera conocer esta filosofía, como el hindú conoce el Vedanta, a fin de justificar a su Profeta ante el mundo intelectual.

Dije antes que toda religión tiene su aspecto místico y por lo tanto también la tiene la del Islam. Alí fue el precursor y sus discípulos los mantenedores del movimiento místico. Al año siguiente de la huida a la Meca, se reunieron cuarenta y cinco hombres de espíritu sencillo con propósito de servir a Dios y a su Profeta, vivir en comunidad y observar prácticas ascéticas. Este fue el germen del sufismo o aspecto místico del Islam. Enseñaron “*que todo procede de Dios*” – (Corán 4) que nada hay fuera de Dios; que el Universo es el espejo en que Dios se refleja; que hay una belleza absoluta de la cual son rayos las cosas terrenas; que hay un solo amor, el amor de Dios, y que los demás amores lo son únicamente como partes de este único amor; que sólo Dios es el verdadero ser, y que todo lo demás es no ser; que la naturaleza esencialmente divina del hombre puede elevarse por iluminación desde el no ser al ser y regresar al punto de partida. Escuchad cómo cantaron el amor de Dios; qué perfume de devoción impregna la poesía de Persia:

“Tú eres el ser absoluto; lo demás es un fantasma, porque en tu universo todos los seres constituyen uno solo.”

“Tu belleza, que al mundo cautiva, se refleja en miles de espejos a fin de revelar sus perfecciones, pero es uno solo.”

“Aunque tu belleza esté en todo lo bello, único (Jani) es en verdad el único e incomparable encadenador de corazones. El No-ser es el espejo del Ser absoluto y en este espejo se refleja el esplendor de Dios. Cuando el No-ser se opuso al Ser, al punto resultó el reflejo de este dualismo. La unidad del Ser se

manifestó en la pluralidad del No-ser. Cuando enumeras el uno, se convierte en muchos, y así, aunque la numeración se base en el uno, nunca tiene fin. Dado que el no ser era en esencia claro, a través de él se manifestó el tesoro escondido. Para que claramente puedas contemplar el oculto misterio, repite lo que dice la tradición; “Yo era un tesoro escondido.”

“El No-ser es el espejo; el Universo, el reflejo; y el hombre es la personalidad oculta dentro como el ojo en el reflejo. Tú eres el ojo del reflejo, y Dios es la luz del ojo por medio del cual el ojo de Dios a sí mismo se contempla. El mundo es un hombre y el hombre es un mundo. No es posible dar explicación más clara. Si miras bien la raíz de las cosas, Dios es al mismo tiempo el vidente, el ojo y la visión.” – (Gulshan-i-Raz)

Escuchad ahora cómo en el siglo 13 ya enseñaba el sufismo la teoría de la evolución expuesta por Darwin en el siglo 19.

“Morí mineral y me convertí en planta. Morí planta y nací animal. Morí animal y me convertí en hombre. ¿Por qué, pues, he de temer a nadie? ¿Acaso podré ser menos al morir? La próxima vez moriré hombre para que me puedan nacer alas de ángel. Pero también me esforzaré en elevarme de la condición de ángel, porque todo perecerá menos la faz del Señor” – (Corán 28)

“Otra vez, remontaré el vuelo por encima de los ángeles. Me convertiré en lo que la imaginación no puede concebir. Dejad que no sea nada, porque la cuerda del arpa clama hacia mí: “En verdad, volveremos a Él” – (Le Mesnavi -Compilación de las máximas del derviche Jelai)

El sufismo enseña, según el Awarifu-d-ma a rif – (Libro escrito en el siglo 8 por el maestro Sha-habnd-Din, colega en sufismo de Divan-i-Khwaja Hafir. -Traducción de H. Wilberiorce Clarke), cómo es preciso caminar por el sendero. Dicho libro está dividido en tres partes: Shari’at, la ley; Tarikat, el sendero; Hakikat, la verdad. Los caracteres de estas tres partes o etapas están determinados por la siguiente parábola: “Un hombre le preguntó a un Shaikh (gurú o maestro espiritual) cuáles eran las tres etapas. El maestro, por toda respuesta, le dijo: “Ve y hiere a cada uno de aquellos hombres que

están allí sentados.” El discípulo hirió al primero, quien se puso en pie de un salto y devolvió el golpe al agresor. El discípulo hirió al segundo, quien, sonrojado por la afrenta, intentó levantarse con los puños cerrados, pero se contuvo. El discípulo hirió entonces al tercero, quien no hizo caso. “El primero, dijo el maestro, está en la Ley; el segundo en el Sendero; el tercero en la Verdad.”

Aunque Mahoma es para los musulmanes la primera autoridad, no es posible recorrer el sendero sin un Shaikh o maestro, a quien el *murid* o discípulo debe estar absolutamente sumiso, obedeciéndole en todo sin vacilación ni escrúpulo: “*Si te manda sumergir en el vino la alfombra en que oras, obedécele, porque el Shaikh sabe todo lo que tú sabes y más aún.*” El sufismo exige prolongadas meditaciones que por diversos estados se elevan hasta el Wajd (samadhi o éxtasis). Refiere Ibn Khallikan (1211-1282 de J. C.) que una mujer llamada Kabi’a subía por las noches al tejado de su casa y exclamaba: “*¡Oh Dios! El silencio ha sucedido al bullicio del día. El amante está junto a su amada. Pero tú eres mi amante y sola contigo me deleito.*” Dios es el único gozo del sufi y por esto dicen los derviches: “*No tememos el infierno ni deseamos el cielo.*” El sufismo exige rigurosa vida ascética con muchos días de ayuno y otras austeridades. Sin embargo, más que en otro hombre alguno, resplandece en los sufís la liberalidad: “*Los caminos que conducen a Dios son tan numerosos como los hábitos de los hijos de hombre.*”

Tal es el misticismo del Islam y ojalá pudiera el Islam reintegrarse, porque ya no se practica hoy día! Cuando el Islam se reconstituya místicamente, estará en disposición de enlazarse con fraternal amor a las demás religiones. Porque la bendita unión entre las diversas creencias que se reparten el mundo no descansa en las diferentes formas y variadas ceremonias de su aspecto exotérico que se acomodan al temperamento propio del país respectivo. La unión de las religiones descansa en la verdad espiritual en las ideas filosóficas, y sobre todo, en el misticismo que enseña al hombre a conocerse como procedente de Dios y a esforzarse en volver al punto de procedencia.

Hermanos míos: la mayor parte de los que me escucháis sois hindúes: pero poco importa que no seáis musulmanes. Vosotros decís:

Yo soy Brahmán; los sufis dicen: An-al-haq, Haq-tu-i (Yo soy Dios, tú eres Dios). ¿Cómo pues, podéis ser diferentes, si Dios es uno? Tratad de comprender esta verdad y os infundirá amor. Esforzaos en descubrir lo que en ella hay de noble y estrecharéis las manos de setenta millones de musulmanes que forman parte de la nación Hindúa. Sin ellos no podréis vosotros constituir pueblo. Aprendamos, pues, a amarnos y no a odiarnos; amemos ante todo nuestra propia religión, pero respetemos la fe de nuestros vecinos. Mahoma, Cristo, Zoroastro, Moisés, los Rishis y los Bodhisattvas pertenecen a la misma gran Logia, son los guardianes de la humanidad y no establecen diferencias entre ellos. En cuanto a nosotros, sus más humildes hijos y discípulos, ¡ojalá pudiéramos aprender un solo rayo de su amor que todo lo abarca! Únicamente por el amor llegarán hasta nosotros. Mahoma no se acercará a los suyos, como desea, si los suyos no repudian de antemano su mojigatería y su cortedad de miras, si antes no aman a todos los hombres como él los ama. Mahoma es de los mahometanos, pero asimismo es nuestro. Nosotros reclamamos cuantos Profetas envió Dios al mundo. Nosotros los amamos a todos, los veneramos a todos y ante todos nos inclinamos con el mayor respeto. Quiera el Dios de todas las naciones que sus hijos cesemos de disputar en nombre de Mahadeva, Vishnu, Allah, Ahuramazda, Jehová o Padre, como quiera que le llamemos. Sea cual sea el nombre que hayan balbuceado nuestros labios infantiles, no hay más que un Dios, nada hay fuera de Dios y al mismo Dios adoramos todos.

Jainismo

Nos encontramos hoy en una atmósfera muy diferente de la que nos rodeaba ayer y de la que nos circundará mañana. No estamos envueltos en el romántico y caballeresco ambiente del islamismo. Por el contrario, la atmósfera de hoy es serena, filosófica y tranquila. Vamos a considerar los problemas de la existencia humana con los ojos del filósofo y del metafísico, además de llevar gran parte de nuestra reflexión a la moral práctica, al modo cómo debe vivir el hombre y cuáles han de ser sus relaciones con los seres inferiores que le rodean, a la conducta del hombre en la dirección de su vida y acciones, para no perjudicar ni destruir a ser alguno. Podemos concretar el carácter del jainismo en una frase del Sutra Kritanga, a saber:

“El hombre que no daña a ningún ser viviente alcanza la paz del nirvana.” – (Sutra Kritanga 3:20)

Esta frase parece resumir el pensamiento entero del jainismo: la paz entre el hombre y sus semejantes, la paz en todo y en todas las cosas, la perfecta fraternidad de cuanto vive. Tal es el ideal del jainismo, tal el pensamiento que trata de realizar sobre la tierra.

Pero, aunque los jainos (también se les llama niggauthas, que significa -desligados) forman un grupo relativamente exiguo, pues su número no pasa de dos millones, es una comunidad importante por la pureza de su vida y por la desahogada posición social de sus miembros, que casi todos son mercaderes y comerciantes. Los jainos admiten las cuatro castas de los hindúes, por más que ya no quedan entre ellos muchos brahmanes ni kshattriyas, pues esta última casta es del todo incompatible con sus ideas religiosas. La gran mayoría son vaishyas (negociantes, mercaderes y fabricantes), que pueblan las provincias de Rajaputana, Guzerat y Kathiawar. También hay algunos en otras comarcas; pero puede decirse que las grandes comunidades jainistas están agrupadas en dichas provincias. No sucedía así en pasados tiempos, pues antes y a principios de la era cristiana estaban los jainos distribuidos por la India meridional; pero si los observamos

tales como hoy son, podemos limitar su territorio a las indicadas provincias.

En lo relativo a las castas, hay un punto que les separa de los hindúes. El sannyasi (fraile) de los jainos puede ser de cualquier casta y no precisamente de la de los brahmanes, como sucede con el hinduismo ortodoxo. También el *yati* puede ser de cualquier casta y generalmente pertenece a la de los Vaishyas, que entre los jainos es muchísimo más numerosa que las demás.

Tratemos ahora del modo que los jainos tienen de considerar el mundo y después hablaremos del Fundador de la religión y del concepto oriental del gran Ser.

Admiten los jainos los mismos ciclos que el hinduismo, pues conviene advertir que jainismo y budismo son ramas desgajadas del tronco hinduista; y si los hombres estuvieran menos inclinados a dividir y a dar más importancia a las diferencias que a las semejanzas, ambas ramas hubieran sido los darshanas del hinduismo en vez de formar religiones diferentes y, por decirlo así, rivales. Durante mucho tiempo tuvieron los eruditos occidentales el jainismo por derivación del budismo; pero hoy está ya desvanecido el error y se sabe que uno y otro son hijos del hinduismo. Realmente hay grandes diferencias entre el jaino y el budista, a pesar de sus semejanzas y analogías de doctrina. No cabe duda que el jainismo es mucho más antiguo que el budismo, pues su último Profeta mayor, contemporáneo de Buda, fue el término final de una larga serie y dio al jainismo su actual forma. He dicho que el jainismo admite los mismos ciclos de tiempo que el hinduismo, y conviene recordar que durante uno de esos vastos ciclos (semejantes a la noche y día de Brahma), bajan a este mundo veinticuatro Profetas mayores que participan, aunque incompletamente, de la naturaleza de los avatares.

Surgen siempre de la humanidad para elevarse sobre ella; y si en algunos casos el hinduista rehúsa admitir que un hombre perfecto sea avatara, el jaino no tiene la menor duda sobre este punto. Sus veinticuatro Profetas mayores, los tirthamkaras, como ellos les llaman, son hombres que han alcanzado la perfección. El jaino les da con leves diferencias la multitud de nombres que también emplean los budistas,

como, por ejemplo, *arhates*, *budas*, *tathagatas*, y con preferencia *edjinas*. El *edjina* es el vencedor, el hombre perfecto que ha dominado su naturaleza pasional y ha alcanzado la divinidad, aquel en quien el Jiva (uno de los dos principios eternos, la ciencia, el que sabe) demuestra su acabado y supremo poder. Es el Ishvara del jaino.

En cada gran ciclo aparecen veinticuatro edjinas cuya vida relata el Kalpa Sutra de los jainos, aunque sólo en toda su extensión la del vigésimocuarto y último, el poderoso héroe y gran Maestro Mahavira que para los jainos es el postrer Maestro venido a enseñar al mundo. Según he dicho, fue contemporáneo de Buda, y no falta quien le suponga emparentado con el fundador del budismo. Su vida no ofrece incidentes notables, pero es abundantísima en enseñanzas. Al encarnar la última vez, vino de más sutiles regiones para obtener la iluminación en aquella vida terrena, y aunque primeramente había determinado nacer en una familia de brahmanes, se opuso Indra, el rey de los devas, declarando que el nuevo edjina no debía nacer de brahmanes, pues siempre los edjinas habían sido kshattriyas, y que, por lo tanto, en casa real le preparaban la cuna. Indra le dio a un deva el encargo de que el edjina naciese de la familia del rey Siddhartha, como así ocurrió en efecto. Al nacimiento del niño acompañaron todas aquellas señales de regocijo que saludan siempre la venida de un gran Profeta de la humanidad, como son cánticos de los devas, música de los gandharvas y flores caídas del cielo. Como quiera que desde el instante de su concepción se habían acrecentado la fortuna, el poderío y el bienestar de la familia, le pusieron al recién nacido el nombre de *Vardhamana*, que significa ampliador de fortuna. Fue creciendo el niño hasta llegar a la adolescencia, y aunque mostraba mucho cariño y respeto a sus padres, mantenía el voto hecho, muchas vidas antes, de renunciar a todo, de alcanzar la iluminación y de ser un Redentor del mundo. Esperó a que muriesen sus padres a fin de no contristarles por la separación; y una vez muertos, previo permiso de su hermano mayor, partió, con numeroso séquito, a inaugurar su vida de asceta. Llegado al yermo, se despoja de sus regias vestiduras, se pone el sayal de asceta, se corta el pelo, despide a los acompañantes y se interna en el desierto. Durante doce años se entrega allí a penitencias

austerísimas, esforzándose en comprenderse a sí mismo y en comprender la ilusión de todas las cosas, excepto del Yo. Al décimo tercero año brotó la iluminación, y la luz del Yo irradia sobre el asceta que se adueña de la ciencia del Supremo. Quebranta las cadenas de avidya (ignorancia) y es omnisciente. Entonces se presenta al mundo como Maestro y emplea en el apostolado cuarenta y dos años de una vida perfecta.

Nada se nos dice en concreto acerca de sus doctrinas. Sólo sabemos el nombre de algunos discípulos, pero se omiten la biografía y los pormenores. Digiérase que el sentimiento de que todo es ilusión, todo humo y ceniza, convierte también en ceniza y humo la doctrina exterior y al mismo Maestro que después de cuarenta y dos años de predicación murió en Papa el año 526 antes de J.C. Ya veis que nada podemos decir concretamente del Señor Mahavira; pero su vida y sus obras resplandecen en la filosofía que legó al mundo por más que su personalidad quede ignorada.

Se nos dice que 1,200 años antes de J. C. había vivido el Tirthamkara vigesimotercero y 84,000 años antes de éste el vigesimosegundo y así retrospectivamente hasta llegar en la extensión del ciclo al primer Tirthamkara, llamado Rishabhadeva, padre del rey Bharasa, que dio su nombre a la India. A la sazón se unieron el jainismo y el hinduismo en la adoración del gran Ser que fue Rishi y Maestro como tronco de una dinastía de reyes divinos.

Si examinamos exotéricamente la doctrina, encontramos el *Siddhanta*, o conjunto de cuarenta y cinco Escritas llamadas canónicas, análogas a los *Pitakas* de los budistas. El *Siddhanta* fue recopilado en texto por Bhadrabaka hacia los siglos III y IV antes de J. C. Hasta entonces se habían conservado y transmitido por tradición, según es costumbre en la India gracias a la maravillosa retentiva de los naturales del país, hasta el punto de que, como dice Max Müller, si se perdieran los Vedas, podrían reproducirlos textualmente los que los aprenden de memoria. Lo mismo sucede con el *Siddhanta*, cuyo texto no es más fiel que la memoria de los jainos.

En el año 54 de J. C. el concilio de Valabhi, presidido por Devarddigamin, el Budhaghosha, o como si dijéramos el sumo

pontífice de los jainos, examinó las Escrituras, dando autoridad dogmática a los 11 Anas, 12 Upangas, 10 Pakinnakas, 6 Chedas y 6 Sutras que constituyen los 45 libros del *Siddhanta*. Parece que hubo otros libros mucho más antiguos, llamados Purvas, pero se han perdido por completo y nada se sabe de ellos. Los jainos guardan mucha reserva sobre sus libros sagrados y la secta de los *digambaras* tiene algunas obras maestras cuidadosamente inéditas, por lo cual no sería extraño que con el tiempo se encontraran muchos de los libros que se suponen perdidos, sobre todo si los *digambaras* se convencieran de que, salvo en casos muy especiales, conviene difundir la verdad a fin de que los hombres la posean. La arbitraria exageración del misterio y del sigilo es grave defecto cuando traspone los límites de la prudencia.

Aparte de las Escrituras canónicas, hay una enorme literatura de Puranas e Itihasas muy semejantes a los de los hindúes. Se dice, y no lo aseguro, que aventajan en orden a las versiones hinduistas; pero no cabe duda que muchos relatos difieren y, por lo tanto, sería muy útil tarea comparar ambos textos, apuntar las diferencias y establecer las razones que movieron a ellas.

Bastante hemos dicho sobre lo que pudiéramos calificar de literatura especial. Encontramos después gran copia de libros que, aunque procedentes de la confesión jainista son comunes a toda la India.

Hay gramáticas, diccionarios, tratados de retórica y medicina en abundantísimo número que van de mano en mano por las diversas comarcas del país. Por ejemplo, el conocido libro titulado *Amarakosha* es una obra jaina que los estudiantes de sánscrito aprenden de cabecera a pie.

Dije que los jainos llegaron a la India meridional y atravesaron toda la parte Sur de la Península; y así vemos que dan reyes a Madura, Trichinópolis y otras ciudades de aquellas comarcas. Igualmente advertimos que son los fundadores de la literatura tamil cuya gramática, que en opinión de los inteligentes no tiene par, es de autor jaino, como asimismo el Naladiyar y la gramática popular de Pavanandi. El Kural, del famoso poeta Tiruvalluvar, que según creo, conocen todos los meridionales, abunda en expresiones jainas, habla

de los arhates y emplea los términos propios del jainismo, por lo que fundadamente se le supone esta procedencia.

Otro tanto podemos decir de la literatura Canara que durante los doce primeros siglos de la era cristiana estuvo influida por los jainos, muy preponderantes en aquel largo período.

A la sazón sobrevino en la India meridional un gran movimiento que indujo a los shivas o discípulos de Mahadeva a predicar por todo el país aquel hondísimo sentimiento del corazón humano, llamado *bhakti*, que los jainos no tuvieron en cuenta. Recorrían los shivas el país cantando las alabanzas de Mahadeva y curando enfermos en su nombre. Muchos jainos se convirtieron al hinduismo en vista de curas tan milagrosas y de los devotos impulsos con que los cánticos y la predicación de los shivas movieron su ánimo. Los no convertidos se dispersaron hasta el punto de que pudo tenérseles por desaparecidos de la India meridional.

Sin embargo, subsistieron en la provincia de Rajaputana con tal profundo respeto, que el magnánimo emperador musulmán Akbar prohibió por edicto que nadie matara animal ninguno en los alrededores de los templos jainos.

Añadamos ahora que los jainos están divididos en dos grandes sectas: los *digambaras* (conocidos ya en el siglo IV antes de J. C. y mencionados en un edicto del rey Ashoka) y los *esvetambaras* que parecen algo más modernos. El número de estos últimos es hoy muchísimo mayor, pero se dice que los *digambaras* aventajan a sus émulos en cuanto a bibliotecas y documentos literarios.

Pasemos del aspecto histórico al filosófico, y examinemos la doctrina jainista. Admiten dos principios increados y eternos, raíz y origen de todo cuanto existe: *Jiva* y *Dravya*.

Jiva o Atma es la conciencia pura, el conocimiento, el Conocedor. Cuando Jiva se sobrepone a Avidya (ignorancia), conoce que por su propia naturaleza es la pura conciencia y se manifiesta como el Conocedor de cuanto existe. Dravya, o la substancia, es lo cognoscible en oposición a Jiva el Conocedor; pero Dravya es inseparable de guna, o sea la cualidad, y de *paryaya* o modalidad. Aunque todas estas ideas

nos sean familiares, hemos de considerarlas una tras otra.

“La substancia es el substrato de las cualidades que a su vez son inherentes a una substancia; pero la característica del desenvolvimiento de las cosas es que las cualidades no sean inherentes a ninguna substancia. Las seis categorías de substancia son: dharma, a dharma, espacio, tiempo, materia y alma, que en conjunto constituyen este mundo, según enseñaron los edjinas, poseedores de la óptima ciencia” –

(Uttaradhayayana 28:6-7 -traducción del prácrito por Hermann Jacobi)

He aquí el fundamento de cuanto existe o sea del Samsara: el conocedor y el objeto de conocimiento, Jiva y Dravya, con sus cualidades y modalidades. Esto lo es todo. De estos principios dimanar numerosas deducciones en cuyo pormenor no nos consiente entrar el tiempo, si bien puedo indicaros la inferida de un Gatha de Kundacharya que os pondrá de manifiesto una modalidad mental muy frecuente entre los hindúes. Dicen que de toda cosa se puede afirmar que es, que no es, y que es y no es. Pone por caso un objeto tan vulgar como el jarro doméstico. Si pensamos en el jarro antes de fabricarlo y lo concebimos como modalidad (pariyaya) de la substancia, diremos que no es (syam nasti).

Si lo concebimos como substancia (dravya) existe siempre, es eterno y decimos que es (syad asti). Pero también podemos representárnoslo a la vez como substancia y forma y decir que es y no es (syad asti nasti)

– (Informe sobre la investigación de manuscritos sánscritos, por el Dr. Bhandarkar, pág. 95)

Este modo de razonar nos es muy familiar y centenares de ejemplos hay de este concepto del universo visible, que tal vez fatigue al hombre vulgar, pero que es necesario e instructivo para el metafísico y el filósofo.

Veamos ahora cómo se efectúa el desenvolvimiento del Jiva. Afirman los jainos que el Jiva evoluciona por la reencarnación y el karma, que también nos son ideas familiares.

“El Universo está poblado de diversas criaturas existentes en el samsara, nacidas de familias y castas distintas, por haber cometido varias acciones, y según sean éstas así van unas veces al mundo de los dioses, otras veces al infierno y algunas

veces se convierten en asuras. Así es que no repugnan el samsara los seres vivientes que sin cesar nacen y renacen por culpa de sus malas acciones” – (Uttaradhayayana 3:2-5)

También enseña el jainismo en coincidencia con el Bhagavad Gita que a la criatura humana la precipitan sus malas acciones; que por la mezcla del bien con mal renace en cuerpo humano; y que por la purificación se convierte en deva. Según los jainos, el Jiva empieza a desatarse de las ligaduras de la acción después de innumerables renacimientos y experiencias. Dicen que hay tres joyas (semejantes a los tres *ratnas* de los budistas), conviene a saber: la verdadera ciencia, la verdadera fe y la verdadera conducta. Los ascetas añaden a estas tres joyas “el verdadero camino”, esto es, el camino que conduce a la liberación final. – (Uttaradhayayana 28:1-2). Por la verdadera ciencia, la verdadera fe y la verdadera conducta evoluciona el Jiva añadiendo en la última etapa las austeridades que por fin le libran del yugo de los renacimientos. La verdadera ciencia es, según los jainos, lo mismo que acabo de decir respecto del Samasara, con más la diferencia entre Jiva y Dravya y las seis categorías de substancia: dharma, adharma, espacio, tiempo, materia y alma. Es preciso conocer también las nueve verdades: Jiva (espíritu) Iajiva (cosas inanimadas) Bandlia (ligadura kármica del alma) Punya (mérito) Papa (demérito) Asvara (propensión o lubricidad al pecado) Samvara (posibilidad de vencer el asrava por medio de la vigilancia) Extinción del Karma y Liberación final. He aquí las cuatro verdades. – (Uttaradhayayana 14)

La verdadera conducta (*Saraga*), unida al deseo, lleva al Svarga (Devakán); y sin deseo, convierte en deva o bien impele hacia la soberanía de los devas, de los asuras y de los hombres; pero en manera alguna a la liberación final. Si observamos el progreso de Jiva, le veremos rechazando la ilusión (*moha*), el deseo (*raga*), el odio (*dvesha*) y por consiguiente sus opuestos, pues no es posible rechazar unos sin otros. Finalmente, Jiva se purifica de todo mal, se perfecciona y llega a ser omnisciente, omnipotente y omnipresente; es decir, que se convierte en pura conciencia, como espejo en que se refleja el universo y “con facultades sensorias aunque desprovisto de sentidos”. Entonces es pura conciencia, el Conocedor, el Supremo.

Tales son sucintamente expuestas, las ideas filosóficas de los jainos, que sin escrúpulo puede admitir todo hinduista, pues no varían los conceptos, sino las formas de expresión.

Detengámonos algo más en la verdadera conducta por el interés que despiertan en este punto las prácticas jainistas, pues muchas de sus reglas de conducta son de suma prudencia en lo relativo a la vida seglar. Se clasifican los jainos en dos grandes grupos: laicos o *shravakas* y ascetas o yatis, con reglas de conducta cuya diferencia estriba en que los yatis viven según el más perfecto estado a que los *shravakas* se preparan para alcanzarlo en existencias futuras. Los laicos están, sin embargo, sujetos hasta cierto punto a los mismos votos de los yatis.

Ahimsa (inocencia)

Sunriti (sinceridad)

Astaya (probidad)

Brahmacharya (castidad)

Aparigraha (abnegación)

Por ejemplo, el voto de brahmacharya o de castidad, exige del yati el celibato absoluto, pero al laico sólo le obliga a la templanza y castidad propias de un *grihastha* (hombre de bien). Así podemos decir que los cinco votos son absolutos en el asceta y relativos en el seglar, y regulan la vida del jaino hasta el punto de que, por lo concerniente a la inocencia, o sea el respeto de los seres vivientes, parece tocar los extremos del rigor lindantes con el absurdo, pues consideran la vida de un insecto tan apreciable como la de un ser humano. Pero bien pueden perdonarse estas exageraciones del jainismo en consideración a los crueles excesos que toleran otras religiones. Los occidentales tal vez se rían de que el yati tenga constantemente un lienzo aplicado a la boca para no aspirar cosa viva y de que beba siempre agua hervida (esto revela falta de lógica, porque precisamente la ebullición mata los microbios, que continuarían viviendo en el agua sin hervir, aun después de bebida) y filtrada; pero la risa a que esto mueva estará compensada por la ternura y amor de su motivo. Escuchad las palabras de un edjina, que ¡ojalá! sirviesen de regla de conducta a los

hombres:

“El venerable Uno ha dicho... Tal como es mi dolor cuando me hieren y golpean con puño, palo o piedra, cuando me torturan y queman y me matan, o aunque sólo me arranquen un cabello, así es el dolor que siente todo ser vivo cuando le dañan como a mí. Por esta razón no debemos maltratar ni golpear, herir o matar a los seres vivos de cualquier especie. Y en verdad os digo, que los arhates y bhagavadas del pasado, del presente y del porvenir, declararon, declaran y declararán la misma cosa, diciendo: No maltratéis, ni cacéis, ni torturéis, ni matéis a ningún ser viviente. Los hombres sabios que conocen todas las cosas enseñaron esta ley constante y perpetua, eterna y verdadera” – (Uttaradhyayana Libro 2 1:48-49)

Si todos siguiéramos esta regla, ¡cuán diferente fuera la India! Ya no más apaleo ni maltrato de animales; ya no más criaturas en lucha y sufrimiento. Por mi parte miro con simpatía las exageraciones del jainismo, porque se fundan en la nobleza y en la compasión, y desearía que este sentimiento de amor, exento de exageraciones, llenara los corazones hindúes, cualquiera que fuese su religión.

Vemos, además, la rigurosa prohibición de las bebidas alcohólicas y drogas estimulantes, como el tabaco, opio y hatchis, incluso la miel y la manteca, a causa de su procedencia animal.

En cuanto a la vida cotidiana de los laicos, está regulada minuciosamente.

“Debe levantarse muy temprano y recitar en voz baja los mantras llevando la cuenta con los dedos. Después debe preguntarse: ¿quién soy, quién es mi Ishtadeva, quién es mi Gurudeva, cuál es mi religión, qué debo hacer y qué no debo hacer?”

Así ha de empezar diariamente su vida por un cuidadoso examen de conciencia. Luego ha de pensar el laico en los Tirthamkaras y hacer ciertos votos peculiares del jainismo y muy dignos de alabanza por el provecho que allegan en la vida práctica. Se relacionan con objetos que aparentemente no tienen importancia, como, por ejemplo, el voto de sentarse tantas veces y no más durante el día, o bien abstenerse en

toda una semana de tal o cual legumbre, o también guardar una hora diaria de silencio durante un mes. El objeto de semejantes votos, según declaración de un jaino, es que el hombre mantenga sin cesar la conciencia de sí mismo y nunca pierda el dominio sobre su cuerpo. Desde niños aprenden los jainos a cumplir esta clase de votos, cuyo resultado es contener la ligereza, refrenar el atolondramiento y corregir la imprudencia, que constituye una de las mayores plagas de la vida humana. El niño así educado es prudente y siempre piensa antes de hablar u obrar. Su cuerpo está acostumbrado a posponerse y no a anteponerse al espíritu como sucede con frecuencia. ¡Cuántas veces decimos!: “Si lo hubiera pensado no hubiese hecho tal cosa. Si hubiera reflexionado, no hubiese procedido de aquel modo. De meditar un instante, no dijera tales palabras ofensivas ni cometido tales acciones feas.” Pues bien; si desde niños nos acostumbramos a pensar lo que hemos de decir y a no hacer nada sin también pensarlo de antemano, veremos cómo dócilmente aprenderá el cuerpo a obedecer al espíritu hasta disipar sin esfuerzo ni lucha el atolondramiento y la ligereza. No hay necesidad de advertir que los votos del asceta son mucho más severos que los del laico. El ayuno es rigurosísimo y está cuidadosamente reglamentado en los libros disciplinarios. Así resulta que por lo general son los laicos de carácter tranquilo, digno, reservado y dueños de sí mismos.

Nota: Estos detalles están tomados del Jaina tattvadarsha, de Muni Almaraneji, y para mí los tradujo del prácrito mi amigo Govinda Dasa.

Entre los yatis o ascetas jainos de la secta de los esvetambaras se cuentan indistintamente hombres y mujeres sujetos a la misma estrechez de vida; pero los digambaras no admiten en las prácticas ascéticas al sexo femenino, porque tienen de la mujer un concepto poco lisonjero. Los ascetas renuncian a sus bienes y viven de limosnas, pero no pueden renunciar al cuerpo, sin él no les fuera posible alcanzar la liberación; ni al gurú, o maestro, sin cuyas enseñanzas no les fuera posible recorrer el sendero, tan angosto como filo de navaja barbera; ni a la disciplina, cuyos efectos facilitan el progreso; ni al estudio de los sutras, que también son necesarios a la evolución del hombre. Excepto el cuerpo, el gurú, la disciplina y el estudio, nada hay que el asceta pueda tener por suyo. Dice un maestro al tratar de los

deberes del asceta:

“No hable sin que se le pregunte, y al responder diga siempre verdad. No dé rienda suelta a la cólera, y muéstrese indiferente a los sucesos prósperos o adversos. Subyugue el yo, porque el yo es difícil de subyugar, y si subyuga el yo será feliz en este mundo y en el otro” – (Uttaradhyayana 2:14-15)

Las mujeres ascetas están obligadas además a visitar los hogares jainos con encargo de que las mujeres laicas de todo estado y condición familiar reciban la debida educación. Este punto es de grandísima importancia para los jainos, y me parece que podría servir de ejemplo a los hinduistas a fin de educar a sus esposas e hijas por medio de los ascetas de su propia confesión, sin detrimento de la fe religiosa y sin necesidad de sufrir ajenas intrusiones. No hay profesión más noble que la de la enseñanza, y esta mejora sería en extremo ventajosa para el hinduismo.

¿Cuál ha de ser la muerte del asceta? Dejarse morir de hambre. Sin esperar a que le toque la muerte, cuando advierta que ya no puede progresar en su actual cuerpo, debe desembarazarse de él privándole del sustento.

He aquí sucinta e imparcialmente resumida una religión noble y grande que en rigor coincide con los principales puntos del hinduismo, de modo que en la India septentrional los vaishyas jainos se relacionan socialmente y conciertan matrimonios con los vaishyas hinduistas, no considerándose de distinta religión. Así mismo, en el internado de los colegios hinduistas, hay alumnos jainos que conviven con sus condiscípulos y cooperan de esta suerte a dilatar más y más los dominios del amor y de la fraternidad.

Ayer os hablé de nacionalidades por constituir y hoy os he recordado que la nación hindúa ha de constituirse con hombres de diversas religiones. Ninguna dificultad opondrán a ello los jainos si se exceptúan los mojigatos intransigentes cuyo número irá disminuyendo hasta extinguirse ante la creciente influencia de los hombres verdaderamente religiosos y sagaces. Todos, en el seno de nuestra propia religión, hemos de enseñar el amor, no el odio; hemos de

insistir en los puntos que nos unen y no en los que nos separan. Que ninguno de nosotros pronuncie en su vida diaria palabras ofensivas contra cualquiera religión; antes al contrario, que tenga palabras de amor para todas. Porque, al proceder así, no sólo serviremos a Dios, sino también al hombre. No sólo a la religión, sino a la patria hindúa, pues todos sois hindúes, todos sois hijos de la India y todos habréis de formar parte de la futura nación índica. Esforcémonos, por lo tanto, hermanos míos, en contribuir con todas nuestras fuerzas a la construcción del edificio, aunque no sea más que acarreando una modesta piedrecita de amor al grandioso monumento de fraternidad. Que ninguno de quienes ostentan el nombre de teósofos, de devotos de la Sabiduría Divina, pronuncie palabra alguna contra cualquier religión dada por Dios a los hombres; pues si todas proceden de Dios y todas han de volver a Dios, ¿por qué hemos de pelearnos en el camino?

Sikismo

Al tratar del sikismo nos encontramos en frente de lo que pudiéramos llamar un doble movimiento, porque esta secta, que en su origen fue esencialmente religiosa, se vio impelida por las circunstancias a organizarse militarmente. Los sikios evocan el recuerdo de esforzados guerreros y valerosos combatientes; pero nos equivocariamos si al estudiar las religiones los considerásemos principal o únicamente como soldados. La mudanza se efectuó por influjo de las circunstancias y del ambiente; pero el movimiento en sí, en su carácter duradero, fue esencialmente religioso. Surgió el sikismo del seno del hinduismo, a la voz de su fundador el gran maestro Nanak, con el intento de unir a los hinduistas y musulmanes en un común lazo de amor a Dios y al prójimo. El pensamiento del maestro Nanak, tal como resulta de sus palabras y sobre todo de su vida, era enfocar los dos elementos hostiles del pueblo hindú en un centro que ambos pudiesen aceptar. Este centro es el amor a Dios, la devoción, el *bhakti* hacia Dios y hacia el Maestro, pues el nombre de *sikh* que llevan los fieles de esta religión, se deriva de la palabra *shishya* (discípulo), y el amor a Dios y al Maestro es raíz y base del sikismo. Por lo tanto, debemos considerarlo en su origen como un movimiento de devoción. La filosofía es la misma de los hinduistas, pero su espíritu religioso es eminentemente reformista e indagador de las verdades vivas que encubren los ritos, formulas y ceremonias.

En tiempo del maestro Nanak, como de ello hay casos en la historia, había degenerado en formalista una gran religión, y las gentes andaban faltas de alimento espiritual por comer cascarillas en vez de grano. El maestro Nanak se empeñó en buscar el grano y desechar la cascarilla, mostrando a los hombres la realidad, la vida y esencia de la religión en el amor a Dios, al Maestro y a los hombres, considerados como hijos de un mismo Dios. En esta frase podemos resumir la esencia del sikismo. Luego veremos en la vida del Fundador cómo trató de reunir en su torno los elementos hostiles. Veremos que el maestro Nanak buscó sin cesar al Ser Supremo, y que, habiéndolo

encontrado, enseñó a sus discípulos la manera de encontrarlo también por la devoción. Quisiera que al estudiar el sikismo tuvieseis siempre presente esta idea capital de las doctrinas expuestas en las Escrituras sikias.

Pero antes de hablar de la vida del gran Santo, bosquejemos el establecimiento histórico del sikismo, a fin de comprender cómo un movimiento que entrañaba el bhakti por esencia llegó a identificarse con el más caballeresco espíritu militar. No podré daros los pormenores que vosotros mismos hallaríais en los libros, porque precisamente la dificultad está en que la mayor parte de las gentes conceden demasiada importancia a los pormenores, y pierden de vista las líneas generales del pensamiento, que de por sí facilitan la comprensión del conjunto.

El profesor Huxley deploraba de continuo que los estudiantes de ciencias se olvidasen del bosque al estudiar los árboles, y así sucede efectivamente, porque los hombres suelen extraviarse en un laberinto de pormenores sin adueñarse de los principios unificadores de la historia ni descubrir la dirección principal de los acontecimientos. Por lo tanto, me limitaré a trazar las líneas generales del sikismo, de suerte que comprendáis cómo llegó a ser lo que fue. En no interrumpida serie se sucedieron diez Maestros, el primero de los cuales, Nanak, aventajó a los demás en santidad y pureza. Fue la vida, el corazón y el alma de sus sucesores. Floreció por los años de 1469 a 1539 de J. C. Le siguió el maestro Angad (1539 a 1552), del que sólo cabe decir que reunió buen número de himnos y preceptos de su predecesor, empezando así la recopilación de L'Adi Grantha Saheb o Escrituras sikias. El tercer Maestro se llamaba Amar Das (1552-1574), quien tuvo ocasión de hablar con el emperador musulmán Akbar, en una conferencia sobre asuntos religiosos, lo que prueba el influjo del Maestro Nanak en su intento de conciliar el islamismo con el hinduismo. El cuarto Maestro, Rain Das (1574-1581), mantuvo amistosas relaciones con el liberal y magnánimo Akbar, quien cedió al Maestro un territorio situado en Amritsar, en donde Ram Das mandó abrir el famoso aljibe. Arjunmal, el quinto Maestro, erigió el célebre templo de oro que forma época en la historia del sikismo, pues en él tuvieron los fieles su centro de

reunión. El templo fue primeramente dedicado a Hari Mandir, cuyo nombre encerraba la salvación, según las enseñanzas de Nanak, y después se convirtió en el Darbar Saheb, como residencia propia de los sikios, que empiezan entonces a reunirse alrededor del templo y a constituirse en comunidad definida bajo la presidencia de Arjunmal. Tales fueron los orígenes del estado sikio. La gran obra del Maestro consistió en compilar acabadamente las doctrinas de sus predecesores publicando el Adi Grantha Saheb con el cuerpo del dogma y los himnos sagrados.

A la sazón sobrevino el primer síntoma de la futura lucha. Al emperador Akbar sucedió Jehangir, no tan liberal ni magnánimo como su antecesor. El hijo de Jehangir se rebela contra su padre, y al maestro Arjunmal se le acusa sin razón de simpatizar con el rebelde. Digo sin razón, porque el motivo de acusarle fue la negativa del maestro a conceder la mano de su hija al poderoso valido y primer ministro del emperador, quien a excitación del desairado pretendiente mandó prender a Arjunmal y retenerlo preso hasta la muerte.

A consecuencia del agravio inferido a la comunidad en la persona de su maestro y jefe, emprendieron los sikios el camino por donde habían de llegar a ser poderosa milicia, máxime al empeorar las cosas durante el reinado del fanático emperador Aurangzib sucesor de Jehangir.

El sexto maestro, Har Govinda (1606-1645), empezó a organizar a los sikios para la defensa, reuniéndolos en un cuerpo separado de musulmanes e hinduistas. Muy luego tuvieron ocasión de ejercitarse en escaramuzas y encuentros que acrecentaron en los sikios el espíritu belicoso. El séptimo maestro Har-Rai (1645-1661), fue de carácter pacífico y tranquilo, pero durante su gobierno recrudecieron las luchas y se afirmó más y más el espíritu militar, sobreponiéndose en cierto modo al religioso, del que no obstante continúa dimanando la fuerza de cohesión entre los sikios. El octavo maestro, Har-Rishan (1661-1664), empezó a gobernar a los seis años de edad y murió tres años después, sucediéndole Tegh Bahadur (1664-1675), el noveno maestro, que tras once años de agitado gobierno murió cruelmente asesinado por el emperador Aurangzib. Le siguió su hijo Govinda, décimo y último maestro (1675-1708), que perfeccionó la organización militar

de los sikios disponiéndose a erigir bajo el mando de Raujit Singh el imperio de Pendrjab.

Algo más hemos de decir del décimo maestro. Niño todavía, escapó de la muerte cuando el asesinato de su padre, y durante veinte años vivió oculto, meditando sobre la misión a que se veía destinado y alimentando contra los enemigos de su padre ásperos sentimientos que al fin engendraron el odio a los musulmanes como ineludible deber del hijo, del maestro y de los sikios. La sangre del padre fluye entre el Maestro y el emperador musulmán y ha roto la antigua amistad. Durante veinte años medita Govinda sobre la misión que ha de cumplir como religioso y más todavía como guerrero. Deja al fin su retiro, dispuesto a acometer la grandiosa empresa de separar definitivamente a los sikios de los hombres de cualquiera otra religión y evitar toda mezcla con ellos. Al efecto llama a cinco discípulos de confianza e instituye con ellos la ceremonia del Pahul o iniciación militar y cuyo ceremonial fue el siguiente. Tomó el Maestro un gran cubo de agua y echó dentro una porción de cada uno de los cinco manjares que por mandato suyo había preparado su propia mujer, y después de agitar el agua con un cuchillo de dos filos, roció a los cinco discípulos y les dio a beber la mezcla, proclamándoles entonces khalsa (puros) y ordenándoles que añadiesen a su nombre el epíteto de *singh* (león). Aquellos cinco fueron los primeros discípulos iniciados que llevaron los distintivos especiales del sikio, a saber: el pelo largo que le distingue del hinduista casi siempre rasurado; el peine; el cuchillo de dos filos; el brazalete de acero; y pantalones de faldellín hasta las rodillas. A estos cinco distintivos les llaman los sikios las cinco kas porque el nombre de todos ellos empieza por la letra k en la lengua del país.



Tal es la ceremonia de iniciación instituida por el Maestro, quien declaró además que dondequiera se reuniesen cinco sikios allí estaría presente el espíritu y con él la potestad de conferir la iniciación.

Bajo las banderas de Govinda, jefe a la vez militar y religioso de los sikios, se agruparon los guerreros en poderoso ejército que emprendió la lucha con admirable valor y denuedo semejante al mostrado por los musulmanes después de la muerte del Profeta. Al principio les llevó su entusiasmo a la victoria; pero al cabo de numerosos combates cejaron en el esfuerzo, abrumados por el número, pues eran pocos para resistir a los miles de miles de enemigos que les opone el poderoso imperio musulmán del Norte. Sin embargo, no les amilanan las derrotas ni pierden la esperanza en el triunfo ni la confianza en su Maestro que por doquiera está con ellos afrontando impávido los reveses, basta que en extremado esfuerzo se rehace, da en rostro al enemigo y le vence y dispersa en la famosa batalla de la Fuente de Salvación.

Cuidadoso entonces el Maestro de mantener levantado el ánimo de sus discípulos, publicó el último libro canónico de los sikios titulado “Libro del décimo rey”, como complemento del *Adi Grantha Saheb*.

Llegamos al término de la vida del Maestro. Un *pathan* le armó disputa por una fruslería mercantil, y como atentara contra su vida, le mató el Maestro en legítima defensa. Se quejaron contra él los hijos del muerto, y el matador, recordando el asesinato de su propio padre, lamenta la orfandad en que los ha dejado, y los pone al servicio de su casa tratándoles con toda confianza; hasta que sabedor de su última hora, llama a uno de los huérfanos, y con tanta viveza le representa el deber de vengar la muerte de su padre, que le incita a herirle mortalmente. Para salvar al vengador de la cólera de sus discípulos, dispone el Maestro antes de expirar que no se le haga daño alguno, porque ha vengado la muerte de su padre. Por último, ordena a los discípulos que cumplan las Escrituras y se mantengan fieles a los *khalsas*.

Fue Govinda el último Maestro. A su muerte gobernaron los *Khalsas*, cuyo poder residió ejecutivamente en el consejo formado por sus jefes, los maestros Mata, bajo la suprema autoridad del *Adi Grantha Saheb*, complementado por el Libro del décimo rey, que establecía la igualdad y fraternidad entre todos los sikios sin distinción de castas.

Empieza entonces una continuada y brillante serie de campañas militares, coronadas por las espléndidas victorias de Raujit Singh, el León de Pendjab (1797), fundador del fugaz imperio sikio. Murió Raujit en 1839, y con su muerte se inicia la decadencia apresurada por la traición y el engaño de que fueron víctimas los valerosos guerreros que luchaban desesperadamente contra múltiples enemigos. Es la siempre repetida historia de la India: la historia del hermano que vende al hermano, del amigo que traiciona al amigo, del hindú que entrega al hindú. Nada más heroico, nada más patético, que el espectáculo de aquellos valientes en lucha contra fuerzas abrumadoras, sin que su heroísmo les valiese para impedir la caída del imperio al empuje irresistible de las tropas inglesas, bajo cuyo dominio queda por fin el Pendjab el año 1849. Tal es la historia del

sikismo.

Examinemos ahora la vida y doctrina del maestro Nanak cuya sublime santidad y dulzura determinaron la poderosa fuerza de atracción, la admirable heroicidad y el espléndido vigor del sikismo.

Desde su infancia mostró Nanak los signos peculiares de los profetas de Dios, que le distinguían de sus compañeros. No está esmaltada la historia de su niñez con gran copia de acontecimientos, pero es muy patética y singular, por la circunstancia de haber nacido en el seno de una familia vulgar, como águila en nido de gorriones. Pero los gorriones no comprendían al águila ni eran capaces de colegir el carácter de aquella tranquila, reservada y silenciosa criatura que se complacía en retirarse a meditar mientras los otros niños jugaban. No aprendía las cosas como suelen aprenderlas los niños, ni se divertía como los demás se divierten, sino que ansioso de conocer el sentido místico de los textos, apuraba la paciencia del Pandit con preguntas a que el pobre hombre no sabía qué responder. El niño se ve en continua oposición con cuanto le rodea, porque no le satisface el aspecto exterior de las cosas y a toda costa quiere saber lo que hay en ellas; pero nada más ingrato para las gentes vulgares que se les pregunte sobre la esencia de las cosas cuando están recitando tranquilamente fórmulas al calor de la almohada. El padre de Nanak temió por la razón del niño al verle sentado durante muchas horas sin tomar alimento y en actitud meditabunda. Llamaron al médico y el niño le preguntó si podía curar las enfermedades del alma. ¿Qué niño recibe al médico de tan singular manera? Ya mayorcito, llega la hora de ponerle el cordón sagrado, y no puedo por menos de referir lo sucedido en la ceremonia, porque revela plenamente el carácter del futuro Maestro.

Nota: Estas citas están tomadas de las traducciones que los amigos sikios extractaron en mi obsequio de sus propios libros sagrados, con el deseo de que pudieran servirme de base de estudio.

“Cuando todo estuvo a punto y el Purohit (el sacerdote de la familia) iba a ponerle el cordón, se volvió Nanak hacia él y exclamó: Dime, Pandijti, ¿para qué sirve este cordón? ¿qué creo en un solo Dios, el tuyo y el mío han de ser uno mismo. Así, pues, si eres fervoroso

creyente, vente conmigo a la mezquita y oraremos juntos.

-Estoy dispuesto, -respondió Nanak.

El cuñado del joven quedó asombrado al enterarse del caso, creyendo que había abrazado el islamismo.

Era viernes aquel día, y al llegar la hora de la oración, se encaminaron amo y criado a la mezquita. Cuando el Kari (sacerdote musulmán) empezó las oraciones, el nabab y su séquito se prosternaron, según prescribe el rito mahometano, pero Nanak permaneció de pie inmóvil y silencioso. Terminada la plegaria, el nabab se encaró con el joven y le preguntó indignado.

¿Por qué no has cumplido las ceremonias de ley? Eres embustero y farsante. No debías haber venido aquí para quedarte como un poste.

Nanak replicó:

Os prosternasteis rostro en suelo mientras que vuestra mente vagaba por las nubes, porque estabais pensado en traer caballos de Candar y no en recitar la plegaria. En cuanto al sacerdote, practicaba automáticamente las ceremonias de la prosternación, al paso que ponía su pensamiento en salvar la borrica que parió días pasados. ¿Cómo iba yo a orar con gentes que se arrodillan por rutina y repiten las palabras como una cotorra?

Confesó el nabab que en efecto había estado pensando durante toda la ceremonia en la proyectada compra de caballos. Por lo que toca al Kari, manifestó abiertamente su disgusto y apremió con muchas preguntas al joven.” – (vida del Gurú Nanak)

En este episodio vemos el espíritu obstinado en buscar la realidad.

“Entonces comienza su peregrinación, acompañado del cantor Mardana y de su primer discípulo Bala. Llegados a una aldea, sintieron necesidad de reponer las fuerzas, y un carpintero, de nombre Lalu, hombre austero y puro, acoge benévolamente al peregrinante samasín, le da de comer y le cede su propia cama. Nanak satisface la necesidad del cuerpo. Al día siguiente, Rai Bhag, un ricachón de la ciudad, le convida a una magnífica fiesta que da en honor de los brahmanes. Nanak asiste, pero rehúsa sentarse a la

mesa.

El anfitrión le pregunta:

¿Por qué no honras mis manjares?

Nanak responde:

-Porque no están puros, pues los habéis dispuesto para vuestra propia satisfacción. Es un don tamásico, y, por consiguiente, es sin duda impuro.

Rai Bhag replicó desdeñosamente:

¿De impuros tildáis mis manjares y os parecen puros los de ese Lалу que es de casta inferior? Cómo así?

Nanak repuso:

-Tratáis a los invitados con desatención y menosprecio, lo que demuestra vuestro tamásico propósito. Yo acepté los manjares de Lалу porque los había preparado con amor y me los sirvió con respeto y sin intento de remuneración. Podéis aprender del humilde Lалу. Vuestros manjares manan sangre.

-¿Qué pruebas tenéis de que mis manjares son impuros? -preguntó Rai Bhag, encolerizado.

Por toda respuesta, tomó Nanak en una mano el manjar de Rai Bhag y en la otra el de Lалу. Del de Rai Bhag cayeron gotas de sangre al estrujarle y el de Lалу dejó caer gotas de leche.” – (vida del Gurú Nanak)

He aquí cómo enseñaba el maestro Nanak, apoyando sus lecciones en la realidad y dejando al descubierto las apariencias. ¿Era hinduista? ¿Era musulmán? Ni uno ni otro, porque sobreponiéndose a las distinciones de la fe externa, amaba por igual a todos los hombres y no se arrogaba calificativo alguno. Después de su muerte, ocurrida a los 72 años de noble vida empleada en el apostolado, sus discípulos se querellaron sobre si debían incinerar el cadáver, según el rito hinduista, o enterrarlo, según costumbre musulmana, pues andaban desacordes respecto a la religión que en vida había profesado el Maestro. Mientras debatían el caso, acertó uno de ellos a levantar el sudario, viendo con la natural sorpresa que había desaparecido el

cadáver. Así no fue incinerado ni enterrado.

Tal era el espíritu del gran Maestro; tal el móvil de su vida, de su conducta y de los preceptos que dejó a sus discípulos. Todo ello nos muestra la profunda devoción de Nanak hacia el Ser Supremo, el amor a Dios que los hombres mundanos tildan de locura, el fervoroso apasionamiento que en todo tiempo experimentaron los santos de todas las religiones. En filosofía era Nanak hinduista, pero con peculiar carácter de hondísimo amor desinteresado (*bhakti*) y aversión a las formas aparentes.

Examinemos su doctrina que conservaron íntegra sus sucesores. Veamos cómo enseñaba y cuál era el espíritu de sus enseñanzas. Al efecto nos apoyamos en gran número de extractos de *Adi Grantha Saheb*, cuya traducción encargué con el propósito de exponeros exactamente la naturaleza de la doctrina sikhia.

Nota: La mayor parte de estas traducciones se deben a los sirdares Umrao Singh y Harbans Singh, quienes escogieron los pasajes más significativos. La comprobación de las citas puede efectuarse por el siguiente índice del contenido de *Adi Grantha Saheb*, entresacado de la historia de los sikhios, por Cunningham. — (2.^a edición) págs. 368-371.

Las divisiones de *Adi Grantha Saheb*, son: Japji o Mantra Gurú, por Gurú Nanak. Sodur Reith Ras con adiciones. Kirit Sohila con adiciones.

Y los 33 versículos siguientes:

Shri Raga	Todi	Kedara
Majh	Bairari	Bhairo
Gauri	Teilang	Basant
Assa	Sodhi	Sarang
Gujri	Bilawal	Mular
Deva Gandhari	Gand	Kanra
Bihagra	Ram Kali	Kalyan
Wad Hans	Nat Narayan	Parbhati
Sorath	Mati Gaura	Jai Jaiwanti
Dhanasri	Maru	Bhog
Jeit Siri	Tokkari	Bhogka Barú

Dice acerca del Ser Supremo:

“Tú eres yo; yo soy Tú. ¿Cuál es la diferencia? El Uno está en todo y el Todo contiene al Uno. Él es Uno y muchos. No muere ni perece. No viene ni se va. Nanák dice que perpetuamente está contenido en todo.”

Es el mismo lenguaje de los Upanishadas en términos más vulgares; el profundo pensamiento de la filosofía hinduista adaptado a la comprensión popular.

“Un Omkara, verdadero nombre, autor, espíritu, sin temor, incapaz de querer el mal, formado fuera del tiempo. No ha salido de seno alguno, existe por isí mismo, es bendición suprema. Verdadero de siempre, verdadero desde antes de las edades (yugas), verdadero en el presente y verdadero en el porvenir ioh Nanak!” – (Japa)

“Carece de signo y nadie puede contrariarle. Es incognoscible, inaccesible a los sentidos. No le alteran ni el tiempo ni la acción. Su esencia no tuvo principio. No salió de seno alguno; existe por sí mismo; es incondicional; no desfallece, ¡Ojalá pudiera yo sacrificarme en aras de la Pura Verdad! No tiene forma ni color, ni contorno. Debe llamársele Verdad. No tiene madre, ni padre, ni hijo, ni pariente, ni deseo; ni mujer, ni familia. No está embebido en Maya. Nadie le sobrepuja. Está más alto que el más alto. Es luz de todo. Brahm está oculto en todos los bajeles (corazones) y su luz arde toda entera en cada vehículo (cuerpo). Las enseñanzas del Gurú han entreabierto las diamantinas puertas y la mirada se ha fijado en ellas serena, firme y sin temor. Creó los seres y sobre ellos puso el tiempo (la muerte) y en su mano tomó el gobierno de todo lo organizado. Quien sirve al Gurú encuentra la verdadera fortuna. Quien obra según su palabra alcanza la verdadera libertad. La verdad sólo puede estar en un receptáculo (corazón) puro. Pocos son los de conducta pura. Toda esencia se funde en la suprema esencia. ¡Oh Nanak!, acógeme.” – (Sorath 1)

“Glorifico a Omkara el primario Ser que creó estas aguas, esta tierra y ese cielo. Es el espíritu primario, inmanifestado, imperecedero, cuya luz ilumina las catorce moradas; que igualmente reside en la hormiga y en el elefante y que en lo mismo tiene al señor y al mendigo. Es dualidad de la forma; Espíritu sin estigma; conocedor instantáneo; regulador interno de todo corazón.” – (Guru)

“Del que a un tiempo es la Forma y carece de forma; del que carece de cualidades y tiene las cualidades; de Uno sólo hablamos ¡oh Nanak! Es Uno y siempre es vario.” – (Gurú 5 Bavanakhtri)

“El Parabrahman, el Supremo Señor, no se encarna en seno

alguno. Con tu palabra creaste la Creación y después de crearla la penetras. Si no es posible entrever tu forma, ¿cómo meditaré sobre ti? En, todo actúas y en todo se manifiesta tu poder. Tu amor colma inagotables tesoros. Estas joyas (las virtudes de que dimana la paz) no tienen precio.” – (Gurú 5 Var-Manu)

“Tú cumpliste innumerables avatares de Vishnu. Innumerables brahmandas son residencia de tu ley. Creas y absorbes innumerables Maheshvaras. Empleaste innumerables Brahmas en modelar los mundos. Tal es la riqueza de mi Señor, cuyas cualidades no puedo enumerar porque las encubren incontables ilusiones. Moras en innumerables corazones. Innumerables son los devotos que abraza tus miembros (simbolizados en el culto divino). Innumerables devotos moran con Hari. Innumerables los reyes que te tributan homenaje. Innumerables los Indras que se cobijan en tus pórticos. Innumerables cielos refulgen en tu mirada. Innumerables son tus nombres valiosísimos cuyos innumerables ecos resuenan en las lejanías. Innumerables las maravillosas proezas de sus torneos. Innumerables los Shaktis y los Shivas que obedecen a tu voluntad. Innumerables los seres que alimentas y cuyos pies encierran innumerables tirthas (lugares sagrados). Innumerables labios puros repiten tu precioso nombre. Innumerables adoradores te tributan homenaje. Infinita es tu expansión. No hay otro Ser cuyos gloriosos títulos puros e inmaculados sean innumerables, cuyas alabanzas canten innumerables Brahma-Rishis ni que en un instante cree y absorba innumerables universos. Nadie puede enumerar tus cualidades, Innumerables sabios confiesan tu ciencia. Innumerables pensadores meditan sobre tu naturaleza. Innumerables ascetas cumplen austeridades. Innumerables muñís (santos) permanecen sentados en silencio. ¡Señor inmanifestado! ¡Invisible Señor! Tú llenas los corazones y los regulas en su intimidad. Doquiera esparzo mi vista, allí

moras, ioh Gurú!” – (Gurú 5 Bharon)

“El que no tiene disco, ni marca ni clase ni casta ni subcasta. De quien nadie puede decir que tiene forma ni color ni contorno ni vestidura. La inmutable forma que brilla a través de anubhava (recepción directa de la íntima conciencia espiritual). Al que podemos llamar hidra de innumerables hidras y rey de reyes. Los tres mundos, los señores de la tierra, los dioses, los hombres, los demonios y la yerba de los bosques repiten: Neti neti (expresión demostrativa de lo ilusorio de las formas). ¿Quién podrá enumerar tus nombres? Los sabios confiesan tan sólo el nombre de tus funciones.” – (Gurú 10 Japa)

“¡Oh, amigos míos! De todo cuanto os he dicho en diversos modos, no hay otro Dios que Él. Mora en todos los continentes y en todas las islas (dvipas) llena todos los mundos.” – (Gurú 5 Devagandhari)

“El Veda no conoce su grandeza. Brahma no comprende su misterio. Los avataras ignoran sus límites. El Supremo Señor, Parabrahman, es infinito.” – (Gurú 5 Ramkali)

“Todos los seres creados están sujetos a error. Sólo el Creador es infalible.” – (Gurú 1 Shri Rag)

Los hinduistas ofrecen en sacrificio desde la luz a las cosas más ínfimas en aras de la imagen del Dios adorado. El maestro Nanak se declaró en contra del culto de las imágenes, y en sus himnos ofreció el Universo entero en homenaje a Brahma el supremo Dios.

“El espacio es tu pedestal. El Sol y la Luna tus lámparas. El ejército de estrellas tus perlas, ioh Padre! La odorífica brisa de los Himalayas es tu incienso. El viento te orea. El reino vegetal te tributa flores, ioh Luz! Para ti los himnos de alabanza, ioh destructor del miedo! El anatal shabdha (sonido virgen) resuena como tus tambores. No tienes

ojos y a millares los tienes. No tienes forma y a millares las tienes. No tienes pies y a millares los tienes. No tienes nariz y a millares las tienes. Esta tu maravillosa obra nos enajena. Tu Luz, ¡oh Gloria! está en todas las cosas. De todos los seres irradia la luz de tu Luz. De las enseñanzas del Maestro irradia esta Luz. Es un arati.”

Tal es la doctrina impregnada de purísimo espíritu de devoción que más allá de todas las formas entrevé el Uno sin forma. De tarde en tarde late un corazón muchísimo más enamorado del ideal del Uno, que no se satisface con ninguna de las formas en que el Uno se manifiesta. El maestro Nanak no repudia las formas en que aparece el Ser Supremo; pero de acuerdo con la opinión de los Upanishadas, cree que sólo hay un Brahma, superior a todas las cosas, de quien los dioses son manifestaciones parciales y, aun en sus más elevadas formas, reflejo de la absoluta Belleza.

Respecto de la creación, enseña el sikhismo la más pura doctrina de los Vedas, es decir, que la creación es Maya, y que el poder de Ishvara y de Maya engendran todas las cosas. – (Gurú 1 Japa)

“Las formas dimanan de la voluntad. Una madre (maya) unida a Dios concibe tres hijos (discípulos). Uno de ellos engendra a Samsara; el otro produce y el tercero disuelve. El los dirige a voluntad y los vigila sin ser vistos. Grande es la maravilla. ¡Gloria a Él! Al primordial, sin mancha, sin principio; al indestructible que perpetuamente lleva la misma vestidura.” – (Gurú 1 Japa)

“Cuando el Creador exhala un suspiro, la creación se reviste de infinidad de cuerpos. A cada inspiración tuya todo cuanto está encarnado vuelve a tí.” – (Gurú 10 Chaupai)

“Por centenares de miles se cuentan los akashas y patalas.”

“Incognocible son los límites de su creación.” – (Gurú 1 Japa)

“Este mundo es la morada del Verídico. El Verídico habita en él.” – (Gurú 2 Asavar)

“Este mundo es el templo de Hari; pero sin el Gurú está en horribles tinieblas. Los que miran el espíritu le adoran.” – (Gurú 3 Prabhati)

“Un Siddha preguntó: ¿Cómo se produjo el mundo y cómo podrá consumirse el dolor? El maestro Nanak respondió: El mundo dimana del egoísmo. Si olvidamos el nombre, sufrimos.” – (Gurú 1 Sadhgosht)

Acerca del concepto de Jiva, enseña el sikhismo que esencialmente es Jiva idéntico al Ser Supremo, y que a través de la reencarnación y por medio del Karma puede Jiva libertarse y comprender que no hay diferencia alguna entre él y el Ser Supremo. El sikhismo admite infinidad de vidas encarnadas, y como el jainismo y el hinduismo, dice: *“Difícil es vencer el nacimiento humano, y por el nacimiento se puede alcanzar la liberación”*

“Jiva no está sujeto a la muerte.” – (Gurú 5 Gauri)

“En el cuerpo está el espíritu, y en el espíritu el Verídico que en el espíritu se absorbe.” – (Gurú 1 Rag. Dhanasari)

“Una misma cosa es lo que existe en el cuerpo y el brahmanda. Quien busca, la encuentra.” – (Pippa Bhakta Dhanasari)

“No se os pregunta por vuestra casta ni por vuestro nacimiento. Informaos en la morada de lo Verdadero. Las obras de un hombre determinan su casta y nacimiento.” – (Gurú 1 Prabhati)

“Al que hace buenas obras se le llama deva en este mundo. A quien comete malas acciones, los hombres le llaman asura.” – (Gurú 10 Vichita Natak)

La doctrina sikhia es muy explícita acerca del Karma.

“Siembra y come tú mismo.” – (Gurú 1 Japaji)

“En el campo de Karma se cosecha lo que se siembra.” – (Gurú 5 Baramah Majh)

“No vituperemos a nadie. Hagamos lo que hagamos, gocemos o suframos, nuestras son las obras y nuestra también la servidumbre. En continuas idas y venidas se despliega la actividad de Maya.” – (Gurú 5)

“A través de muchos nacimientos llegamos a ser insectos y palomillas.

A través de muchos nacimientos llegamos a ser elefantes, peces y ciervos.

A través de muchos nacimientos llegamos a ser pájaros y serpientes.

A través de muchos nacimientos llegamos a ser sometidos al yugo como caballos y bueyes.

¡Busquemos al Señor! Esta es la ocasión más propicia de buscarlo.

Tras largos períodos hemos alcanzado este humano cuerpo.

Durante muchas vidas hemos vagados por montañas.

Durante muchas vidas hemos sido apartados del seno que nos engendró.

Durante muchas vidas existimos como yerba.

Nos fue preciso pasar a través de ochenta y cuatro centenas de miles de senos.

La asociación del bien nos ha permitido alcanzar este nacimiento.

Sírvele, dijo devotamente Hari. Tal es la enseñanza del Maestro.

Si repudia la vanidad, la doblez y el orgullo, y si muere en vida, será aceptado en la presencia.” – (Gurú 5 Guri Rag)

“Así como el hierro recibe golpes en el yunque hasta adquirir nueva forma, así el alma ignorante está condenada a pasar por diversos senos a fin de que pueda encaminarse por la senda de justicia.” – (Gurú 1 Suhi Rag Kafi 4)

He aquí ahora una hermosa descripción del Jivanmukta:

“El que en su espíritu sabe que la voluntad del Señor todo lo ha dispuesto óptimamente, ése puede llamarse en verdad Jivanmukta. Para él lo mismo es la alegría que la tristeza. Siempre es feliz porque para él no hay separación. Para él es lo mismo el oro que el barro. Lo mismo le da el néctar que el amargo veneno. Lo mismo le da la honra que la deshonra. Para él son iguales el rey y el mendigo. Suceda lo que quiera, por la voluntad del Señor lo acepta como bueno y conveniente. ¡Oh Nanak! A un hombre tal le llamamos Jivanmukta.” – (Gurú 5 Sukhmani)

He aquí un hermoso poema sobre el Brahmajñani:

1. *“Intacto mora perpetuamente el Brahmajñani, como el loto que no se moja en el agua.*

El Brahmajñani está siempre exento de mal, como el sol que todas las cosas enjuga.

En Brahmajñani mira igualmente a todos los hombres, como el viento que igualmente orea al rey y al mendigo.

El Brahmajñani lo sufre y soporta igualmente todo, como la tierra que unos remueven y otros cubren de sándalos.

Tal es la cualidad inherente en el Brahmajñani, como la propiedad de abrasar es innata en el fuego.

El Brahmajñani es más puro que el puro, pues la impureza no

mancilla las aguas.

En el espíritu del Brahmajñani brilla la luz, como el cielo encima de la tierra.

Para el Brahmajñani son iguales el amigo y el enemigo, porque el Brahmajñani no tiene orgullo.

El Brahmajñani está más alto que el más alto, pero se considera más bajo que quien quiera.

Los que llegan a ser brahmajñanis ioh Nanak! son los hombres que el mismo Señor destinó para tales.

2. El Brahmajñani es el polvo de los pies de cualesquiera. El Brahmajñani ha conocido la esencia de Atma. El Brahmajñani es compasivo con todos. A nadie daña el Brahmajñani.

El Brahmajñani considera por igual a todos los seres. Sobre cuanto mira derrama bienestar.

Exento de esclavitud está el Brahmajñani y su yoga es puro.

La sabiduría es él alimento del Brahmajñani. La meditación del Brahmajñani es Brahma, ioh Nanak!

El Brahmajñani pone su esperanza en el Uno. El Brahmajñani no perece jamás.

El Brahmajñani está saturado de humildad. El Brahmajñani se goza en beneficiar a los demás.

El Brahmajñani está exento de pasión y aprisiona su propio espíritu.

El Brahmajñani toma como bueno cuanto le sucede y en él fructifica las divinas cualidades.

Todo se eleva en manos del Brahmajñani, ioh Nanak! El mundo entero repite el nombre del Brahmajñani.

3. El Brahmajñani sólo tiene un color (estado de ánimo que es equivalente al amor). El Señor mora en el Brahmajñani.

La Palabra sostiene al Brahmajñani. Para el Brahmajñani la Palabra es todo en todo.

El Brahmajñani está siempre atento a la Realidad y repudia el

egoísmo.

En el corazón del Brahmajñani reina la suma felicidad. En la morada de Brahmajñani reina siempre la paz.

El Brahmajñani vive dichoso. Para el Brahmajñani no hay aniquilación, ioh Nanak!

Brahmajñani es el que conoce a Brahma.

El Brahmajñani está siempre unido, por el amor, con el Uno.

El Brahmajñani está exento de ansiedad. Su fe es pura.

Es Brahmajñani aquel a quien el Señor hace tal. Grande es la gloria del Brahmajñani.

Los privilegiados pueden ver al Brahmajñani.

Nosotros mismos debiéramos ofrecernos en sacrificio por el Brahmajñani.

Mahashvara busca un Brahmajñani, ioh Nanak!

El Brahmajñani es el mismo Supremo Señor. El Brahmajñani es un tesoro inapreciable.

Todo está en el corazón del Brahmajñani para aquel que conoce el secreto del Brahmajñani. Proclamemos perpetuamente al Brahmajñani. No seríamos capaces de pronunciar la mitad de una letra del nombre del Brahmajñani.

Brahmajñani es el Señor de todas las cosas. ¿Quién podrá expresar con palabras la medida del Brahmajñani?

Tan sólo un Brahmajñani conoce los designios del Brahmajñani.

Brahmajñani no tiene límite, ni margen. Siempre proclamamos al Brahmajñani, ioh Nanak!

Brahmajñani es el autor de la Creación. Es el dispensador del mukti (liberación final de la rueda de nacimientos y muertes), del yoga y de la vida.

Brahmajñani es el espíritu en su totalidad (Purusha). Es el ordenador.

Brahmajñani protege al desamparado y por todos vela.

“Todo esto es la forma de Brahmajñani. Brahmajñani no tiene forma; es Él mismo.

El esplendor del Brahmajñani sólo es propio de Brahmajñani. Brahmajñani es el Tesoro de todo.” – (Gurú 5 Sukhmani)

“Escucha, ioh Nanaki ioh Espíritu El que no teme ni causa temor merece el nombre de sabio.” – (Gurú 4)

Citemos ahora algunas estrofas sobre la devoción al Gurudeva.

“¡Oh Nanak! Reconócele por el verdadero Gurú, el bien amado que te une al todo.” – (Gurú 1 Shri Rag)

“Cien veces al día quisiera sacrificarme por mi Gurú que me ha convertido en Dios en poco tiempo.” – (Gurú 1 Vara Asa)

“Aunque lucieran cien lunas y mil soles, reinarían sin el Gurú profundas tinieblas.” – (Gurú 2 Asavara)

“Bendito sea mi venerable Gurú que conoce a Hari y nos ha enseñado a tratar por igual a los amigos y a los enemigos.” – (Gurú 4 Vara Vadhans)

“Gurudeva es madre. Gurudeva es padre. Gurudeva es el Supremo Señor. Gurudeva es el amigo. Gurudeva es el aniquilador de la ignorancia. Gurudeva es el verdadero hermano. Gurudeva es el que ha dado y enseñado el nombre de Hari. Gurudeva compuso el himno. Gurudeva es encarnación de la paz, de la verdad y de la luz. El contacto del Gurudeva sobrepaja al de la piedra de los filósofos. Gurudeva es el Tirtha (lugar de peregrinación), la vasija del néctar de inmortalidad. Nada hay superior a la inmersión en la ciencia del Gurú. Gurudeva, el Creador, destruye todo mal. Gurudeva

purifica las escorias. Gurudeva es primario ante las edades, y si repetimos el himno de Hari saldremos del océano de Samsara. ¡Oh Señor! Favorécenos con la compañía de Gurudeva, para que juntos con Él podamos nosotros, extraviados pescadores, nadar al otro lado. Gurudeva, el verdadero Gurú, es Parabrahma, el Señor Supremo. Nanak se prosterna ante el Gurudeva Hari.” – (Gurú 5 Bavanakhari)

“¡Oh madre! me alegro porque he hallado el verdadero Gurú.”
– (Gurú 3 Ramkali)

“Cuando grabe en su corazón la palabra del Gurú y cese de juntarse con las cinco personas (las pasiones) y tenga subyugados sus diez órganos, entonces brillará la luz en su Yo” – (Gurú 5 Gauri)

“A la hora de la ambrosía (por la mañana), medita en las grandes cualidades de la verdadera palabra.” – (Guru 1 Japa)

“Aunque lavemos y restreguemos nuestro cuerpo, ¡oh hermano!, impuro queda. Bañémonos en las eficaces aguas de la ciencia ¡oh hermano! para que se purifiquen cuerpo y espíritu.” – (Guru 1 Sorath)

“¡Oh corazón mío! Ama a Hari como el loto ama el agua. Lo azota la onda, pero se despliegan los pétalos de su amor.” –
(Guru 1 Shri Rag)

“He olvidado toda distinción desde que estoy en compañía del bien. Ya no hay para mí enemigos ni extraños. Con todos ajusté la paz.” – (Guru 5 Kanara)

“Todos los seres son de Él y Él pertenece a todos los seres. ¿A quién podremos insultar? ¿A quién llamar vil? Si hubiese otro

podríamos obrar así.” – (Guru 3 Asa)

Detengámonos por un instante en la idea de que, si sólo existe un Yo en todas las cosas, no puede haber motivo de odio. Si en todo cuanto existe no hay más que un Hari, ¿cómo ha de haber lugar al menosprecio? Si hubiese más de un Ser, si el Uno tuviera segundo, entonces el hombre podría diferenciarse del hombre y enojarse con su hermano. Pero si el mismo Dios mora en todos los corazones y el mismo Yo anima todos los seres vivientes, ¿cómo ha de haber lugar para el odio y el menosprecio? El Uno y sólo el Uno está en todas las cosas.

Para terminar estas citas, acaso demasiado copiosas, haremos unas cuantas más que lo merecen por lo bellas.

“¡Oh Nanak! Repetimos Soham y Hamsa. Al repetirlas los tres mundos se absorben en Él.” – (Gurú 1 Var Maru)

“No llamemos puros a los que lavan su cuerpo y se sientan, ¡oh Nanak! Sólo son puros aquellos en cuyo corazón mora Él.” – (Gurú 1 Var Asa)

“Sanyasi es quien sirve al verdadero Gurú y separa el Yo de su alma. Quien no apetece alimento ni abrigo y toma lo que sin pensar le llega.” – (Gurú 1 Maru Rag.)

“Muy pocos alcanzan el fovar del Guní y toman sitio en el cuarto empíreo.” – (Gurú 3 Majh)

“Entre las cosas a que debemos renunciar, conviene renunciar sobre todo al deseo, al odio y a la avaricia. ¡Escucha! La meditación en el nombre de Hari es una obra de caridad que beneficia a todos.” – (Gurú 5 Majh)

“Sin virtud no hay devoción posible.” – (Gurú 1 Japa)

“En tu propio palacio, en tu propio hogar has de hallar la felicidad congénita, porque de lo contrario no la hallarás.” – (Gurú 5 Gauri)

“¡Oh Espíritu! Cumple estas renunciaciones. Considera todas las residencias como un bosque. Mantén tu corazón indiferente. Conserva los cabellos en señal de que te posees a ti mismo. Cumple la ablución del yoga y déjate crecer las uñas según el niyama.”

“Sea tu Gurú la Ciencia divina y enséñala. Empolvaos con las cenizas de la Palabra. El bien de tu cuerpo consiste en comer poco, dormir poco, ser compasivo y perdonar. Has de estar en buena disposición para que el contentamiento trascienda las tres gunas (cualidades) y no dejes que ni el deseo, ni la cólera, ni el orgullo, ni la avaricia, ni la obstinación, ni los apetitos ilusorios se apoderen de ti. Entonces contemplarás la realidad del Yo y alcanzarás el Supremo Espíritu.” – (Gurú 10 Shahda Hazam)

“No demores hacer bien; demora el hacer mal.” – (Gurú 5)

“Innumerables son los escandalosos que cargan con el pecado de la calumnia. Si buscas tu propio bien, hazles bien y no les trates con injuria.” – (Gurú 1 Asa)

“Pesado en la balanza, precioso es el que se humilla.”

“Yo no soy bueno; nadie es malo.” – (Gurú 1 Suhi)

“Si alguien se hace siervo de siervos y desnuda el Yo, encontrará a Hari.” – (Gurú 3)

“Así como el pez no puede vivir sin agua, ni el capullo estaría satisfecho sin gotas de lluvia; así como el ciervo acude al son

de la trompa cuando está herido o en celo; así como la abeja sedienta del perfume de las flores queda aprisionada entre sus pétalos; así también aman a Dios los santos y se satisfacen con su visión.” – (Gurú 5 Jaitsari)

“Nadie hay que deje de discutir y llevar la contraria. Si alguno hay, enseñádmelo y le alabaré.” – (Gurú 1 Mara)

“Rara vez se ponen de acuerdo los devotos y los mundanos.” – (Gurú 1 Majh)

“Con el favor del Gurú, cumple el Raja Yoga. Pocos son los que destruyen la dualidad (el sentimiento de separatividad) y que luego de destruida cumplen el Raja Yoga.” – (Gurú 5 Gauri)

“Aquél cuyos ojos lavó el colirio de la divina Ciencia, todo lo ve esplendente. Pero no ve en la oscuridad de la ignorancia y vaga sin cesar.” – (Gurú 5 Sorath)

“Lo busqué por todos los barrios de la ciudad y lo encontré en la casa cuando el Gurú me puso frente a frente de Él.” – (Gurú 1 Omkar)

“La ilusión se ha desvanecido de su mente. Hindúes y musulmanes son iguales para él.” – (Gurú 10)

“Unos llegan a ser sannyasis, otros yoguis, brahmacharias o yatis, lo mismo entre los hindúes que entre los musulmanes; pero entiende que la humanidad es una. El Creador es el mismo. El Providente es el mismo. No caigas en el error de la ilusión, de la diferencia y de la dualidad.”

“A un solo Señor hemos de servir. Uno solo es el Gurudeva de todas las cosas. Una es la naturaleza y una la luz. Una misma cosa son la pagoda y la mezquita. Lo mismo son Puja (oración

hinduista) y *Nimar* (oración musulmana). *Todos los hombres son uno, aunque diversos en manifestación. Así uno son Dios y los demonios, y unos también son los yakshas y gandharvas. Hindúes y turcos proceden de la diferente naturaleza del mundo exterior en países distintos. Los ojos, las orejas y el cuerpo son de la misma pasta; una combinación de tierra, aire, fuego y agua. Allah, exento de signo, es el mismo. Los Puranas y el Corán son la misma cosa. Una es la naturaleza y una la fabricación.*”

“Así como del fuego brota un haz de chispas que primero se separan y después vuelven a caer en el mismo fuego; así como de un montón de polvo surgen infinidad de partículas que vuelven otra vez al mismo polvo; así como el agua forma infinidad de rizados que, sin embargo, no dejan de ser agua, así del seno de la Forma universal surgen a la manifestación los seres conscientes e inconscientes que volverán al seno de donde salieron.” – (Gurú 10 Kavitu)

Verdaderamente nada hay en todas estas citas a que nuestro corazón no pueda responder y que cada uno de nosotros no sea capaz de repetir con los mismos anhelos de entusiasmo y devoción.

Tal es la doctrina, tal la esencia del sikhismo. Todo cuanto contiene sirve para juntar los corazones y unir a los hombres por el amor. Al pensar en el maestro Nanak representaos el gran Profeta de la paz que con supremo amor a Dios quiso traer a los hombres el fruto bendito del amor. Así veréis que nuestros hermanos sikhios colaboran en la construcción de una nación fuera de la India sin reñir con nadie, ni odiar a nadie, sin lucha alguna que de las demás religiones los separe. Si permanecen fieles a las enseñanzas de su Maestro, serán amigos y unificadores por doquiera que vayan, serán edificadores y constructores de la vida nacional. No nos engañaremos de mucho al decir que esta religión de puro bhakti, de ardiente amor a Dios y a los hombres, es uno de los precursores de aquella Sabiduría Divina de los antiguos que la gran Fraternidad Blanca acaba de dar a los hombres. Porque también en el sikhismo tenemos un unificador, un amigo, un

hermano, un ser amante que reconcilia a los rivales.

Al pronunciar el nombre del maestro Nanak, hablamos de paz.
¡Ojalá él, que vela por lo comunión de sus fieles, se sirva de la paz para restaurar la India!

Teosofía

Hemos estudiado las siete religiones que conviven en el suelo de la India y que en su mayor parte tienen prosélitos en todo el mundo. Ahora no nos ocuparemos de religiones, sino de la religión. No examinaremos el aspecto exotérico que divide, sino el espíritu que une. Vamos a ver lo que en todo tiempo y en cualquier edad del Universo fue siempre la raíz de toda fe, la Religión en que coinciden todas las diferentes religiones. Porque en nuestros días esta Religión ha pasado de la última a la primera fila, pues hasta ahora servía de base a todo y todo lo soportaba, pero sin afirmarse por sí misma. ¿Cuál es el significado de tan tardío advenimiento y cuáles han de ser sus efectos en la historia del mundo? Los que han estudiado cuidadosamente las religiones, los eruditos en materias religiosas, están acordes en que todas tienen una base común.

Retrocedamos muy lejos en la oscura historia del pasado, hasta los tiempos en que la configuración del globo era muy distinta de la actual, cuando el vasto continente de la Atlántida ocupaba el lecho en que hoy ondean las aguas del Atlántico. Retrocedamos más lejos todavía, hasta la época en que se formó el continente lemuriano, del que tan sólo quedan algunos fragmentos, como la Australia, la Nueva Zelandia y Madagascar; restos de un continente que hace muchísimo tiempo desapareció y cuyo nombre ha permanecido ignorado durante largos siglos. La Geología ha reconocido en estos últimos años la pretérita existencia de ambos continentes. Haeckel dice que la Lemuria fue la cuna de la raza humana, y esto mismo enseñó antes que él la maestra Blavatsky. De la existencia de la Atlántida dan hoy prueba la comunidad de flora y fauna y la identidad de las razas americanas y egipcias, así como de sus jeroglíficos y de su religión, hasta el punto de que quien traduce los jeroglíficos egipcios puede traducir también los de los mayas de México.

Advertid cómo la ciencia de la Mitología comparada ha ido cultivándose en los últimos ciento veinte años, desde que Dulaure y Dupuis, a fines del siglo 18 y gran número de eruditos occidentales

durante todo el siglo 19 escudriñaron el origen de las religiones.

Si volvemos la vista al lejanísimo pasado y atendemos luego a las más recientes conclusiones de los investigadores europeos, echaremos de ver una gran verdad. Las excavaciones arqueológicas desenterraron ciudad tras ciudad, cuyas ruinas daban evidente testimonio de las pasadas religiones, de sus doctrinas, de su simbolismo y de sus fundadores, con prueba irrecusable de la unidad esencial de todas ellas. Los europeos, sedientos de ciencia y apasionados por la realidad de los hechos, comenzaron a excavar el mundo antiguo, ¿y qué han descubierto? Una vez desenterraron trece poblaciones edificadas una sobre otra, de modo que la superficie se asentaba sobre el suelo que cubría la inmediatamente inferior. Una población estaba construida sobre lo que parecía terreno firme, y al practicar las excavaciones se encontraba bajo su suelo otra ciudad, y bajo ésta otra, y otra, hasta trece.

En otro caso, en la octava población desenterrada por el mismo procedimiento, se encontró una copiosa biblioteca de cien volúmenes de arcilla cocida al fuego, cuyos textos se escribieron mientras tal materia podía recibir la impresión del útil gráfico. También se descubrieron allí grandiosos templos de espléndida arquitectura, así como los archivos de los reyes que hasta hace treinta años se habían tenido por míticos y que ahora se reconoce que fueron monarcas cuyo reinado se remonta a siete mil años antes de la Era cristiana. En Egipto se han abierto tumbas al cabo de diez mil años, por lo menos, de inviolabilidad, y las momias nos ofrecen fragmentos de papiro en que están escritas las creencias de los antiguos egipcios y los conocimientos que más allá de la muerte necesitaba el alma para salvar los obstáculos y complicaciones del mundo invisible. En China se han descubierto tesoros que nos permiten llegar hasta el famoso Templo de Oro de la Atlántida y aluden al Señor de la Puerta de Oro, el poderoso soberano de aquel imperio desaparecido desde hace tanto tiempo. La tierra de los muertos revela sus arcanos y proclama la unidad esencial de todas las religiones.

Pero aún hay más. Cuando los exploradores penetran en el interior de tribus salvajes, suponen que los ídolos, fetiches y amuletos, el culto

exterior, en suma, constituyen toda la religión de aquellos pueblos bárbaros. Pero en cuanto intiman con las gentes y se captan su confianza, echan de ver algo más de lo que les mostraron los símbolos externos, porque les hablan del Padre omnipotente, de la Presencia universal, del Uno cuya grandeza no admite nombre y cuya bondad amorosa no exige de sus hijos ni sacrificios ni ofrendas. Esta idea alienta en ellos vaga y confusamente, pero es la tradición de las enseñanzas del Fundador de su raza, que se transmitieron de generación en generación entre los sabios, como el meollo de una fe tan decadente en nuestros días.

¿Qué resultó de las primeras exploraciones arqueológicas? La fundación de una gran escuela de mitología comparada. Esta escuela occidental ha demostrado hasta la evidencia que todas las religiones tienen una misma raíz, las mismas doctrinas, la misma tradición de un fundador Dios-Hombre, la misma moral y los mismos símbolos. Sobre esto no cabe duda, porque los documentos se han exhumado con sus propios símbolos. Prueba de ello es que en las tumbas etruscas de época inmemorial se han encontrado cruces grabadas en una urna de arcilla recocida, puesta a los pies del cadáver que, apenas abierta la tumba, se deshizo en polvo a causa de su indecible antigüedad. En el templo de Maya y en las tumbas egipcias se han encontrado los mismos símbolos: la cruz, el triángulo, el punto y el círculo tan conocidos de los eruditos, De todo ello infiere la Mitología comparada que el fundamento de todas las religiones es la ignorancia humana. El salvaje personificó las fuerzas naturales. Le admiraba la magnificencia del sol; le sobrecogía la furia de los vientos; y al ver que el terremoto hendía la montaña y que el torrente anegaba el valle, dijo: *“Es que los dioses están irritados. Necesario es que los apacigüe para que se me muestren propicios.”* Según la Mitología comparada, de esta personificación establecida por el salvaje se derivaron todas las religiones del mundo, que, aunque con el tiempo llegaron a asimilarse el elemento filosófico, tienen por base común la ignorancia humana, la ignorancia del salvaje que divinizó personificadamente la naturaleza. Tal es el arma que, esgrimida en un principio contra la religión cristiana, hirió más tarde de rechazo a todas las religiones

considerándolas hijas de la ignorancia del salvaje. Ciertamente que el arma era terrible y poderoso el argumento, porque les daban fuerza los hechos, cuya *tangibilidad* es el más decisivo criterio para la mayoría.

¿Qué sucedió entonces? Antes de que estas excavaciones arqueológicas descubrieran los documentos comprobatorios, había dicho una voz: Verdaderamente son ciertos los hechos. Tan sólo los ignorantes pueden negarlos. La tierra encierra todavía en sus entrañas millares de hechos de mayor importancia, miles de pruebas aún más convincentes, miles de piezas documentales que demostrarán la primacía y unidad de las religiones y su fundamento en el mismo linaje de hechos. Pero si la Mitología comparada acierta en cuanto a los hechos aducidos, yerra en las deducciones que no son de por sí hechos, sino sencillamente el concepto que de ellos han formado los mitólogos. Separad los hechos de las deducciones, el error de la verdad, y los indicios ocultos bajo tierra y las exhumaciones del pasado os revelarán que las religiones no tienen por fundamento común la ignorancia humana, sino la Sabiduría divina, la ciencia enseñada por los sabios que constituyen la guardia espiritual de la humanidad. Los hechos son ciertos; la conclusión, falsa. ¿Dice verdad esta voz? ¿Nos engaña este mensaje? ¿Cómo juzgarlo? ¿En dónde están las pruebas? Nos las brinda un punto no advertido por el mundo religioso hasta escuchar la declaración de que no era indispensable considerar la ignorancia humana como raíz de todas las religiones. Porque la prueba es clara y sencilla y está al alcance de cuantos amen el estudio. ¿Acaso el salvaje obtuvo del culto de los ídolos y de su fetichismo la idea de la Presencia universal en que confusamente cree por tradición del pasado? ¿Cómo de su mezquino cerebro, de su ignorante espíritu, de su cruel y sanguinario corazón hubiera podido brotar la maravillosa idea de un Padre, de una Presencia universal cuyo infinito amor todo lo abarca? ¿Qué nos dicen, no precisamente el salvaje, sino las arcaicas literaturas de China, Persia, India y Egipto? Rebosan de pensamientos tan profundos y sublimes, que ningún pensamiento moderno puede competir con ellos. Leed el Clásico de la Pureza y decidme si la moderna China puede poner a su par otra joya espiritual de tanta valía como aquel tesoro heredado de la antiquísima Atlántida. Leed los

gloriosos Upanishadas y decidme si hay algún escritor moderno que ni siquiera se aproxime a las profundas doctrinas de la India ni haya sido capaz de tratar del Yo supremo y universal con tanta sublimidad filosófica en el fondo y tan poética magnificencia en la forma. Leed los gathas zoroastrianos, por fragmentarios e incompletos que estén, y decidme si al leerlos no sentís el aleteo de una ciencia que ningún moderno puede superar. Leed las sublimes declaraciones, la profunda filosofía, los místicos consejos del “Libro de los Muertos” y decidme si en los autores modernos halláis pensamientos equiparables. ¿Se ha derivado la religión de las groseras representaciones del salvaje? ¿Es tal la evidencia? ¿O no es más bien evidente que el Hombre-Dios enseñó una doctrina elevadísima que sus discípulos fueron deprimiendo y que la ulterior ignorancia de las gentes oscureció en vez de esclarecer?

Recurro al testimonio literario de los Upanishadas, aun suponiéndoles la exigua antigüedad que erróneamente les asignan los eruditos occidentales. Recurro al testimonio literario de los Gathas zoroastrianos. Recurro a los exhumados fragmentos de un mundo cuya antigüedad no es sospechosa para los eruditos. Y reto al mundo moderno a que coteje sabiduría con sabiduría.

¡Ah! Aducís muchos hechos; podéis contarnos infinidad de cosas del mundo exterior; podéis explicarnos gran parte de los fenómenos que presenciamos; pero ¿en dónde está vuestro conocimiento de lo divino, vuestra ciencia de las altezas de la moral y de las profundidades del pensamiento filosófico? Vuestros libros son juegos pueriles junto al pensamiento de los antiguos; balbuceo infantil en comparación de la palabra de los salvadores de la humanidad.

¿Pueden compararse vuestras obras maestras de moral a las enseñanzas de Buddha? ¿Fulgura en ellas la inspiración necesaria a la nobleza de vida ni se advierte la influencia que las palabras del Buddha han ejercido durante más de dos mil años?

La prueba es concluyente. Toda religión debe remontarse a su respectivo Fundador si quiere devolver a la doctrina su prístina pureza. ¿Los obispos del día rivalizan con Cristo en la enseñanza?

¿Puede un maestro musulmán competir hoy día con las enseñanzas del gran Profeta árabe? ¿La moral del Mobed Zoroastriano iguala a la de las Escrituras de su religión? ¿Qué brahmán moderno es capaz de hablar como hablaron Krishna y Ramachandra ni de enseñar la moral purísima de que está impregnada la antigua literatura hindúa? Pongo a la historia por testigo contrario a la imaginación. Recorro a los hechos en contra de las fantasías occidentales y declaro a la faz del mundo erudito que la Sabiduría divina es el fundamento de todas las religiones y que tan sólo la enfermiza imaginación de los mitólogos pudo ver en la ignorancia la raíz de todo cuanto ha impulsado a los hombres al heroísmo, de todo lo que les ennobleció en la vida y les consoló en la muerte, de lo que sostuvo al mártir en la hoguera y condujo al héroe a muerte gozosa, de lo que siempre fue felicidad y gloria del santo y sabiduría

del sabio. ¡Cállense los mitólogos frente a una antigüedad que no pueden superar, frente a las enseñanzas de los divinos guardianes de la humanidad a cuyos tobillos no llegarán jamás los modernos pigmeos!

La Sabiduría Divina es la raíz de toda religión.

Algunas veces quise prescindir del nombre Teosofía porque sugiere a los ignorantes la idea de algo nuevo. Ningún erudito ignora que la palabra Teosofía no es nueva, pues la emplearon los griegos y los neoplatónicos. En griego Teos significa Dios y sophia sabiduría; y por lo tanto Teosofía ha de traducirse por Sabiduría divina, que en sánscrito es Brahma Vidya. Por una parte, hubiera sido conveniente emplear el título de Sabiduría divina para que nadie se la arrogara como propia con exclusión de sus hermanos. Entonces nadie se atrevería a decir: “Es mía y no tuya”, ni tampoco a diversificar la verdad una y universal. El nombre de teósofo parece un marbete de distinción, como si indicase que tal hombre lo es y tal otro no. Por atender demasiado a los nombres, adultera nuestra ignorancia el mensaje de los grandes seres y empequeñece nuestra arrogancia la grandeza de la verdad. ¿Y qué ha de ser la Sabiduría Divina sino esta verdad que todo lo abarca y que como Dios es una e indivisible? El nombre de Teosofía corresponde en rigor al conjunto de la Sabiduría

Divina, de la que apenas conocemos un par de letras; pero también denominamos Teosofía a los fragmentos del conjunto.

La Sabiduría Divina, la preciosa herencia del género humano, está en manos de los divinos Maestros, de la maravillosa pléyade de hombres llegados a la perfección que amaron a los hombres hasta el extremo de permanecer entre ellos para guiarles y apresurar la evolución de la raza. Estos Maestros delegan a uno de ellos para que ejerza de Manú y establezca una raza, le dé un gobierno y una religión exotérica con el significado interno y místico de aquel fragmento de Verdad que entrega al mundo.

Delegan a un Zoroastro que se encamina al Occidente asiático y enseña allí doctrinas adecuadas a la especial evolución de aquellos países. Delegan a un Orfeo que revela a Grecia la religión de la belleza, adaptada al desenvolvimiento de aquella rama de la raza celta. Delegan a un Gautama que predica la infinita misericordia y echa las bases de una espléndida doctrina moral apropiada a pueblos que nada tienen de metafísicos. Delegan a un Jesús para que cele y bendiga la cuna de la civilización pronta a nacer en Occidente y le dé el tipo de religión más a propósito para su enérgico, activo y concreto pensamiento. Delegan a un Mahoma que en Arabia civiliza, enseña, edifica y restituye a Europa la perdida ciencia que la despertó al Renacimiento. Delegan a Nanak, a Mahavisa y a tantos otros profetas que, procedentes de la misma Fraternidad, traen consigo el mismo mensaje en la forma condicionalmente adecuada a las circunstancias de lugar y tiempo, pero con idénticas verdades reveladas: Un solo Dios, Ser Supremo y sin segundo; innumerables legiones de esplendorosos seres, devas o ángeles, que transmiten la voluntad y cumplen la ley de Dios; el espíritu humano, semejante a Dios y partícipe de la naturaleza divina que desenvuelve sus facultades por medio de la reencarnación y del karma, hasta convertirse en Dios manifestando, sin dejar de haberlo sido inmanifestado, por su inherente naturaleza. Estas son algunas de las verdades comunes a todas las religiones; y si estudiamos la doctrina de los Fundadores, no echaremos de menos ninguna de ellas, aunque la ignorancia haya olvidado tal o cual en la época moderna, dejando incompleto el

hermoso edificio de determinada religión.

Pero llegó el momento en que las religiones del mundo habían de recuperar lo perdido en el transcurso de los siglos y volver a la unidad entre la diversidad de formas exteriores, y entonces la gran Fraternidad envió al mundo el mensaje, el Evangelio, la buena nueva de la Sabiduría Divina.

¿Y qué significa esto para el mundo? Según atestigua la Historia, esto significa un gran progreso en la civilización y una mudanza en el carácter de esta misma civilización. Registrad la historia, deteneos en cualquier época a fin de comprender lo presente y prever el porvenir, y decidme si toda civilización no estuvo precedida de un movimiento espiritual. La raza aria estaba ya organizada por el Manú antes de constituirse la poderosa nación ariavarta. La religión del profeta Zoroastro tuvo protectora influencia en la después floreciente civilización irania. Grecia y Roma se engrandecieron bajo la acción de las religiones fundadas en la tradición orfeica, procedente de India y de Egipto, a la que el prodigioso Pitágoras infundió savia científica y el arte griego prestó encantadora belleza. Más tarde, en los comienzos de la decadencia romana, cuando los bárbaros se disponían a caer sobre el imperio, nace Jesús para predicar una nueva religión que reanime los miembros todavía palpitantes de la moribunda Roma. Y cuando fue preciso que la civilización árabe iluminase el mundo occidental, nació Mahoma para guiar y dirigir a los sarracenos, modelar su pensamiento y vaciar en un molde religioso sus enseñanzas.

¿Sois acaso ciegos para no advertir los signos, síntomas y señales que preceden a cada renacimiento de la humanidad? ¿En qué se diferencia de los pasados el nuevo mensaje de la divina Sabiduría? Cada mensajero fundó una religión. Cada uno de ellos modeló una fe y una civilización determinadas. Todos los hombres que se acogían al seno de la nueva religión eran creyentes, y los que se quedaban fuera, infieles. Pero el moderno mensaje no abre otro nuevo recinto ni funda en modo alguno una nueva religión ni establece distinciones entre los hombres. Por el contrario, declara que toda religión es don de Dios y contiene cuanto necesitan quienes la profesan. Ordena al hinduista que siga siéndolo, pero también que abandone su formalismo, la

orgullosa presunción de pertenecer a una religión superior a las otras y de poseer una ciencia negada a los demás hombres. Ordena al parsi que permanezca fiel a su divino Profeta, pero que al mismo tiempo reverencie a los Profetas de otras religiones. La Sabiduría Divina dice a los cristianos:

“No imaginéis que vuestra fe sea única, pues alcanza tan sólo a satisfacer vuestras necesidades. Ahondad en su filosofía, echad de ver su misticismo y no atendáis exclusivamente a las fórmulas exteriores hijas de la ignorancia y no del conocimiento.”

El mensaje de la Divina Sabiduría dice al musulmán:

“¿Cómo llamáis infieles a los hombres que profesan otras creencias, si vuestro Profeta os mandó que no distinguierais entre los Profetas, aunque cada cual debía seguir a su propio guía?”

Si este mensaje repercute a través del mundo, los fieles de las diferentes religiones lo recordarán como eco de voces anteriores. El hinduista dirá: “Esto mismo me enseña Shri Khrisna en el Bhagavad Gita cuando dice:

“Cualquiera que sea el camino por donde un hombre venga a Mí, por ese camino iré yo a su encuentro; porque todos los caminos me pertenecen, ioh hijo de Kunti!”

Y el cristiano dirá: “Cristo habló estas palabras: Tengo otras ovejas que no son de este rebaño. Preciso es que también las apaciente y escuchen mi voz para que haya un solo rebaño y un solo pastor.”

El musulmán responderá: “A mí me enseñaron que para ir a Dios hay tantos caminos como suspiros entre los hijos de los hombres.”

Entonces, ¿de dónde procede tanta mezquindad e ignorancia? Del orgullo de poseer una verdad con exclusión de los demás hombres para creernos únicos favorecidos de Dios, en vez de creer que la gloria del Espíritu está en acogerlo todo sin excluir nada y que nadie puede quedar excluido del universal amor de Dios, porque en todos y en todo reside el Espíritu divino.

Pero los hombres arguyen diciendo que las religiones difieren en sus enseñanzas, pues cada una señala distinto camino de salvación. Sin

embargo, también los guías mundanos indican caminos diferentes. Por ejemplo, si desde Ceilán, Trichinópolis o Madura queréis ir a Adyar, os encaminaréis hacia el Norte, y si alguien os pregunta cuál es el camino de Adyar, les responderéis: Tomad hacia el Norte. Pero un hombre viene de Benarés o de Allahabad y os pregunta: ¿Cuál es el camino de Adyar? Entonces le responderéis contrariamente: Tomad hacia el Sur. Sin duda que esto parece una flagrante contradicción. Si un hombre procedente de Bombay os pregunta por el camino de Adyar, le responderéis que vaya hacia el Este; y si procede de Birmania, le diréis que se dirija hacia el Oeste.

La contradicción parece evidente, pero resulta ilusoria al considerar que Dios está en el centro y que todos nosotros estamos en la circunferencia. Venimos de diversos puntos, pero el círculo sólo tiene un centro, que es el mismo Dios. Él nos ha colocado en distintos puntos de la circunferencia de su universo, pero Él es uno. De Él hemos partido hacia la circunferencia y hacia Él hemos de volver, porque es nuestro Centro. Si volvemos nuestros rostros en diferentes direcciones, es porque hemos partido de puntos distintos. Él es el solo y único centro y a Él solo le buscamos todos, aunque vayamos por distintos caminos.

Pero dije antes que el nuevo mensaje tenía significación propia, pues nos advierte el nacimiento de una nueva civilización. Un enérgico impulso religioso conmueve al mundo para determinar otro gran paso adelante en la civilización de la raza. El nuevo mensaje

presagia una nueva era. Anuncia el advenimiento de una más perfecta organización social; la aurora de un mundo más hermoso; un paso hacia adelante en la humana ascensión hacia Dios. Y como toda civilización lleva en sí las características del movimiento espiritual que la precede y anuncia, que la rodea y dirige, sabemos de antemano que la futura civilización no suscitará lucha alguna con la presente, sino que con ella se relacionará fraternalmente, pues no se basará en el antagonismo, sino en la unión de las razas, en el amor de unas a otras. No habrá en la nueva civilización ni proscritos ni extranjeros. Todos quedarán estrechados, incluidos en el mismo abrazo de la fraternidad humana que adorará a Dios bajo diversas formas, porque la Divina

Sabiduría es semejante al sol que ilumina toda la tierra y deja caer sus rayos en la heredad de todo hombre por alta que sea la cerca. Así la Divina Sabiduría irradia sobre todas las religiones, y aunque el hombre levante vallas, el sol divino las sobrepaja e ilumina el rostro de todos los hombres, hasta que al fin todos comprenden que sólo hay un sol.

Veis en vuestro rededor tantas religiones porque es necesario que Manas, la mente, se robustezca y acreciente. Así como cuando el rayo de sol atraviesa un prisma de cristal se descompone la luz blanca en siete colores, así cuando la verdad espiritual pasa a través del prisma de la mente humana se descompone también en siete aspectos distintos. Esto es necesario porque la mente humana ha de desenvolverse por el esfuerzo de la lucha y fortalecerse en el combate y en la guerra. Pero sobre la mente está Buddhi, la razón pura, que percibe la unidad en donde Manas ve diversidad. Y sobre Buddhi está el Espíritu, Atman que, por ser idéntico en todos, establece el sentimiento de la unidad humana.

Al fundarse la Sociedad Teosófica, se constituyó un núcleo de crecimiento, una célula en la que se concentraron las fuerzas vitales para irradiar por donde quiera. Los biólogos dicen que la organización, crecimiento y multiplicación de la célula o celdilla fisiológica depende de un punto microscópico llamado núcleo. Pues un núcleo semejante es la Sociedad Teosófica. Algo muy diminuto, pero en donde concentradas laten las fuerzas vitales que han de difundirse en todas direcciones para organizarse y multiplicarse.

La experiencia de los años transcurridos demuestra que doquiera ha influido la Sociedad Teosófica ha cobrado mayor impulso la religión. Vino a la India y revivió el hinduismo. Llegó a Ceilán y se reanimó poco a poco el budismo. Se ha difundido por los países cristianos y el misticismo se restituye al seno de la iglesia de Cristo y desde los púlpitos se proclama la doctrina de la reencarnación.

Por donde quiera que va, demuestra la Sociedad Teosófica su carácter de núcleo, pues aunque diminuta por el número de sus miembros, constituye una fuerza potísima, porque el núcleo es un instrumento de vida.

El núcleo es sencillamente un órgano formado por la misma vida y tan sólo está constituido por unas cuantas briznas de materia especialmente dispuestas para la vida. Y esta vida infunden los Instructores en todas las religiones del mundo por medio de la Teosofía. Cada Instructor vivifica su propia fe, sirviéndose de su particular instrumento, y por doquiera que la Teosofía se derrama, despierta nueva vida, no por nuestra Sociedad sino mediante ella, como conducida por un canal.

Algunos preguntan por qué nos ocupamos tan sólo en las cosas espirituales y no intervenimos en las cuestiones sociales, económicas y políticas. No es tal la tarea de la Sociedad Teosófica. Leed la historia y veréis cómo la disminución de la espiritualidad es el primer síntoma de la decadencia de un país. ¡Oh hermanos hindúes! No hay necesidad de repetíroslo, porque bien sabéis que a medida que la espiritualidad se apartaba de vuestra religión iba decayendo de más en más la India. Estudiad la ilación de los hechos. Primero disminuye la espiritualidad; después se debilitan las facultades intelectuales y finalmente decrece la prosperidad material. Ahí tenéis la sucesión de fenómenos por que pasa todo país decadente. Primero lo indica la religión, después la mentalidad y por último, como resultado, lo atestigua la ruina material. ¿Cómo, pues, reconstituir un pueblo? Principiemos por la espiritualidad, reanimemos su vida y vigoricemos el pensamiento espiritual, diciendo a los hombres que en donde esté el Espíritu allí estará la fuente de la vida, y que en donde el Espíritu vive, florece todo bien. Tal ha sido la primera y grandiosa obra de nuestra Sociedad.

La segunda etapa es la mental. Advertid cómo la Sociedad ha elevado poco a poco el nivel intelectual, cómo ha prestado auxilio a las religiones en su influencia educadora al par que en su misión estrictamente religiosa, y ved cómo el segundo objeto de sus tareas es establecer el orden de educación a propósito para que se desenvuelva la mente con sujeción al Espíritu, acompañada de la cualidad emotiva mediante la conveniente práctica de conducta. Tal es el segundo punto de la obra teosófica: educar intelectualmente a la nación. Una vez logrados los bienes espiritual y mental, el bienestar material se nos dará por añadidura, pues no es efecto, sino resultado. Un país

profundamente espiritual y de elevada cultura mental puede abrirse camino por sí mismo y edificar su prosperidad. Así como esta prosperidad decae y la inteligencia se debilita a medida que se desvanece la espiritualidad, así también la prosperidad volverá a acrecentarse en cuanto se restablezcan la verdadera religión y su apropiado régimen docente. Tal es el camino que en pos de los grandes Instrumentos tratan de seguir algunos de nosotros, no como Maestros, sino como mensajeros que, sin arrogarse autoridad alguna, repiten murmuren un credo que no cabe en el entendimiento solamente lo que han visto y oído y de nadie exigen sumisión antes del convencimiento. Porque la peor hipocresía de todas es decir “*yo creo*” que el intelecto ha sido iluminado, y repetir el credo con los labios, que no tiene lugar en el intelecto, no hay respuesta en el corazón. A nadie se le puede imponer por la fuerza determinada forma de fe. ¿Quién se atreverá a contrariar al libre Espíritu que con su palabra se traza su propio camino y se prepara el porvenir? Atma quiere, y todo obedece a su voluntad. ¿Quién osará señalar a otro el camino que debe seguir?

Sed fieles a vuestra propia fe, pero venerad la de vuestros hermanos. La unidad religiosa no podrá realizarse bajo la forma de una sola religión, sino por medio del conocimiento de la unidad fundamental de todas las religiones, puesto que todas tienen el mismo origen y el mismo fin. Olvidemos cuantas palabras despectivas empleamos al hablar de hombres de otras religiones y no manchemos nuestros labios con crueles dicterios. Los términos Mleccha (bárbaro), infiel, impío, pagano y otros de igual linaje, pertenecen al demonio de la separatividad, no al divino espíritu de unidad. Que no salgan de nuestra boca palabras duras. ¿Qué importa si vuestro hermano difiere de vosotros? ¿Sois acaso tan infalibles o poseéis tan plenamente la verdad, que os juzgáis con derecho a vituperar a vuestro hermano porque la concibe un poco diferente de vosotros? Verdaderamente fuera mezquina cosa la verdad si pudiéramos poseerla y revelarla en toda su plenitud. La verdad, como Dios, es infinita y nadie puede enumerar sus atributos. Toda verdad es un rayo emanado de Dios, como toda belleza es un reflejo de Su belleza. Todo lo hermoso y amable es un fragmento de Su luz. ¿Por qué odiarnos? Tenemos más

puntos de coincidencia que líneas de separación. Nos separa lo externo: el color, la raza, la reverencia hacia el oriente o hacia el occidente. Los marbetes y nombres especiales que damos a las verdades universales, no son fuerza bastante a separar a los hijos de Dios, a los herederos de la inmortalidad, a los futuros dioses, a los que tienen una misma esperanza, una misma vida y un mismo Yo.

La diversidad de creencias anima al mundo, y precisamente conocemos mayor número de verdades porque cada gente las expone según su particular juicio. Si un hombre ha de decir algo que los demás no conozcan, dígallo en hora buena. Escuchémosle. Tal vez Dios le ha permitido ver algún rayo de la luz que no hiere nuestros ojos. No le cerremos los labios, porque al forzarle a callar, acaso apagaríamos la misma voz de Dios. No hay herejes, sino ojos que ven la verdad de manera algo distinta, a fin de que podamos enriquecer las verdades conocidas, pues nuestro hermano nos habrá enseñado lo que hasta entonces no sabíamos. La religión es la espléndida corona que el porvenir tiene reservada a la humanidad. Pero cuando el orfebre labra la corona que ha de ceñir sienes imperiales, no engarza piedras de un solo color; no engarza exclusivamente esmeraldas ni rubíes ni topacios ni amatistas, ni perlas ni diamantes, sino que monta, combina y armoniza pedrería de todo color, y busca nuevos tonos y matices que abrillanten el esplendor de la corona. Pues así sucede con las religiones del mundo. Cada una de ellas es una piedra preciosa de peculiar matiz y todas le sirven y aprovechan al omnipotente Orfebre para labrar la corona con que ha de ceñir la frente de la humanidad. Cuanto más distinto del de su vecina sea el matiz de una piedra preciosa, tanto mayor será su valía. El divino Orfebre las engarza en el oro del amor, las encaja en la ciencia, y como florón de remate coloca la Montaña de Luz de la Sabiduría Divina, el diamante cuya blancura sintetiza todos los colores y nunca refleja matices aislados. Tal es la corona del porvenir, la diadema que Dios le tiene preparada a la humanidad. Cuando todas las religiones estén encajadas en el amor y en la ciencia, entonces ceñirá Dios con esta corona la frente del Hijo del Hombre, y el género humano, desde su terrenal trono, reconocerá la unidad de todos los seres entre sí y de los seres con Dios. En aquel

glorioso día, cuando llegue la esplendorosa consumación de los siglos,
¿quién echará de menos los vencidos obstáculos?